ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

N.º 17

HUESCA

MCMLIV

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

(Patrocinado por la Delegación Provincial de Educación Nacional y por la Excma. Diputación Provincial de Huesca)

CONSEJO DE REDACCION

Director: Miguel Dolç.
Secretario: Federico Balaguer.
Vicesecretario-Administrador: Santiago Broto.

Redactores: Ricardo del Arco.—Salvador María de Ayerbe.—Ramón Martín Blesa.—Joaquín Sánchez Tovar.—José María Lacasa Coarasa.—Antonio Durán.—Benito Torrellas.—María Dolores Cabré.—María Asunción Martínez Bara.

ARGENSOLA se publica en cuadernos trimestrales formando un volumen anual de unas 450 páginas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

España.—Suscripción anual, 60 ptas.; número suelto, 16 ptas.; número retrasado, 18 ptas.

Extranjero.—Suscripción anual: Portugal, Hispanoamérica y Filipinas, 65 ptas; otros países, 70 ptas.

Redacción, Administración y Distribución: Avenida Generalísimo, 16 - Teléfono 190

HUESCA

562

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

N.º 17

TOMO V (Fasc. 1) HUESCA 1 TRIMESTRE 1954

S U M A R I O

ESTUDIOS: Páginas

El medio siglo de «Capuletos y Montescos», por *Salvador María de Ayerbe* 1

Fraga en la antigüedad, por *Rodrigo Pita Mercé* 17

Las zoonosis parasitarias transmisibles al hombre en el Somontano de Barbastro, por *José María Tarazona Vilas* 33

COMENTARIOS:

Los riegos en la Plana de Huesca, por *Federico Balaguer* 49

Datos sobre el castillo de Anzano, por *Virgilio Valenzuela* 57

ACTITUDES:

Amor y muerte, por *Ildefonso-Manuel Gil* 65

INFORMACIÓN CULTURAL:

Los castillos de Novales y Argabieso, por *Federico Balaguer* 73

Don Pedro Arnal Cavero deja el Magisterio, por *S. A.* 74

Actividades culturales de la Sección Femenina, por *Santiago Broto* .. 75

Exposición de pintura de María Antonia Aguiló, por *Salvador María de Ayerbe* 77

Las letras aragonesas en el Canadá, por *S. A.* 78

Ciclo de conferencias de lucha contra el cáncer, por *A. Cardesa* ... 79

Miguel Dolç, premio Bonay, por *A. D.* 87

Sociedad Oscense de Conciertos, por *Ricardo del Arco* 88

Vicente Vallés ha obtenido cátedra de dibujo, por *S. A.* 89

NECROLOGÍA:

D. Santiago Luis Lalaguna Rayón, por *S. B. A.* 90

BIBLIOGRAFÍA: Páginas

Libros:

DOLÇ, MIGUEL: Hispania y Marcial. Contribución al conocimiento de la España Antigua, por *Federico Balaguer* 91

ALVAR, MANUEL: El dialecto aragonés, por *Miguel Dolç* 92

CHAMOSO LAMAS, MANUEL: Las pinturas de las bóvedas del convento de la Mantería de Zaragoza.—TORRALBA SORIANO, FEDERICO-B.: La villa de Monterde y sus retablos.—ID.: Los tapices de Zaragoza: piezas góticas de la colección del Cabildo.—TORRALBA, FEDERICO: Catedral de Tarazona, por *Ricardo del Arco*.. 93

Recuerdo póstumo del ingeniero Excmo. Sr. D. Joaquín Cajal Lasala. Su vida y su obra, por *Federico Balaguer* 94

RAMIS ALONSO, MIGUEL: Don Miguel de Unamuno. Crisis y crítica, por *Miguel Dolç* 95

BESCÓS, MARÍA CRUZ: ¡Que no se lo lleve el viento!, por *Salvador María de Ayerbe*.. 95

Artículos:

UBIETO ARTETA, ANTONIO: Gonzalo, rey de Sobrarbe, por *Federico Balaguer* 97

POST, CHANDLER PATHFON: Una obra posible de Santa Cruz, por *Federico Balaguer*.. 97

PERICOT GARCÍA, LUIS: La cultura megalítica de Aragón, por *Ricardo del Arco* 98

LACARRA, JOSÉ MARÍA: Gastón de Bearn y Zaragoza, por *Federico Balaguer* 98

ARCO, RICARDO DEL: Fundaciones monásticas en el Pirineo aragonés, por *Federico Balaguer* 99

TORRES BALBÁS, LEOPOLDO: La iglesia de Santa María de Mediavilla, catedral de Teruel, por *Ricardo del Arco* 99

ARCO, RICARDO DEL: La «dueña» en la literatura española, por *José Artero* 100

Dibujos de *Zueras*, *J. Beulas* y *J. Paredes*

ARGENSOLA no mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y afirmaciones contenidas en sus escritos.

Los estudios y comentarios que se ofrezcan para ser publicados en la revista deberán ser originales, de carácter estrictamente científico o literario, e inspirados —aunque no de un modo exclusivo—en temas altoaragoneses. La Redacción se reserva la libertad de modificar, en ciertos aspectos accesorios, si le pareciera conveniente, los trabajos presentados.

EL MEDIO SIGLO DE «CAPULETOS Y MONTESCOS»

Por SALVADOR MARÍA DE AYERBE

En aquella antigua librería...

Hace más de siete lustros tuve el honor de conocer a Luis López Allué, literariamente se entiende, porque *de visu* me era sobradamente familiar, como que formaba parte integrante del grupo de amigos y condiscípulos de mi padre. Reuníanse aquéilos en erudita y animada tertulia donde humanismo y humorismo se entremezclaban y confundían bajo el signo de una fecunda charla empedrada, a veces, de tópicos localistas cuando no de sabrosas cominerías de vecindad. El ámbito que los cobijaba era una vieja librería, remozada a la sazón, en cuyos simétricos anaqueles se alineaban profusión de volúmenes con diminutos titulares sobre los tejuelos respectivos. Algunas veces recalaba yo por allí, más especialmente durante las vacaciones estivales, cuando la necesidad de proveerme de algún libro, de distracción, me hacía permanecer largos ratos en la ingrata ocupación de cohonestar mis menguados recursos económicos con la poderosa ambición que en mí despertaba el acopio abundante de fondos editoriales. Hojeábalos muchos de ellos: leía otros fragmentaria y atropelladamente, a hurtadillas, y hasta con la insconciente complicidad de un aprendiz grandullón y despreocupado del acervo intelectual que custodiaba, cuando un buen día descubrí la risueña portada de *Capuletos y Montescos*.

Con hábil plumilla, a dos tintas, el inspirado dibujante había dado una versión primorosa del Castillo-Abadía de Alquézar, señoreando

roquero sobre el apiñado caserío bajo el sol fulgurante de una mañana estival. Era como una primicia singular, al regusto anticipado de aquella tersa y castiza prosa novelesca. Y también el preludio insospechado de las enérgicas telas que años después pintaría Ignacio Zuloaga, enamorado visitante de la remansada villa medieval perpetuada, asimismo, por los pinceles de Rincón, Gárate, Cidón, Pastor y Beulas en visiones diversas.

Todavía recuerdo, nostálgico, la pura delicia que experimentaba, un día tras otro, con las lecturas parciales de la novela altoaragonesa por antonomasia cuyo escenario, situaciones, costumbres y personajes eran trasunto fidelísimo de todo un pequeño mundo lugareño, por mí frecuentado desde la infancia. Mosén Miguel y mosén Dámaso con sus homilías y sermones, el señor José de la «Retora» y sus delirios autoritarios; doña Rufina, la impoluta infanzona; Pablo y Julia, enamorados sin ventura; don Cándido Rubielos, pedagogo y muñidor; Lorencico el Tuerto, alquimista de finanzas ajenas; Eugenio Arbaniés, Roque Bellosta, eran figuras de carne y hueso, seres humanos y palpitantes a quienes de nuevo iba yo a ver y a oír próximamente en las soledades agrestes del viejo solar de mis mayores.

—¿Qué estás leyendo, muchacho, con atención tan sostenida? —inquirió una voz, grave y armoniosa.

Me volví sorprendido y ruboroso al ser cogido *in fraganti*. Pero en lugar de la faz rubicunda del temido librero, me hallé ante un caballero de aspecto distinguido, cuya nívea sonrisa florecía entre una sedosa barba negra que recordaba, en marfileño rostro, los de los hidalgos de El Greco. Vestía cierto atrevido terno inglés, de cuadros, tocábase con un flamante *canotier* de paja, calzaba zapatos de lona y usaba camisa y cuello blandos, al que circundaba una chalina obscura de frondoso lazo. Era un tipo admirable en su doble aspecto literario y artístico que hasta físicamente, fluctuaba entre Valle-Inclán y Rusiñol.

—*Capuletos y Montescos*... me encanta... ¡Este don Luis es admirable! —contesté menos turbado.

—¡Como que es lo mejor que se ha escrito en este país desde *El Criticón* hasta la fecha, no despreciando *La vida de Pedro Saputo*, dechado de cortesía, padre de la agudeza y mecenas del humor!

—Ni tampoco la obra periodística y literaria de usted, fruto cuajado de un filósofo y humanista consumados, honra de nuestro Alto Aragón...

El hidalgo de la barba endrinosa me atajó suavemente con un dis-

LUIS LÓPEZ ALLUÉ

Portada de la primera edición de *Capuletos y Montescos*

creto ademán digno de Bradomín. Lo que agradeció, profundamente, mi azoramiento precursor del inminente riesgo de un diálogo cuyo contenido yo no dominaba. Luego prosiguió, insistiendo en la trayectoria de su discurso:

—¿Conoces la *Guía Artística y Monumental de Huesca y su provincia*? Es de un joven y erudito archivero que promete: Ricardo del Arco... ¡Es lástima que no sea de aquí! Aunque, si por nuestra ventura lo fuera, probablemente no triunfaría—diagnosticó con agudeza.

Y como asintiera manifestándole además mi modesta opinión de que dicha obra representaba para la expansión turística lo que aquella otra respecto del tipismo, subrayó efusivo:

—Por cierto que lleva un prólogo ágil y vivaz como suyo, de López Allué. Quizá sea un feliz presagio. ¡Puesto que esa segunda edición de *Capuletos y Montescos* la encabeza también un magistral juicio crítico de Mariano de Cavia! Y editada por Sanz, en Zaragoza, constituye la entrañable sucedánea ofrenda de unos amigos, al homenaje que allí pensaban ofrecerle. Declinado, modestamente, por Luis.

La enjundiosa charla derivó luego hacia la política nacional de signo estéril, sin contenido ni eficacia, desde que España habíase replegado en sus fronteras naturales después del hundimiento de los postreros restos de su imperio colonial. Mas el caballero tenía fe en los futuros destinos nacionales, porque creía en una raza inmortal de titanes cuya sangre asimismo corría, impetuosamente, por sus venas. El porvenir aragonés residía en la colonización interior cuyas últimas consecuencias propugnaba su amigo Joaquín Costa, con más convencimiento que el paisajista Miguel Viladrich, a la sazón en Fraga entregado a su arte y a una pintoresca aventura electoral cuyo candidato era Pío Baroja.

De buena gana lo habría interrogado seguidamente, pidiéndole pormenores sobre dos libros suyos que habían hecho ruido en el dormido ambiente de la hidalga ciudad de Ramiro el Monje. Uno político, *La Gran Guerra*, con macabra y mítica cubierta dibujada por el lápiz, buído y certero, de Pepe Gallostra y Coello de Portugal que, años después, había de rubricar con sangre su mejor servicio diplomático a España. Y el otro, *Epigramas*, donde con el salero y la gracia, actualizados, de Juvenal, Marcial, Quevedo y Martínez Villergas, llamaba «blondo Nemorino» a nuestro librero y donosamente declaraba, además, que todos sus amigos—¿acaso también los de la tertulia?—no valían un pitillo.

Tan ingenioso y refinado conversador era don Manuel Bescós, «Silvio Kossti» en el mundo de las letras.

Efusiones románticas.

La prosa narrativa de episodios ficticios, arte literario tan genuinamente español y tan primitivo en sus orígenes hasta confundirse con los balbuceos iniciales del lenguaje, tan característico como el teatro y que alumbró el moderno realismo dando la pauta universal en la representación de costumbres populares, se hallaba en crítico período al expirar el siglo de oro. Nuestra musa novelesca permanencía silenciosa durante el siguiente, salvo leves intentos esporádicos que afloran en tímidas y escasas producciones ya históricas o pedagógicas influenciadas del estilo francés. La guerra de la Independencia con las pugnas siguientes de los bandos políticos, asfixia la vida literaria que el romanticismo galvaniza después tutelado por Walter Scott, Víctor Hugo, Balzac y los folletinistas franceses: a cuyo conjuro nuestros ingenios tan fértiles de inventiva meridional como faltos de rigor cronológico, metamorfosean la novela histórica en libro de caballerías al gusto décimonónico, siquiera se resientan las costumbres ancestrales de eficacia artística, y aun de pura invención, mal avenidos con la analítica y minuciosa labor que tal género literario exige.

Denodado propulsor del romanticismo literario, el aragonés Mariano de Cabrerizo, «acreditado impresor, sujeto literato y bien conocido en todo el reino» según uno de sus contemporáneos, apasionado y soñador, como la época lo requiere, edita una colección recreativa a doce y trece reales el tomo en pasta, «la mejor biblioteca de este género que hasta el día se ha publicado en España, ora se atienda a la uniformidad, belleza y cómodo tamaño de las impresiones, ora principalmente a lo selecto y variado de las novelas que la componen». Se nutren sus fondos a base de Goethe, Chateaubriand, Madamas de Genlis, de Sthaël, de Cottin y el vizconde d'Arlincourt, entre otros, con *Hermann y Dorotea*, *Atala*, *Las Madres Rivales*, *Corina o la Italia*, *Matilde o las Cruzadas* y *El Solitario de Monte Salvaje*, respectivamente, «delicia de los corazones sensibles», cual el de tío Frasquito de *Pequeñeces*, al que desvelaba, todas las noches, «la encantadora pluma del señor Vizconde», *Las Ruinas de Santa Engracia o el Sitio de Zaragoza*, de Francisco Brotóns; *La Campana de Huesca*, de Antonio Cánovas del Castillo; *Marcilla y Segura o los Amantes de Teruel*, de Isidoro Villarroya, por no ser más prolijo en citas bibliográficas, hacían las delicias de nuestros abuelos a la melancólica luz de los quinqués en las dilatadas veladas invernales, mientras

que a través de los corresponsales de Cabrerizo—Polo, en Zaragoza; Larraga, en Calatayud; Castanera, en Huesca, y Lafita, en Barbastro— se esperaban con impaciencia nuevas producciones. Algunas ilustradas por Teodoro Blasco Soler, profesor en ambos grabados de la Real Academia Aragonesa de San Luis, nos seducen por la armonía y pureza de sus líneas, belleza y corrección tipográfica, y hasta por su estilo peculiar que, si barroco y enfático, es el adecuado a la acción y misterio de unos argumentos inefables. Anotemos, finalmente, *Los placeres de la mesa o el Arte de comer*, impreso en 1839, y *La medicina curativa*, publicada en 1863, que aun sin propósito de réplica a la primera la encabezaba este pareado pintoresco, como para certificar, *a priori*, de su eficacia indiscutible:—«Lleva el médico consigo—quien me lleva en el bolsillo». ¡Amables y discretos librejos estos de artesanía, que nos producen gratas emociones, de un placer indefinible, al encontrárnosles en alguna recoleta librería de lance arrojados tal vez por las resacas de tristes almonedas!

Pasado el público frenesí de la novela histórica, hoy en tímida progresión renaciente, desarrollábase paulatinamente la novela de costumbres revitalizando los moldes clásicos para sincronizar nuevas ficciones con usos nuevos prestándoles, merced al contraste del mundo exterior, la base realista de que aquélla carecía. Muy reducido su marco en tipos, escenas, rasgos y detalles, faltaba la nota humana, la cordial dimensión en cuyo progresivo acontecer pudieran intervenir diversos factores para despertar la atención que el conflicto de las pasiones había de ocasionar. Misión tan honrosa para las letras españolas estaba confiada a una mujer distinguida, por su progenie intelectual, que participaba de nórdica reflexión y de vivacidad meridional equilibradas por un temperamento y sensibilidad exquisitos. Idealista y sentimental, sabía captar, no obstante, la realidad con visión exacta, no deformada por la fantasía, extrayendo saludables consecuencias éticas aromadas por la tradición española al reflejar en páginas de la mejor estirpe literaria el regusto de insospechadas efusiones líricas.

La aparición de *La Gaviota* en el folletín de «El Heraldo» es fecha crucial en la existencia literaria de Fernán Caballero, cuyo influjo va *in crescendo* entre la expectación del público lector, a medida de la divulgación de *Clemencia*, *Lágrimas* y las demás novelas sucesivas. El influjo de la autora, entre los escritores de la época, se hace patente. Mas aquella feliz conjunción entre la ética y la estética, entre la moral y la belleza, aquella interpretación poética de lo popular son peculiaridades perso-

Don Manuel Bescós, «Silvio Kossti» (Dibujo de Zueras)

nales difícilmente transmisibles. A tan ilustre escritora cabe, pues, el supremo galardón de haber creado la novela moderna costumbrista, la de sabor local, primorosamente cultivada después por una vigorosa pléyade de escritores que pueden considerarse como sus discípulos, si no todos ideológicamente afines, en absoluto consecuentes con su filiación intelectual.

Surge, y destaca, Luis López Allué.

Los años dorados de Luis López Allué coinciden con el apogeo de la novela española contemporánea y con el prestigio creciente de Alarcón, Valera, Pereda y Galdós, escritores vinculados al movimiento filosófico tan intenso entonces. El problema religioso que era obsesivo en algunos cerebros, había llegado a trascender hasta la novela donde reverberaban las más diversas posiciones del espíritu con referencia a aquél. *El Escándalo, Pepita Jiménez, De tal palo...* y *Gloria*, más que serenamente enjuiciadas por su valor artístico, eran exaltadas o maldecidas con vehemencia inusitada por los beligerantes enfebrecidos en los combates ideológicos que aquellas obras reflejaban.

Bajo dos característicos aspectos he de enjuiciar siquiera sea muy someramente a nuestro escritor altoaragonés: como autor de cuadros de costumbres y como novelista. Siquiera esta segunda faceta resulte la natural y más lógica consecuencia de aquélla, o no sea otra cosa (en definitiva) que una ampliación de la primera. Porque si difícil es el género costumbrista, y muy atrevidos algunos presuntos escaladores que con preferencia a otros intentan conquistarlo, no lo es menos desentrañar la confusión reinante entre los críticos sobre la índole y límites de esta manera de escribir. Mas no porque fueran escasos los costumbristas desde Aristófanes para acá, sino porque en las ficciones literarias griegas constituía ser cosa puramente accesoria, la descripción de tipos y paisajes que es tan fundamental. Independiente de la novela y con diversas formas, el cuadro de costumbres en ocasiones se reduce a esbozar brevemente un carácter. Otras se limita a puras creaciones mítico-alegóricas. Y a veces, no ofrece más acción que la necesaria al movimiento de los personajes. Por cierto que son curiosas algunas alusiones de López Allué a la antigüedad clásica en *Capuletos y Montescos. La corrida de los pollos, El Pedrisco*, etc., que denotan su formación humanística y su conocimiento de los mitos griegos. Mas no se crea, por

ello, en una inclinación hacia falsos y amanerados idealismos de Arcadias felices, aunque haya en sus cuadros aquella idealidad de las costumbres rústicas, reflejo natural de su sencillez primitiva. Por eso no circulan por allí Tirsis ni Melibeos, sino baturros auténticos, sagaces y reservones, atentos al interés personal y al provecho de su casa, como acostumbran a ser los rústicos, sentenciosos a veces y con felices ocurrencias o buenos «repentes» al decir de Gracián. Piensan, hablan y sienten a lo aragonés, y como naturales de la «terreta» que son, reaccionando a lo vivo en las más diversas situaciones patéticas o jubilosas con adecuadas expresiones nunca resabidas o rebuscadas como en las églogas rosadas. Modelos de sentimiento hay en las páginas y en el espíritu de López Allué; mas siempre viriles y algo primarios cual corresponden a personajes toscos y rudos que, sin embargo, nos dejan tan honda y cautivadora impresión en lo mejor de las fibras del alma...

Hay bandos lugareños, menudas intrigas, lances amorosos, escenas campestres y ajustes matrimoniales servidos por una briosa galería de tipos, como los Torralbas y Avenillas, mosén Miguel, don Cándido, Lorencico el tuerto, Gilotes y Roque Bellostas, envueltos en la pugna ancestral de ambas casas que son pruebas irrefutables del maravilloso poder del autor, capaz de infundirles alma y vida para incorporarlos al dilatado mundo de la fantasía literaria. Pero no tanto que resulten irreales. Puesto que, al ser profundamente humanos, aparecen palpitantes y vivos, en un trasunto como de corporeidad idealizada, gracias a lo cual, y al vigor descriptivo, a la fuerza creadora y a la efusión racial, el tipo aragonés de nuestros Somontanos, alzado hasta lo épico, pervivirá mientras haya devotos de nuestra literatura regional. Perpetuadas a veces con los pinceles de Velázquez y de Teniers, otras con los briosos toques de la escuela aragonesa, cada capítulo de *Capuletos* nos ofrece personajes nuevos y nuevas escenas sin que la intención aleccionadora se matice de dogma, ni tiendan a deformarse los tipos rústicos en una amena prosa que sabe hermanar lo fácil con lo primorosamente sentido. Tanto en lo serio como en lo alegre, una belleza insuperable campea en esta novela cuajada de cuadros costumbristas óptimos y de episodios pintorescos plásticamente presentados.

Intimismo novelesco.

De elegir alguno de sus capítulos, yo votaría por aquel de la siega cuyos destellos rutilantes tienen la cálida luminosidad sorollesca del

estío somontanero, completada con la pura delicia del diálogo altoaragonés vivo y vernáculo. También los de los preludios electorales que, pese a su fustramiento prematuro, tanta frescura y naturalidad revelan hasta emparejar, sin mengua, al «siñó José de la Retora», con el perediano Patricio Rigüelta: «Maquiavelos de Campanario» ambos, si bien en latitudes imaginarias tan diferentes cual Escuarve y Coteruco. Y con un nexo adecuado de similitud y parentesco literarios entre el tío Mazurca, Cisclo, el siñó Joaquín y Eugenio Arbaniés, con Toñazos, Polinar, Barriluco y Chisquín. ¡Vigorosas nervaturas y plenitud sanguínea, españolas, hasta las de estos tipos episódicos, cifra y compendio del lugareño con sus rodeos y suspicacias! Magníficos también los que sirven de presentación a otros personajes (con su problemática y sus vivencias) de marco al idilio fugaz de Pablo y Julia; y de interludio a la versatilidad novelesca como el genealógico de los Torralbas que nos recuerda la armadura literaria y la correcta prosa de *Clarín*.

Mas tales regustos literarios y sutilezas críticas que actualmente nos brindan la perspectiva del tiempo y la sedimentación de sus valores, eran desconocidos menesteres en la silente y apacible ciudad oscense de principios de siglo. Apartada de las comunicaciones vitales, inmersa en la rutina de una existencia vulgar e integrada en la cabaña borreguil del electorado democrático, creyó hallarse el vulgo ante una ruidosa novela de clave, identificando con seres vivos y palpitantes aquellos personajes ficticios. Porque relativamente recientes los ruidosos éxitos de *La Montálvez*, de *Pequeñeces*, y de *La Regenta*, obras vigorosas y capitales de nervio, unción y convicciones, la pasión suscitada en torno de Pereda, del P. Coloma y de Clarín repercutió a su modo alrededor de la famosa novela aragonesa. Y los conservadores y los liberales oscenses en versión actualizada de aquellos clásicos bandos medievales de Capuletos y Montescos, Agramonteses y Beamonteses, Güelfos y Gibelinos, Oñatinos y Gamboinos, sintiéndose aludidos sarcásticamente en la farsa monstruosa de sus pugnas estériles—denigradas hasta por Lorencico el tuerto con sagacidad filosófica—se lanzaron a la tarea ambiciosa de desentrañar a los cuatro vientos el misterio en cuestión. Doña Rufina Torralba y Monrepós era, ni más ni menos, que la tía carnal del novelista a quien éste había sucedido recientemente, por herencia, en la casa hidalga y patrimonio de Barluenga. ¡Ingrato y poco piadoso, a fe, resultaba el pícaro sobrino! Menos mal que, arrepentido sin duda de semejante travesura, reproducía en cambio con los más risueños matices, en la arrogante figura de Pablo, a su primo Antonio Saso. Las fron-

Luis López Allué (Dibujo de Beulas)

dosas peroratas y alambrados juicios del maestro y secretario de Escuarve don Cándido Rubielos, eran trasunto aproximado de los escarceos elocuentes de un joven abogado que prometía y cumplió como bueno: Maximito Escuer y Velasco, amigo al que secretamente quiso gastarle López Allué esa cuchufleta. Así como prestaron sus galas epistolares, sibilinas y falaces, los diputados canovistas y sagastinos de entonces al marqués de Casa Ibáñez y a don Enrique de la Sotonera. En el notario, sentencioso y conciliador, del ajuste de Pablo y Encarnación entreveían los aristarcos al que lo fuera de Casbas de Huesca don Nicolás Claver y su tío afín, cuya escribanía, naturalmente, frecuentaba el novelista desde niño quizás sin ulteriones propósitos de inspiración literaria.

Este achaque injustificado de aviesas intenciones, extrañas totalmente a los propósitos del escritor, padeciólo también «Silvio Kossti» en quien se cebara la mordacidad de los enanos con ocasión de la aparición de sus *Epigramas*. La sal ática, el vivaz desparpajo, y la agudeza satírica de tan garbosa pluma humana y colorista, fueron torcidamente interpretadas por la masa extraña al puro deleite del humanismo clásico. También la semblanza moral de una ilustre infanzona, ligada asimismo al autor por estrechos vínculos familiares, se distorsionaba con perfidia.

Aguafuerte sentimental.

Precisamente había yo también asistido al funeral de la misma, celebrado en aquella feligresía rural con una solemnidad litúrgica y gravedad patriarcal que recordaban el de don Pedro Javierregay en el capítulo correspondiente de *Capuletos y Montescos*. El duelo era numeroso y escogido, aunque abigarrado tanto en la indumentaria masculina como en el atezado dispar de las fisonomías concurrentes, que revelaban al observador la existencia de castas diversas en la prócer parentela. Unos con trazos señoriles ingénitos, faz rasurada, y cierto desgaire en el vestir. Otros más refinados y peripuestos, bajos de color, enguantados de luto. Estampa viva aquéllos de los hidalgos montañeses de Pereda y éstos de los burgueses ciudadanos de Galdós. Entre ellos y rodeando al túmulo funerario, se hallaba también «Silvio Kossti». Su estatura prócer destacaba entre la escogida grey, acusándose más todavía aquella inconfundible personalidad suya, especialmente avasalladora en el refinado trato social. A luz macilenta de los cirios, la palidez del rostro enmar-

cado entre aborrascadas cabellera y barba, negras, ofrecía tonalidades de aguafuerte que confirmaba la obscura capa «Monte-Cristo» que lo envolvía casi hasta los pies. Me recordaba cierta romántica litografía de Larra, aquel otro satírico ilustre, según el buído lápiz de León Noël. Por un momento creí verle entre las manos el anticuado «clac», con que se tocaba en los duelos funerarios oscenses, y cuya vigencia prorrogaba, inexorablemente, su acusada elegancia personal. Mas no era la plegable chistera de raso sino un grueso devocionario, encuadernado en piel de Rusia, lo que portaba y cuyas páginas volvía de vez en cuando con visible atención. Aquello me dejó boquiabierto. ¿Era posible que quien aparecía en el mundillo provinciano como espíritu fuerte, avanzado demócrata, y paladín de Costa, hiciera pública profesión de una fe católica que le suponíamos mortecina como la oscilante llamita de los cirios que flanqueaban el túmulo? A mi imaginación acudieron, no sé por qué, las figuras de Lamennais en su juventud y de Donoso Cortés en su madurez, mientras que las tremendas estrofas del *Dies Irae* se asociaban «in mente» a los graves acordes, majestuosos, de cierta sinfonía de Dvôrak. Y aleteaba seguidamente en mi memoria aquel prudente aviso, de Fenelón: «El pensamiento de la muerte es saludable, y sólo asusta a los que jamás de por vida la recordaron». Semejante escena me impresionó a la vez que me hacía evocar la amistad entrañable de «Silvio Kossti» con el Magistral ilustre de nuestra catedral y sus frecuentes charlas peripatéticas por los aledaños de la ciudad. Individualidad destacada ésta de Bescós Almudévar, que merece un detenido estudio desapasionado y reflexivo. ¡Mas si el vulgo ignaro había trastocado en epigrama un soneto, la filosofía tomista, en cambio, había derrotado al krausismo!

Final apasionado.

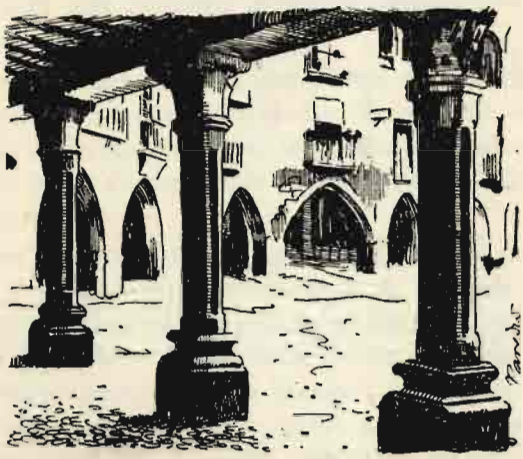
Disculpa, lector benévolo, esta digresión, y sigue conmigo glosando al maestro de costumbristas aragoneses, en la conmemoración jubilar de su novela famosa, si el calor afectuoso de tu asistencia me acompaña. Porque termino presto. Desde luego es inexacta la hipótesis de novela de clave cuando se advierte el recio y poderoso buen sentido, el brío y la fidelidad en las descripciones, el latido, agudeza y casticismo en la frase que esmaltan el estilo de López Allué. Y sobre todo la maestría del diálogo, aquella vena de léxico extraída de labios campe-

sinos—de cepa auténtica y solar aragonés—junto a la facultad soberana de arrancar tipos humanos a la cantera de la vida rural. La escena en que aquellas gentes viven y se mueven es nuestro paisaje acostumbrado. A los que hayan leído otras obras de López Allué, no es del caso recordarles cómo están bosquejados Escuarve, y su comarca, según la gama colorista de Valdiberos y Sescún, Mora de Sevil y Piñarros, matizadas por un gusto delicado y amante, siempre, de lo más agreste y pintoresco. Motivo, además, es la novela para que la vida rústica de nuestra provincia se incorpore a la acción, y la inspiración de su autor escale las fuentes primitivas de la poesía, arrullada con las galas de la madre naturaleza. Magnífico libro rústico y serrano, henchido de aromas campestres y de cuanto creó la Providencia para el gozo humano: aire, luz, agua, verdor, fuerza y vida... Tengo para mí que siendo el mejor de los que aquél escribió, al vigor descriptivo prefiero el realismo de la acción sin vanas retóricas, convencionalismos, ni pedanterías didácticas. ¿Para qué buscar más enseñanzas que la grata impresión de salud cabal, tradición venerable, vida patriarcal y entrañables afectos que deja en el espíritu *Capuletos y Montescos* siquiera el desenlace sea más clásico que romántico? Por algo pudo escribir tan sagaz crítico como Mariano de Cavia: «La lucha por el cacicato, entre el gañán enriquecido y la arruinada señora de pendón y caldera, está pintada con tal franqueza y destreza, que ya lo he dicho antes, hasta fresco y nuevo nos parece el asunto. La hidalga Julieta de Escuarve sucumbe dramática y melancólicamente; mas no por el imperativo romántico, sino por categórica imposición del medio ambiente y la herencia fisiológica. El robusto y plebeyo Romeo, en vez de buscar la muerte sobre la tumba de su amada, se consuela con necesaria facilidad en brazos de la garrida y bien acomodada montañesa que por clasificación le corresponde».

Pocas veces, con tales brío y relieve, habrá llegado a revestir carácter estético un modo de ser regional. Porque identificado López Allué con la tierra natal de cuyo contacto recibe un vigor mitológico, y alimentando sus pupilas con la efusión lírica del tipismo lugareño, ha llevado a sus libros también algo que no se ve pero que late y vibra en lo más profundo e íntimo de nuestro ser: el misterioso encanto del cariño a la *terreta* latente en el corazón de sus hijos, máxime de aquellos emigrados en otras latitudes. Primera virtud que todo aragonés, aun el menos docto, experimenta al menor contacto con la prosa admirable de nuestro escritor costumbrista, y que le induce a encariñarse con él por la reiteración de su lectura. Recuerdo el halago que la segunda edi-

ción de *Capuletos y Montescos* proporcionó a la reputación literaria de su autor, ratificando su estrella luciente de novelista regional. Pero también me consta que el cariño y popularidad de que gozaba en Huesca era lo que más estimaba.

Y ciertamente que podía sentirse feliz por haber interpretado, dándole forma artística imperecedera, al puro intimismo de nuestra raza pirenaica con sus virtudes y defectos, igual que a la grandeza de nuestros riscos y parameras con sus nieves y cierzos, rebosantes de inédita poesía. Por eso nunca he conseguido leer la novela que nos ocupa con la impasibilidad crítica con que leo otras. ¡Pues creo, y supongo, igual acontecerá a muchos de nuestros conterráneos, que más que de distracción es obra de sentimiento!



FRAGA EN LA ANTIGÜEDAD

Por RODRIGO PITA MERCÉ

Preliminar.

CIRCUNSTANCIAS profesionales nos han llevado a Fraga. En los pocos meses que llevamos junto a las aguas del Cinca, y recorriendo las tierras y comarcas cercanas, hemos conocido una serie de hechos y hemos observado una cantidad de circunstancias que forman la base y fundamento de estas notas.

Hemos reflexionado sobre el nacimiento de la población y el señorío de Fraga y notado sus peculiaridades de vida tan típicas en todos los órdenes. De nuestras preguntas, inquisiciones, curioseos y observaciones se ha formado el cúmulo de conceptos de diversas inspiraciones, que vertemos aquí *.

Hemos visto los precedentes trabajos históricos sobre Fraga; sobre todo, las obras de Salarrullana y de Del Arco, que nos han servido de guía para los datos propiamente históricos. Pero el contenido de nuestro trabajo no está basado en datos de archivo que propiamente no conocemos, ni tenemos paciencia para recoger. Son observaciones hechas un día tras otro, en el trato con la gente del país, cosas vistas en las visitas a los pueblos de la Ribera, nombres de partidas, caminos y lindes vistos en escrituras notariales, otra infinidad de datos ocasio-

* Este estudio forma la primera parte de un extenso trabajo sobre la antigüedad de Fraga. Publicaremos próximamente la segunda parte dedicada a Fraga árabe. La bibliografía utilizada en los dos estudios quedará registrada al final de la segunda y última parte.

nales, que nos han llevado a formar una serie de ideas que aprovechamos dentro lo aprovechable para este trabajo sobre Fraga, romana y árabe.

Serán innumerables los defectos que sin duda se encontrarán en este estudio. Podrá ser objeto de crítica desde muchos aspectos y por varias causas. Pero creemos que habremos aportado nuestro grano de arena al conocimiento de la más remota historia de las tierras que describimos. Cuando en una fecha más o menos lejana las circunstancias de nuestra vida nos lleven a otras tierras, servirán estas líneas para recordar nuestro paso por Fraga, el jardín del Cinca [1].

Sobre el origen del nombre de Fraga.

Es difícil cuestión ahondar en los posibles y remotos orígenes del término *Fraga*. Supone un asunto muy complejo, relacionado con problemas lingüísticos, fonéticos, étnicos, arqueológicos e históricos. Hay que tener en cuenta, al tratar de dilucidar tan obscuro punto, el cúmulo de circunstancias de diversos órdenes que pueden concurrir en el origen y posible evolución del término.

Antes de entrar en el fondo de la cuestión y dar nuestra opinión sobre tal problema, haremos mención de las diversas teorías sentadas sobre el origen de este término toponímico.

Los que sostienen el antecedente romano de Fraga, es decir que históricamente procede de la ciudad ilergete citada por Ptolemaios como *Gallica Flavia*, creen que el término *Fraga* es una evolución de la forma *Flavia*. Nosotros, no obstante, creemos que ha sido esta posible semejanza fonética lo que indujo a los autores renacentistas y a los muchos que hasta nuestros días les han seguido a buscar en *Gallica Flavia* el antecedente histórico y fonético de *Fraga*.

Otros, que han dudado sobre la certidumbre de la identidad entre

1. Nuestro agradecimiento a los amigos don José Calleja Olarte y don José Espitia Arellano, personas cultísimas y conocedoras desde años del país, que guiaron nuestros pasos sobre aquel desconocido suelo y nos han contestado infinidad de consultas más o menos peregrinas sobre las tierras del Cinca. Por las facilidades prestadas procurándome materiales geográficos y documentales locales que han posibilitado esta labor, expreso también mi reconocimiento al alcalde de Fraga, don Pedro Dueso Poy, al secretario del Ayuntamiento, don Eugenio Siguán Gra y a todos los secretarios de Administración Local de la ribera del Cinca.

Gallica Flavia y *Medina Fraga*, han apuntado la teoría de que el término *Fraga* puede derivar del latín en una de las varias formas de la raíz *frag-*. Puede ser de la forma adjetival *fragosus* 'aspero', 'escabroso', 'intrincado', o de la forma *fragor*, derivada del verbo latino *frangere* 'romper'. Es decir, da un sinónimo de terreno quebrado o roto, que en realidad corresponde bastante bien a la situación real de Fraga. Podría fonéticamente, dentro de la radical expuesta, derivarse de una primitiva denominación romana que hubiera podido ser *Villa fracta* 'villa rota', o de *Terra fracta* 'tierra rota' o de otra denominación parecida, de la que se perdió el primer término, quedando únicamente el segundo *Fracta*, que era el característico y del que se ha derivado la forma actual *Fraga*. En Galicia es corriente el término *fraga* en el lenguaje del país, con significado de bosque o sinónimo.

Finalmente, existe otra teoría que podríamos calificar de celtista, que busca el origen del término *Fraga* en alguna forma céltica. Establecen un paralelo entre los términos geográficos *Braccara* hoy *Braga*, *Braganza*, *Praga* y *Fraga* como derivados de una raíz común céltica y acaso emparentada con las formas *Brigantium* y la tan corriente de *Briga* de la toponimia céltica en nuestra península, como *Juliobriga*, *Segobriga*, *Augustobriga*, *Ballabriga*, etc. Jiménez Soler, entre otros, sostuvo esta postura, con otros fundamentos además de los expuestos.

En realidad, después de haber casi desechado la primera de las tres hipótesis expuestas, no sabemos por cuál inclinarnos de las dos restantes. Una es la romanista y otra la celtista. En realidad, ambas tienen sus fundamentos, sus razones en pro y sus argumentos en contra.

Escritores árabes coetáneos hicieron notar en los siglos XI y XII que *Medina Fraga* era de «gran fortaleza por lo natural del sitio, rodeado de quebradas y situada encima de cortadas rocas». En el siglo XVI el cronista de Aragón Zurita y en el XVII el geógrafo portugués Labaña insisten sobre las fragosidades del terreno y la situación de Fraga, entre terreno tan cortado y accidentado, cortado sobre el río Cinca casi a pico, de forma que este río, al que Lucano ya tildó de *rapax*, siempre erosiona sus costados. Estos caracteres del relieve en la situación de Fraga pueden haber influído para que en época de completa romanización, antes de la irrupción árabe, se llamase al pobre y pequeño poblado iberorromano más o menos cristianizado que había en Fraga con un término adecuado a su relieve y disposición geográfica.

Desde luego, desde la toma de Fraga por el conde de Barcelona en

1149 el término *Fraga* se ha mantenido inalterable y no ha sufrido evolución alguna. Parece que los árabes denominaban a Fraga con las formas *Afaraga* e *Ifaraga*, precedidas en algunos casos de la forma *Medina*. Esta forma árabe es perfectamente compatible, a falta de otros determinantes, con ambas expuestas teorías celtistas y romanistas.

Si partimos del paralelismo entre la forma *Fraga* y las formas celtísticas *Bracca*, *Braccara*, *Brigantium* y *Briga*, pudiendo ser tomada *Fraga* como una resultante de algún fenómeno evolutivo de una forma céltica primitiva en *Braga* o análoga, entonces debemos tener en cuenta el sistema general de las formas geográficas del país ilergete, que provienen acaso de la misma raíz o de una forma emparentada. Entre otras, por ejemplo, todas de ilergetes y lacetanos: los nombres de gentilidad *Bagarenses*, *Barbotani*, *Begenses*, *Bargusios*, *Bergistani* y acaso también *Ergia* y *Orgia*. Entre los nombres de ciudad o localidad ilergetes, podemos citar: *Bersa*, *Vergi*, *Vigetum*, *Bakkasis*, *Burtina* y *Pertusa*.

Tampoco conduce a resultado seguro alguno el intentar aplicar reglas de evolución fonética a ninguna de ambas soluciones, ya la romanista, ya la celtística. La genuidad de la *f*, el paso de *b* a *f* o de *p* a *f*, la elisión o contracción de la primera *a*, etc., son fenómenos posibles pero no seguros. Acaso podría dar una guía y solución segura el conocimiento de la denominación de Fraga en época romana o alguna afortunada interpretación de inscripción ibérica. En tanto, quedamos con las mismas dudas. Podemos edificar complicadas construcciones evolutivas, pero como no estamos seguros de la base, nos exponemos a que todo pueda derrumbarse, por estar edificado sobre falsos supuestos.

Hacemos notar que los autores árabes, al denominarla, lo hacían con las formas *Medina Afraga* o *Medina Afaraga* o *Ifaraga*, según la grafía de la equivalencia fonética. Esta pequeña variedad prueba seguramente que era un término adquirido, es decir, que no era una denominación de origen árabe. El carácter de relativa independencia y autonomía del señorío musulmán en Fraga le hizo adquirir importancia a la población que se designaba frecuentemente como *Medina* «ciudad», en lugar de otros términos sinónimos de aldea, villa o pueblo. Este hecho podría ser considerado por algunos como prueba de que por su ascendencia desde *Gallica Flavia* en época romana era considerada como *civitas* o *municipium* y que por lo tanto los árrbes, por herencia histórica, conservaban el tratamiento de la población como ciudad. Pero encontramos que, a la

Reconquista, los cristianos que a Lérida le reconocieron derechos de *civitas* como ciudad romana y cabecera episcopal desde la época romana, a Fraga la llamaron por muchos siglos y hasta 1709 bajo la denominación de *villa de Fraga*. El rey Felipe V, en vista de la conducta de la ciudad durante la guerra de Sucesión en favor de sus derechos, le otorgó en 1709 el título de «ciudad» y en 1710 por los mismos méritos el de «ciudad vencedora».

Gallica Flavia.

Ptoleinaios, el geógrafo helenista, que dentro del Imperio Romano, siguiendo los pasos de Estrabón, describió o al menos nombró los pueblos y ciudades de las provincias hispánicas del orbe romano, al enumerar las ciudades de ilergetes, cita una *Gallica Flavia*.

Es ésta entre todas las ciudades ilergetes la única que tiene nombre propiamente romano. Las demás enumeradas o conocidas tienen nombre propiamente indígena. Por lo tanto debe de ser una ciudad fundada o con denominación puesta durante el Imperio, bajo el reinado de algún emperador de la familia *Flavia*, probablemente el propio Vespasiano, respetando la opinión del padre Fita.

En cuanto al término *Gallicum*, hemos de tener en cuenta la repetición de tal término o de otros emparentados con el mismo en la toponimia romana peninsular: *Gallicum*, *Forum Gallicum*, *Portus Gallicus*, *Gallica*, *Gallica Flavia*, etc. Creo que es un nombre no propiamente indígena, sino latino. Es una especie de contracción de *civitas gallica*, *vicus gallicus* o algo análogo. Indicaba una población de origen céltico o gálico, como una especie de islote céltico dentro de la iberización y que alcanzó el tiempo de la irrupción romana.

De acuerdo con los fundamentos expuestos, creemos que en uno de los varios islotes étnicamente celtas puros que había en el pueblo ilergete, durante el mandato de un emperador *Flavio*, seguramente Vespasiano, se fundó una colonia de derecho latino. Como la colonia y sus componentes eran gálicos o celtas y el favor lo otorgaba la familia *Flavia*, o acaso eran de la clientela de ésta, se llamó a la colonia latina o juliana *Gallica Flavia*. Ya en 1943 Boch Gimpera desarrolló y esbozó ampliamente la teoría de los islotes célticos entre los ilergetes, de la que en este caso particular hacemos una aplicación, edificando una teoría sobre la misma.

Es cierto que desde el siglo xvi han sido muchos los autores que han pretendido identificar con la Fraga árabe y Fraga actual, la antigua *Gallica Flavia* de que nos habla Ptolemaios. En realidad, ignoramos el fundamento que guió a los autores renacentistas y sus posteriores seguidores a situar en Fraga la antigua *Gallica Flavia*. Creemos nosotros que era una mera razón de semejanza fonética, si bien no estamos de ello seguros. Tenían a su disposición una lista de nombres de ciudades ilergetes y debían situarlas todas. *Ilerda* la situaron en Lérida, *Bargusia* en Balaguer, *Orgia* en Urgel y en Orgañá, y encontraron que lo más adecuado y factible para la ignorada *Gallica Flavia* era ciertamente Fraga. La importancia histórica de Fraga en el Renacimiento era enorme. Tras de Lérida venía Fraga, con importancia comparable a Huesca y superior a Barbastro, Balaguer y Tárrega. Y la moda del Renacimiento no podía ciertamente concebir que una ciudad que en época árabe fué cabecera de un señorío musulmán y gozó de cierta autonomía política, no tuviera en su ascendencia una ejecutoria de nobleza como era una ciudad romana, tanto mejor si era una colonia de derecho latino, fundada por especial privilegio del emperador Flavio Vespasiano o alguno de sus sucesores Flavios. Por lo expuesto, durante siglos nadie ha dudado que la actual Fraga estuviera edificada sobre los cimientos de la romana *Gallica Flavia*. Y, en realidad, la casi totalidad de los autores que en el siglo pasado y en el presente han abordado este tema, con más o menos reservas, han aceptado la identidad entre *Gallica Flavia* y Fraga. Los primeros que dudamos seriamente de ello somos nosotros. Dudaremos de ello hasta que la fortuna o la ciencia arqueológica no nos aporte otras pruebas de ello más sólidas y convincentes.

Hacemos notar que ni a través de Strabon, Caesar, Lucanus, Plinius, T. Livius y demás autores clásicos que han citado términos de la geografía ilergete, ni de otra fuente epigráfica antigua, conocemos o se ha repetido el término *Gallica Flavia*. La única cita consiste en la inclusión por Ptolemaios de este nombre en su lista de ciudades ilergetes.

Caso de haber existido un núcleo importante de población en Fraga en época romana, como sin duda lo debía ser *Gallica Flavia*, es de presumir que en época de Adriano o de Antonino Pío la vía romana desde *Ilerda* a *Julia Celsa* hubiera marchado directamente desde Alcarrás a Fraga y de allí por Candasnos hacia Bujaraloz, *Julia Celsa* y *Caesaraugusta*. Y, sin embargo, vemos que la vía iba desde Alcarrás a Masalcoreig y de allí por San Salvador de Torrente y Cardiel hacia *Julia Celsa*. Los vesti-

gios de mansiones o paradores están en Masalcoreig y en Cardiel. Lo más natural es que si Fraga hubiera sido *Gallica Flavia* la vía hubiera cruzado el río por dicho lugar, donde hubiera estado situada la mansión o parador que después hemos hallado en Masalcoreig. Y todo por una mera desviación de cuatro kilómetros aguas arriba del Cinca.

No obstante, en época romana seguramente existía en Fraga y sus alrededores una importante población agrícola. Una de las varias villas o granjas que existían establecidas era la llamada *Villa Fortunatus* del Pilaret de Santa Quiteria. Es seguro que deben existir vestigios de varias más en la huerta de Fraga y que, siguiendo las márgenes del río hacia Torrente, encontraríamos restos de cerámica romana que nos indicarían los emplazamientos de otros establecimientos agrícolas romanos.

Creemos que el origen de Fraga estará en algún pequeño poblado ibérico puesto en alguna de sus alturas, con posible continuación en la época romana al lado de alguna villa y utilización como poblado fortificado en época árabe. No en un núcleo romano importante, de la que habría algún resto arqueológico claro, que ahora no existe.

En cambio, en la Edad Media y en la Edad Moderna, el camino directo desde Lérida a Zaragoza pasó por Fraga, donde continúa. Por lo tanto, vemos que los árabes, que dieron importancia a Fraga, utilizaron esta ciudad como paso entre Lérida y Zaragoza especialmente en la última época, si bien es posible que aún se sirvieran de la vía romana que pasaba por la destruída y arruinada *Julia Celsa*. En la Edad Moderna, completamente en desuso la vía romana por Masalcoreig y Cardiel, se construyó el camino real por Candasnos, por donde sigue. Ya los reyes de Aragón, cuando, en la Edad Media, llegaban a Fraga, venían desde Candasnos y no desde Cardiel. Resumiendo, creemos que la aparición de Fraga, como centro importante en el Cinca, en época árabe, trajo consigo la desviación del camino desde Lérida a Zaragoza que, en lugar de pasar por Masalcoreig y Cardiel, pasó por Fraga y Candasnos.

Por otra parte, vemos que Fraga no ostenta la titulación de *civitas* hasta la Edad Moderna. Los árabes la llamaban «medina», equivalente de *civitas*. Pero los conquistadores cristianos la llamaban «villa», hasta que siglos más tarde el rey Felipe V le dió en 1709 el título de «ciudad». Es de suponer que si los conquistadores de la Edad Media hubieran tenido algún indicio de que Fraga era una *civitas romana*, no hubieran llamado a Fraga «villa».

La vía romana de Ilerda a Caesaraugusta.

Una vía secundaria romana, seguramente construída avanzado el período imperial y que no figura en el Itinerario, presenta rastros de su existencia en los alrededores de Fraga. A ellos nos referiremos como prueba de la romanización en las orillas del Cinca.

Actualmente Fraga ocupa un lugar privilegiado en la comunicación desde Barcelona y Lérida hasta Zaragoza y Madrid. Imperativos geográficos pusieron a Fraga al pie de la ruta, donde sigue desde siglos.

Dentro de la provincia tarraconense, *Caesaraugusta*, la actual Zaragoza, era la cabecera del *Conventus Caesaraugustanus*, división administrativa inferior a la de *provincia*. Dependían del *conventus* de Zaragoza todas las tierras ilergetes desde *Ilerda* hacia el Oeste. Por lo tanto Fraga, dentro del territorio ilergete, administrativamente dependía del magistrado romano radicado en Zaragoza. La comunicación principal y oficial entre *Tarraco* y *Caesaraugusta* la constituía la vía descrita en el *Itinerario de Antonino* desde *Tarraco* a *Osca* por *Ilerda*. Desde *Osca* a *Caesaraugusta* se aprovechaba el ramal de la vía transpirenaica de *Illuro* en la Galia. El pedazo entre *Ilerda* y *Osca* corría a través de las mansiones de *Mendiculeia*, *Caum*, *Tolous* y *Pertusa*, más o menos sobre la actual línea Lérida-Esplús-Monzón-Pertusa.

Pero, por lo visto, la existencia de una abundante población al Sur del Ebro con cabecera en *Julia Celsa* y la necesidad de otra comunicación más directa entre *Ilerda* y *Caesaraugusta* hicieron pensar en la construcción de la vía secundaria que atraviesa los Monegros, al igual que la actual carretera general. La vía oficial y principal seguía más o menos el trazado del actual ferrocarril entre Lérida y Zaragoza.

La vía secundaria de *Ilerda* a *Julia Celsa* salía de Lérida, más o menos por el actual camino de Butsenit, llegando al actual Alcarrás y cogiendo el trazado del actual camino del Diablo que pasa a unos dos o tres kilómetros por detras de Soses y Jebut, como ya en el siglo pasado hizo notar Pleyán de Porta, quien señaló el carácter de vía romana de tal camino. Pasada la Mezquita, se internaba en la zona llamada de Litera, por el actual camino de cañada o paso de ganados, que durante varios kilómetros sirve de límite del término municipal de Fraga con el de Aytona y Serós. Al lado de dicho camino o vía había situadas probablemente varias *villae* o granjas de cultivo desde la época romana. Una

de ellas la localizamos cerca del actual Mas dels Mequinenzans, en el lugar en que se juntan los límites de Fraga, Aytona y Soses. Era el solar de una *villa rustica* con abundantes restos de cerámica *sigillata* muy fina y con muchos adornos, además de restos de cerámica imperial avanzada. Es la estación núm. X de las del Bajo Segre.

Después la vía desviaba algo y se dirigía hasta la actual población de Masalcoreig, donde debía existir una mansión o parador. Pasaba el río Cinca por un lugar aún no determinado, entre Masalcoreig y las Torrasas de Torrente de Cinca. Desde las Torrasas, existe un ramal del camino del Diablo que sube a la meseta y de allí tomando tal denominación, en una amplia curva, recoge y cruza el poblado de Cardiel, donde estaría situada la otra mansión. Viajeros e historiadores del siglo pasado aseguran que en Cardiel aún existían los restos de las edificaciones romanas que formaban la mansión o parador de la vía. Estos restos forman parte de las paredes de las actuales edificaciones. Esperamos tener ocasión en breve de verlos y estudiarlos. Después pasaba por varios kilómetros al Sur de Bujaraloz y cruzaba el río Ebro entre Gelsa y Velilla de Ebro, en cuyas cercanías están las ruinas de la *Colonia Julia Victrix Celsa*, municipio romano que estaba enlazado con *Caesaraugusta* por la continuación de esta vía.

De la mansión o parador de Masalcoreig debía partir, por el actual camino de Vincamet y Fraga, una vía de poca importancia que serviría para comunicar las orillas del Cinca, probablemente por Monzón y Estada, hasta Graus. Es posible que este ramal se prolongara desde Masalcoreig hacia el llano de Escarp, donde pasaba el río en la actual Torre dels Moros entre Escarp y Avingaña. Cruzado el Segre, es posible que se dirigiera hacia el Ebro, de donde tendría ramales hacia Mequinenza y hacia Fayón y Ribarroja, donde debía estar situada la *Octogesa* que cita César.

Es posible que el paso del Cinca por la vía se efectuara en el estrechamiento llamado de las Torrasas, lugar en que, según la gente del país, llega al río el llamado camino del Diablo, nombre con el que se designa la vía romana. Es rumor público en la comarca que en dicho lugar de las Torrasas existen ruinas de antigüedad.

Construída probablemente esta vía ya avanzada la época imperial, debió continuar siendo aprovechada por los árabes, especialmente para las comunicaciones del señorío de los Beni-Hud de Zaragoza, con sus vasallos de Lérida y Fraga. Por tal razón tuvieron buen cuidado en reconstruir y fortificar la mansión de Masalcoreig, que estaba situada

en el mismo cruce, donde convergían los caminos a Fraga uno y a Lérida otro. Masalcoreig debe su actual denominación a su carácter de mansión de la vía romana aprovechada por los árabes. Según Asín Palacios, su nombre procede del árabe *Manzil-Qurayx* «parador de Qurayx», denominación que hoy se conserva casi pura, a través de diez siglos.

En cuanto a Cardiel, creemos que constituye el resto actual de una mansión en que debían pernoctar los procedentes de *Julia Celsa*. Seguramente debe su denominación a *cardum*, palabra latina que se aplica a la zona de poblado o ciudad atravesada por una vía, o a una de las calles o vías principales de un campamento militar o de una ciudad romana. Las edificaciones de la mansión formaban una pequeña calle a ambos lados de la vía, una callecita o *cardullum* que seguramente ha dado nombre a la forma actual de Cardiel.

A orillas de los caminos romanos se alzaron las villas agrícolas, que en época árabe fueron castillos, en la Edad Media poblaciones fortificadas y hoy pueblos. Así los casos descritos de Cardiel, Masalcoreig, la villa de Mas dels Mequinenzans y la villa del camino de Zaidín llamada *Villa Fortunatus*. Otros casos posibles que deben probablemente su denominación actual a una villa agrícola romana, pueden ser, Ontiñena o *villa Antiniana*, Belver o la *villa Veri* y Ballobar o *villa Lupi*.

En realidad, ignoramos si en época romana, en la actual situación de Fraga, junto al ramal de vía romana que bordeaba la margen izquierda del Cinca, existía o no algún núcleo de población romano. Es fácil que a orillas del camino existiera una *villa rustica*, que poco a poco se convirtió en poblado de agricultores, después creció, se fortificó y dió origen a la Fraga árabe. Pero la importancia política en época árabe de la ciudad de Fraga nos hace pensar en una herencia histórica de una ciudad romana o al menos de un poblado ibérico de importancia.

La romanización de la comarca de Fraga.

Es este un tema de difícil desarrollo, dada la escasez de datos que en la actualidad tenemos referentes a la comarca de Fraga y orillas del Cinca en épocas más antiguas. Por una parte, la investigación y exploración arqueológica de las orillas del Cinca desde Albalate hasta el Ebro prácticamente no se ha realizado, y el conocimiento que tenemos de la arqueología romana en dicha zona es nulo. En cambio, en la zona baja

del río Segre, desde Lérida al Cinca, se conoce bastante detalladamente la arqueología romana local. Son innúmeros los restos romanos que en la zona del Segre se conocen. En el Cinca tenemos noticia de algunos esporádicos hallazgos romanos, a base de los cuales y sin mucho sistema debemos sentar el estudio de la romanización en la comarca.

Por otra parte, la toponimia romana o romanista de la comarca ha sido reemplazada por el paso de la cultura árabe. En realidad, los árabes construyeron una toponimia nueva, que aun hoy domina en las comarcas del Segre y del Cinca. Y los árabes, al construir su toponimia, destruyeron la toponimia indígena y romana del país, que no ha llegado hasta nosotros y que, salvo contadas excepciones, es para nosotros desconocida.

En cuanto a la arqueología de la zona de Fraga, hemos de hacer mención de los trabajos de José Salarrullana, hijo de Fraga, a últimos del siglo pasado, en que dió a conocer la estación romana de la *Villa Fortunatus*, a cinco kilómetros al Norte de Fraga, y otros vestigios. De la misma época son los trabajos del P. Fidel Fita, aprovechando otros de Zurita, Labaña y otros autores, sobre las expresadas antigüedades y la vía romana desde *Ilerda* a *Julia Celsa*, a su paso por el Cinca. Por otra parte, son innumerables, según referencias directas que tenemos, los hallazgos de monedas romanas e ibéricas realizados en lugares no lejanos de Fraga.

Desde luego, todos los autores convienen en la falta de vestigios romanos o ibéricos hallados dentro de los límites urbanos de Fraga. Nosotros sostenemos la teoría de que los árabes, al llegar a Fraga, no encontraron más que un lugar más o menos fortificado, habitado seguramente por siervos que trabajaban en las haciendas arruinadas de la orilla del río y que serían propiedad de algún señor visigótico. Los árabes fortificaron e hicieron grandes a Fraga y Mequinenza, ya que cortaban los accesos por las orillas del Ebro y del Cinca, orillas feraces y que podían servir de paso para cualquier irrupción enemiga. Alfonso el Batallador, según los autores árabes, contaba en el sitio de Fraga con un ejército de doce mil hombres. Esto prueba que Fraga era una buena fortificacion con numerosa guarnición, lo que significaba también una ciudad de cierta importancia. Creo que es posible que durante el sitio de Fraga hubiera dentro de sus murallas de tres a cuatro mil personas. La importancia del ejército sitiador y la salida que hicieron los de Fraga sobre el ejército cristiano hacen suponer tal cifra. Este pequeño poblado hispanorromano o visigótico, fortificado y engrandecido por los árabes,

no era en forma alguna una ciudad o colonia importante romana como *Gallica Flavia*. Hay que tener en cuenta que los romanos no acostumbraban a fundar una ciudad-campamento o una colonia de derecho latino en un lugar tan angosto como Fraga. Y menos durante la época del emperador Vespasiano, en que la paz de que gozaban los campos de España hubiera aconsejado la fundación en un lugar llano y feraz, menos angosto, como en casos análogos se acostumbraba a hacer. Además, si la ciudad hubiera sido importante, la vía romana no hubiera pasado por Masalcoreig, sino por el mismo Fraga.

Seguramente a orillas del Cinca existen infinidad de restos de establecimientos agrícolas romanos, como en la zona del bajo Segre y a orillas del río. Casi sólo conocemos en el Cinca la magnífica *Villa Fortunatus*, de gran calidad. La llamada *Villa Fortunatus* es de mucha mayor importancia y lujo que todas las villas rústicas que forman el numeroso sistema de establecimientos romanos a orillas del Segre, según lo conocido hasta la fecha. A orillas del Segre se observan por ambas márgenes una sucesión continua de restos de villas romanas, muy cercanas al río y algunas de ellas separadas por una distancia inferior a dos kilómetros. Así los hallazgos en Aytona y Serós.

Históricamente los fenómenos de población serían idénticos a orillas del Segre y a orillas del Cinca. Encontramos en el bajo Segre, por ambas márgenes, una sucesión de poblados ibéricos grandes y pequeños, en alturas dominando las márgenes del río. Así forman una línea continua los poblados de Soses, Valleta del Valeroso, Farmacia dels Moros, Jebut, Montefiu, Carretelá B. y Torre Roca, que seguramente continúa hasta más allá de Serós donde, dominando la partida de Avingaña, hay el poblado ibérico de Roques de San Formatge. Total, desde Soses hasta Escarpe debe haber una sucesión de diez o más poblados ibéricos, apartados del curso actual del río, entre uno y dos kilómetros, formando una línea paralela al río. A mitad de distancia entre la línea de poblados ibéricos y el río, aproximadamente, a ambas márgenes, se hallan las dos líneas de estaciones romanas, todas en terreno llano, lo contrario de los poblados ibéricos, que están todos situados en lugares elevados y dominantes. Los poblados árabes están intercalados en la línea de poblados ibéricos.

De lo expuesto se desprende que la población ibérica que vivía en lugares altos y fácilmente defendibles, al sobrevenir la romanización se trasladó al llano, donde se levantaron las villas rústicas con poblados y necrópolis anexas, más adelante, con la arabización, la población en

regresión volvió a los emplazamientos dominantes, elevados sobre el río y bien defendibles, en las mismas condiciones de vida que los poblados ibéricos. Así la línea de establecimientos árabes de Carretelá-Aytona-Jebut está intercalada en la línea de poblados ibéricos ya descrita que va de Soses a Soques de San Formatge en Serós. Este sistema continuó durante casi toda la Edad Media según nos demuestra la cerámica hallada en la línea descrita.

En la línea del Cinca hemos observado en el único caso de estación que conocemos el mismo fenómeno. Al lado mismo del río se halla el bello y lujoso establecimiento romano llamado *Villa Fortunatus*. Arqueológicamente creemos que está demostrado que dicho establecimiento alcanzó en plena vida la invasión visigótica. Seguramente las oleadas germánicas lo destruyeron y arruinaron e ignoramos si antes de la invasión musulmana tuvo vida. En una altura más alejada del río y encima de la villa romana, dominando su emplazamiento llano, es donde Salarrullana encontró la inscripción ibérica de *Aloril dui Belesbailser* y otros vestigios de cultura ibérica. Cercanos al lugar del poblamiento ibérico, se alzan los restos de las fortificaciones medievales, que seguramente tienen base o fundamento árabe. Se hallan situadas en altozanos y repliegues dominantes, entre pequeñas cortaduras y barrancos, en una disposición análoga a la de Fraga, cinco kilómetros aguas abajo. Es el mismo sistema observado en el bajo Segre. La línea de poblamiento romano, en el llano y cercana al río, en medio de los campos cultivables. La línea ibérica y arábigo-medieval, en los altozanos y elevaciones que dominan los llanos de las orillas del río y bastante alejadas de la corriente.

No obstante, en época árabe también se encuentran vestigios de poblamiento a orillas del río, seguramente pequeñas masías de gente que habitaba y se refugiaba en los poblados fortificados. La mayoría de los poblados ibéricos del bajo Segre presentan señales de destrucción violenta durante la irrupción romana y después una fase de pequeña reconstrucción durante la romanización. Por lo tanto, creemos que coexistirían las villas agrícolas del llano con los poblados reconstruídos parcialmente. Este caso puede que se dé en Jebut. En otros casos, como en la villa romana de Els Vilans y en la del Puente de Aytona, la villa era un verdadero poblado, con edificios anexos para vivienda de los siervos que la cultivaban. En el caso de Jebut los siervos seguramente vivirían en lo que quedaba del antiguo poblado destruído en que moraron sus mayores.

Creemos que anexas o cercanas a la *Villa Fortunatus* debían existir otras dependencias de adobe para albergar a los esclavos que trabajaban

la finca y que debían ser buen número. En la lujosa villa excavada habitarían los ciudadanos romanos propietarios de la finca, especialmente en el siglo IV, en que incluso construyeron en dicho lugar una basílica o al menos cristianizaron la decoración de la villa. Es fácil que la construcción del templo sea ya del siglo V y que en este mismo siglo en alguna irrupción germánica fuera destruída buena parte de la edificación, que ignoramos si tuvo o no supervivencia en época visigótica. Es fácil que la inscripción *Fortunatus* hallada en el mosaico cristiano que debió sustituir a uno pagano anterior, corresponda no al dueño de la casa, sino a algún cristiano mártir, cuya memoria se guardara y a cuyo recuerdo estuviera consagrada la basílica.

A orillas del Cinca, al igual que sucedía en las márgenes del Segre, debió existir un sistema de establecimientos agrícolas romanos, con «villas» más o menos lujosas. La denominación de las mismas no ha llegado hasta nosotros, excepto en algún caso en que posiblemente ha dado nombre a los pueblos actuales. Así en el caso de *Ontiñena, Belver* o *Ballobar*. Ejemplos en Aragón son, seguramente, *Leciñena* de *Villa Leciniana, Lupiñén* de *Villa Lupiniana* y *Sariñena*, acaso de *Villa Sariniana*. En el bajo Segre tenemos en Aytona la partida de *Els Vilans* que debe su nombre a la existencia de la villa romana cuyas ruinas hemos localizado en dicho lugar. Es posible que en el bajo Cinca se hubiera conservado una abundante toponimia latina basada en la denominación de las villas romanas construídas en cada sitio, si no hubiera sido el país inundado por la toponimia árabe que todo lo invadió y de la que hoy resta abrumadora mayoría en el país.

Salarrullana, cuando describió las antigüedades de Fraga, ya prestó atención al pequeño poblado probablemente ibérico que se halla dominando la *Villa Fortunatus* en el Pilaret de Santa Quiteria. No obstante, vemos que incluye como de Fraga el anillo encontrado en 1884 en Jebut y que lleva una inscripción ibérica. Hacemos notar que del conocimiento que tenemos de la arqueología de la zona, creemos que dicho anillo procede de unas sepulturas situadas en un altozano a unos doscientos metros al Oeste del poblado ibérico de Jebut, en que hemos hallado restos de sepulturas ibéricas, dos o tres, con señales de haber sido abiertas hace años. Es un lugar en el término de Soses, pero no lejano de los límites de Fraga y Aytona, si bien desde allí a Fraga debe haber unos doce kilómetros.

Relacionados con la romanización en la comarca de Fraga, hacemos notar los restos que encontramos en una granja romana al lado de la

antigua vía romana o camino del Diablo, en el lugar llamado Mas dels Mequinenzans, y a menos de cincuenta metros del límite de términos de Aytona y Fraga. Este establecimiento presentaba abundantes restos de cerámica *sigillata* muy fina, de mármoles y metal. Los fragmentos de *sigillata* estaban adornados con interesantes escenas de personas y animales y otras con motivos geométricos. Ya en el llano de Escarpe, en el lugar llamado Mas del Violí o Torre dels Moros de Serós, encontramos, junto a la obra probablemente romana de la Torre dels Moros, abundantes restos de cerámica árabe, mezclada con otra cerámica ibérica decorada. En este lugar de poblamiento y fortificación seguramente desde la conquista romana hasta la Edad Media, hay innumerables sepulturas moriscas medievales, habiéndose encontrado en un declive una importante serie de monedas árabes, almohaces de oro.

Esperamos que, en breve, sistemáticos estudios de las orillas del Cinca y afortunados hallazgos dados a la publicidad, nos permitan conocer mejor las características de la romanización a orillas del Cinca.

No obstante, hacemos constar, de acuerdo con el profesor Cid Priego, la excepcional importancia que han tenido los hallazgos y estudios de la *Villa Fortunatus* para el conocimiento de los orígenes de los sistemas arquitectónicos medievales empleados en muchas iglesias y otros monumentos en el Alto Aragón.

LAS ZOONOSIS PARASITARIAS TRANSMISIBLES AL HOMBRE EN EL SOMONTANO DE BARBASTRO

Por JOSÉ MARÍA TARAZONA VILAS

CADA día es mayor la importancia que se concede a las enfermedades parasitarias y, también de día en día, aumentan nuestros conocimientos en lo que respecta al primordial papel desempeñado por los animales domésticos como reservorios de enfermedades que ponen en peligro la salud humana.

Es curiosa esta reacción de nuestros tiempos, frente a la consideración despectiva que, desde el punto de vista etiológico, sufrieron los parásitos durante las últimas décadas de la pasada centuria y primeras de la actual, cuando una naciente bacteriología atrajo el interés de los investigadores hacia ese nuevo campo que el genio de Pasteur comenzara a desbrozar. Los hechos han demostrado que nunca debió menospreciarse la acción patógena de los parásitos, cuyos múltiples aspectos van siendo estudiados en la actualidad.

Interesados por la Parasitología, llevamos encontradas cerca del centenar de especies de parásitos en los animales domésticos y salvajes de esta comarca, algunas de ellas primeras citas en la literatura patria. Fuera de nuestras modestas aportaciones, solamente un autor, F. P. Botija, hemos encontrado en nuestra rebusca bibliográfica que haya estudiado temas de esta rama de la ciencia en nuestra provincia. Pero su trabajo, *Parasitismo intestinal en la provincia de Huesca*, no nos ha sido posible consultarlo.

Las varias especies de parásitos de los animales domésticos patógenas para el hombre, que hemos hallado, nos han inducido a la redacción de este trabajo en el que nada nuevo vamos a decir. Solamente pretendemos concentrar la atención de los sanitarios en este grupo de enfermedades que necesitan de una acción profiláctica conjunta para su erradicación.

Queremos expresar nuestro agradecimiento al doctor don José Cortina, por proporcionarnos los datos de patología humana comarcal que comentamos, y a nuestro compañero del claustro de profesores de Barbastro y director de la Estación Meteorológica local, don Adolfo Franco, cuyas observaciones climatológicas nos ha facilitado.

Dividimos esta comunicación en las siguientes partes: I) Datos ecológicos del Somontano; II) Enfermedades debidas a protozoos; III) Enfermedades debidas a helmintos; IV) Artrópodos comarcales de interés patógeno.

Datos ecológicos del Somontano.

El Somontano de Barbastro es un terreno perteneciente al Eoceno que corresponde, como su nombre indica, a las tierras bajas situadas al pie de la cadena de montañas. Tiene una altitud media entre 300 y 400 metros; su orografía, especialmente en su parte norte, es bastante irregular, con alturas entre 500 y 1.000 metros.

Dos ríos importantes le sirven de límites: el Cinca por el Este y el Alcanadre por el Oeste. Entre ambos queda una amplia zona surcada por dos pequeños ríos, el Vero y el Isuela, que, respectivamente, afluyen a los dos primeros y cuyo caudal se anula en estiaje y siempre es muy irregular.

Climatológicamente, como el resto de la provincia sin contar su parte montañosa al Norte, posee largos inviernos y calurosos veranos. La temperatura media anual es de 24° y la máxima en verano se eleva a 37°, con una mínima invernal de −11°. La pluviosidad es del orden de los 500 a 600 mm. anuales, con precipitaciones muy irregulares. Los vientos dominantes proceden del tercer cuadrante.

La fuente principal, casi única, de riqueza es la agricultura. Los cultivos principales son la vid y el olivo, siguiendo en importancia el almendro y los cereales. Estos últimos, escasamente cultivados en la zona norte de la comarca, adquieren singular extensión en la zona sur

hasta el punto de llegar a ser, en los límites de la zona monegrina, el único cultivo. Junto a las orillas de los ríos se desarrollan regadíos, de gran importancia en las de los ríos principales. Hay muchas zonas esteparias en la región central, enclavadas sobre terrenos yesosos, cuya flora predominante son las labiadas.

Excepto en la parte sur, la propiedad en el resto se halla muy repartida, predominando los pequeños propietarios cultivadores de pequeña superficie.

La ganadería, además del equipo y bovino de labor, éste muy disminuído, consiste en ganado lanar, poco abundante en la zona norte de la región pero de gran interés en la sur, en la que son aprovechados los rastrojos para la invernada. No obstante, en la zona norte son raros los propietarios que carecen de algunas pocas ovejas. Es muy abundante la cabra y todas las casas mantienen durante el año un cerdo para cebo destinado a la matanza y consumo familiar.

Excepto Barbastro y Monzón, los demás municipios son pequeños, de una población entre 500 y 1.500 habitantes, con predominio de los comprendidos entre 500 y 1.000.

Fuera de esos dos, los restantes pueblos carecen de conducción de alcantarillado.

Las aguas, salvo en los lugures situados a orillas de los ríos, proceden de fuentes y pozos, y en algunos casos de «balsas», rudimentarios depósitos naturales o construídos por simple excavación del terreno en los que se recogen las aguas de las lluvias. En los pueblos de la zona no ribereña suelen existir dos balsas o una balsa y un pozo, destinando una balsa o el pozo para agua de bebida para el hombre y otra balsa para bebedero de ganado y para usos de limpieza doméstica. Los pozos suelen hallarse protegidos, pero las balsas carecen de toda protección, en cuanto a posibles contaminaciones.

A excepción de los dos núcleos importantes y de algunos otros, la casi totalidad de los municipios carecen de mataderos. El faenado del ganado destinado al consumo se hace en la misma casa de los carniceros, sin que sea posible llevar un riguroso control.

La casa, desde el punto de vista higiénico, es el lugar de promiscuidad de hombres y ganados. Consta de una parte baja destinada a cuadra o establo, con salida a un patio que es asimismo la entrada de las dependencias de los propietarios. Tiene anejo un corral, casi siempre con pequeños cubiertos, en donde se tienen las gallinas, ovejas, cabras y, en lugar especial, el cerdo. En ese corral, expuestas

libremente a los animales, se vierten las deyecciones humanas y se almacenan los estiércoles de dichos ganados, saliendo el purín arrastrado por las aguas de lluvia hasta las calles inmediatas.

Las prácticas higiénicas individuales, como se deduce del medio en que han de desarrollarse, son muy deficientes, particularmente en los niños.

La alimentación, aunque mejorada en los últimos años, es aun deficitaria en proteínas, puesto que el consumo de carne es más bien escaso, reservándose el de leche para enfermos y niños, aunque se observa un ligero incremento de su consumo en los adultos sanos.

La población canina es muy numerosa y hasta el pasado año sin control alguno. El establecimiento de la lucha antirrábica obligatoria ha contribuído a la eliminación de los perros semivagabundos, aunque la falta de cuidado a que en general se les somete, permite que todos puedan ser considerados como peligrosos para la salud humana.

En este ambiente, que hemos intentado describir objetivamente, las enfermedades microbianas animales transmisibles al hombre pueden presentarse endémicamente. El carbunco y la brucelosis son muy frecuentes, siendo esta última de carácter epidémico, llegando a constituir, en algunos momentos, graves problemas locales.

También es dicho ambiente, desde el punto de vista parasitológico, de inmejorables condiciones para una gran difusión de parasitosis exclusivamente humanas, que omitimos por apartarse de nuestro tema, concretándonos tan sólo a aquellas que son consecuencia inmediata de la promiscuidad de hombres y ganados.

Enfermedades debidas a protozoos.

Las enfermedades debidas a protozoos han sido, por su gravedad y por su semejanza epidemiológica con las bacterianas, las que mayor interés han revestido.

En los animales domésticos de esta comarca hemos comprobado, por el hallazgo del parásito, la existencia de tres zoonosis, dos de las cuales son de extraordinario interés.

Leishmaniosis canina.—Los agentes etiológicos del grupo de enfermedades designado como leishmaniosis (kala-azar, botón de oriente, esplenomegalia infantil, botón de Bahía, etc.), son protozoos de la familia Tripanosomidae que en los hospedadores definitivos (perro, hombre,

etcétera), se presentan como corpúsculos ovales, sin flagelos (aunque Wenyon admite la existencia de uno corto), de 2 a 6 micras de longitud por 1,5 a 2,5 micras de anchura, con trofonúcleo poco tingible y quinetoplasto redondeado o bacilar que toma intensamente los colorantes derivados del Romanowsky.

Han sido descritas varias especies: *L. donovani, L. tropica, L. infantum* y *L. brasiliensis* en el hombre; *L. canis* y otras de menor interés en los animales. Los investigadores actuales tienden a considerar que estas diferentes especies son una misma y única, siendo solamente variaciones de virulencia lo que puede explicar las diferentes formas clínicas que las enfermedades presentan. Esta teoría unicista se fundamenta en las dificultades de diferenciación de las supuestas especies, pues ni biológica ni morfológicamente, ni los caracteres culturales, ni las reacciones serológicas y alérgicas, pueden establecer tal distinción.

Todas ellas se caracterizan por poseer un ciclo evolutivo indirecto, requiriendo la existencia de un hospedador intermediario, papel desempeñado, principalmente, como demostraron las experiencias de Sergent y colaboradores y de Adler y Theodor, por mosquitos del género *Phlebotomus*, admitiéndose además que otros artrópodos (*Rhipicephalus sanguineus, Demodex*, etc.), pueden jugar importante papel. En este hospedador intermediario los parásitos adquieren la forma de leptomonas, apareciendo como corpúsculos de 14 a 20 micras de longitud con un bien desarrollado flagelo. Estos artrópodos se infectarían al alimentarse en un enfermo y mediante su picadura, pasado cierto tiempo necesario para su evolución a la forma infectante, transmitirían la enfermedad.

En el hospedador vertebrado se acumulan en los órganos del S. R. E., reproduciéndose mediante mecanismos no bien esbozados, pues mientras la mayoría de los autores se inclinan a pensar en una división simple exclusiva, Nattan-Larrier y entre nosotros Estrada, Nájera y Homedes admiten un ciclo esquizogónico y Homedes, además, descubre formas que le obligan a describir un posible ciclo sexual que viene a complicar más el problema.

Todos los autores están de acuerdo en señalar al perro como un reservorio posible de virus, que no debe ser olvidado en la lucha contra las leishmaniosis humanas y es un hecho de interés en este aspecto que, desde nuestra pasada guerra civil a esta parte, se ha observado por los autores españoles un alarmante incremento de estas enfermedades en el hombre y en el perro.

La leishmaniosis canina tiene un nombre especial en nuestra comarca, el de «usagre», con el que califica el vulgo a diversas enfermedades cutáneas del perro, pero, particularmente, a la forma cutánea de la enfermedad. Este nombre especial nos permite deducir que se presenta con notable frecuencia. En efecto, son catorce los casos diagnosticados mediante datos clínicos y reacciones serológicas por nosotros en Barbastro. Hay que agregar a ellos otros dos, uno en Salas Altas y otro en Castillazuelo.

Esta cifra, recogida en cuatro años, tal vez parezca pequeña si hallamos el porcentaje de la totalidad de la población canina. Pero es necesario tener presente que corresponden únicamente a propietarios cuidadosos, principalmente cazadores, que tienen en alta estima a sus perros y los presentan en clínica al apreciarlos enfermos. Por otra parte, no figuran en ella las observaciones ocasionales, numerosas, aunque no podemos citar cifras, en perros semivagabundos ni las realizadas durante las vacunaciones. De una manera aproximada, suponemos que el índice parasitario no se hallará muy lejos de las cifras dadas por otros autores que de él se han ocupado, que lo sitúan entre un 7,9 % (Sánchez Botija) y 15 % (Carda Aparici) para Madrid y Barcelona.

El doctor don José Cortina (comunicación personal) nos ha manifestado que el botón de Oriente es leishmaniosis humana de bastante frecuencia, especialmente en los pueblos de la comarca, mientras que el kala-azar no parece haberse señalado. Estos datos ponen de manifiesto que la enfermedad se halla lo suficientemente extendida para ser interesante establecer un plan de erradicación.

A este extremo se señala que los métodos profilácticos deben estar basados en: 1.° destruir los hospedadores intermediarios, y 2.° eliminar los perros portadores.

El segundo de estos considerandos tropieza con dos graves inconvenientes. El primero de ellos es el desconocimiento por los propietarios del papel que el perro puede desempeñar en la transmisión de la enfermedad, actuando como reservorio. A ello se une, y conviene destacarlo, el curso solapado de la enfermedad que la hace de difícil diagnóstico en sus primeros tiempos. El segundo inconveniente radica en la ineficacia de los tratamientos hasta ahora preconizados para el perro. No tenemos experiencia clínica en lo que respecta a las diamidinas, pero hemos utilizado prolongadamente los antimoniales (Neostibosan) y, a título experimental, el antrycide. Ambos, especialmente el primero, determinan la regresión de las lesiones y aparente mejoría clínica del enfermo, pero no

se consigue una curación sino tan sólo un blanqueamiento, pues poco tiempo después de cesar en la administración del fármaco hemos visto reproducirse el cuadro con la misma intensidad. Esta ineficacia terapéutica obliga, en el plan profiláctico, al sacrificio obligatorio de los perros enfermos, medida que, en algunos casos, puede tropezar con la resistencia del propietario por razones de índole afectiva.

Leptospirosis.—Las leptospirosis son entidades patógenas de plena actualidad, cuyo conocimiento, como señala Van Thiel, se halla en estado naciente, ocupando la atención de gran número de investigadores en todos los países, cuyos descubrimientos, tanto en el campo de la medicina humana como en la animal, van llenando constantemente las numerosas lagunas que todavía lo obscurecen.

Las más recientes investigaciones han puesto de manifiesto bien patentemente la importancia de las leptospirosis animales en la epidemiología humana. Además del importante papel desempeñado por las ratas como reservorios de leptospiras, se sabe que las especies *L. icterohaemorrhagiae, L. canicola, L. pomona* y, en algunos casos, *L. bovis,* son patógenas para el hombre.

Los datos concernientes a nuestra patria, en cuanto a las leptospirosis animales, pueden quedar reducidos a los que a continuación exponemos. Covaleda y Pumarola, mediante reacciones serológicas, han hallado infecciones por *L. icterohaemorrhagiae* en el 3,5 % y por *L. canicola* en el 12,5 % de los perros vagabundos de Barcelona, con títulos de aglutinación superiores a 1/100. Santiago Luque ha hallado leptospiras en la orina de perros. Covaleda y Pumarola hallan, por reacciones serológicas, el 19,6 % y 13 % de cerdos de diferentes procedencias infectados por *L. pomona,* un 17,3 % con *L. mitis* y un 3 % con *L. ictorohaemorrhagiae.* Por último, nosotros hemos descrito los primeros casos clínicos hispanos de ictericia infecciosa canina desarrollados en perros de Barbastro desde diciembre de 1952 a junio de 1953.

En nuestros casos, cuya confirmación fué hecha por el hallazgo del parásito en la autopsia del último, no pudo ser realizada la identificación de la especie de leptospira que produjo la enfermedad, aunque por la forma clínica con que cursaron y por los antecedentes epidemiológicos suponemos fuera la *L. icterohaemorrhagiae,* es decir, el mismo agente de la enfermedad de Weil humana. Los reservorios de este parásito son principalmente las ratas (*Epymis norvegicus* y *Rattus rattus*), existiendo en tres de nuestras cuatro observaciones contacto con estos roedores.

Es interesante destacar que en las leptospirosis caninas producidas por *L. icterohaemorrhagiae* y, sobre todo, por *L. canicola*, los perros que curan de la enfermedad quedan como portadores y eliminadores permanentes de los parásitos por su orina, poniendo en peligro la salud humana, especialmente la de aquellas personas de bajo nivel higiénico que con ellos conviven. Son numerosos los casos humanos de origen canino reseñados en la literatura mundial, especialmente en lo que respecta a *L. canicola*.

Otro hecho de gran importancia se refiere a la resistencia de las leptospiras en el medio exterior. Parece ser que pueden conservarse perfectamente en las aguas, particularmente en las encharcadas, de una temperatura media de 15°C y de pH próximo a la neutralidad (Kikuth). Estas condiciones se dan especialmente en los arrozales, pero también pueden reunirse en las balsas de los pueblos comarcanos.

Parece ser que tales enfermedades no han sido señaladas en la población humana de nuestro Somontano, pero queremos destacar el hecho del notable incremento que el cultivo del arroz viene manifestando no solamente en nuestra comarca, sino en toda la provincia, y la posibilidad de que, a corto plazo, aparezcan epidemias humanas de leptospirosis, tanto de los tipos caninos como de la llamada «fiebre del cieno o de los arrozales». A este respecto, Covaleda, Pumarola y Cantarell han estudiado un brote epidémico en la zona arrocera del Delta del Ebro, hallando, en 25 sobre 31 enfermos, positividades frente a *L. icterohaemorrhagiae* y 6 para *L. ballum*, parásito también encontrado por ellos en una rata gris.

Balantidiosis porcina.—En el 88 % de las heces de cerdo examinadas con fines parasitológicos hemos encontrado el *Balantidium coli* (Claparède y Lachmann 1858), ciliado heterotrico de la familia Bursariidae, tanto en sus formas libres como en las quísticas.

Este parásito, tan común en nuestra comarca según nuestras observaciones, es un protozoo de 30 a 200 micras de longitud por 20 a 70 micras de anchura, ovalado, truncado en su extremidad anterior, llevando un corto peristoma en embudo, bordeado de cilios, cilios también abundantes en la cutícula, formando líneas que parten del peristoma, y provisto de macronúcleo bien visible.

Los cerdos parecen soportar bastante bien la infestación por estos parásitos, aunque determinando en ocasiones accesos diarreiformes que se acompañan de pérdida de peso.

Desde el punto de vista de la sanidad humana, la balantidiosis es afección reconocida desde antiguo, de la que se han ocupado en nuestra patria, describiendo casos, Devesa Schneider, San Román, Parras Benito y de Hill y Niño Astudillo y, recientemente, Gracia Dorado, Torres y Suárez Peregrín.

Nuestra información sobre esta enfermedad queda únicamente en el terreno de las conjeturas. La resistencia de los quistes del protozoo, la extensión que en la ruralía tiene la cría del cerdo familiar y las condiciones ecológicas descritas permiten sospechar que buen número de procesos coleriformes humanos tengan esta etiología.

Tan sólo a título de curiosidad citaremos que la coccidiosis del conejo debida a *Eimeria stiadai* se halla muy extendida y que la literatura mundial contiene casos humanos de esta enfermedad.

Enfermedades debidas a helmintos.

De las sesenta y dos especies de helmintos comarcales que llevamos recogidas, once, parásitos de animales domésticos, tienen interés desde el punto de vista de su transmisibilidad al hombre. Las estudiaremos siguiendo el orden de su posición sistemática.

Distomatosis.—Afección muy extendida en óvidos y bóvidos de toda la provincia, se halla producida por un trematode de la familia Fasciolidae, la *Fasciola hepatica* L., verme de 20 a 30 mm. de longitud por unos 10 mm. de anchura, de aspecto foliáceo.

En su ciclo evolutivo, necesita de un hospedador intermediario, papel desempeñado por gasterópodos pulmonados pertenecientes al género Limnea, en los que penetran las primeras formas larvarias (miracidios) cuando eclosionan el huevo salido al exterior con las heces del hospedador y en los que se desarrollan pasando al estadio de esporocistos que, por división asexual, dan lugar a terceras y cuartas formas larvarias (redias y cercarias), las últimas ya infectivas que abandonan el cuerpo del molusco y pasan a enquistarse en las hierbas en formas de resistencia (metacercarias).

Hemos recogido limneas de distintos puntos de los alrededores de Barbastro, sin poder determinar con certeza las especies por carecer de claves adecuadas y en sus disecciones no nos ha sido posible hallar formas larvarias parasitándolas. Sin embargo, los casos de distomatosis hepática en óvidos y bóvidos son muy frecuentes en el Somontano.

Desde el punto de la patología humana no parecen haberse señalado estas afecciones en la comarca. En España se elevan a diez los casos de distomatosis humana hepática diagnosticados, todos en el ámbito granadino, en donde radica el Instituto Nacional de Parasitología, cuyo sabio director, don Carlos Rodríguez López-Neyra, ha sido el paladín de los estudios helmintológicos hispanos. La aparición de la enfermedad en el hombre, como señala González Castro, va ligada a una serie de factores tales como el empleo de aguas de fácil contaminación para riegos de huerta y la costumbre de consumir verduras crudas, especialmente berros. Ambas circunstancias se presentan en la comarca que estudiamos.

Teniasis.—Si tenemos presentes las circunstancias ecológicas señaladas, en cuanto al abandono en los corrales de las casas de las deyecciones humanas, al alcance de los cerdos que en ellos viven, hemos de reconocer, dada la rareza con que se presentan canales de cerdo parasitadas por *Cysticercus cellulosae,* que la *Tenia solium* o solitaria, parásita del hombre, es un parásito de muy poca importancia desde el punto de vista médico. Tan sólo tenemos noticia de dos casos de cerdos infestados en los cuatro años a que se refiere nuestro trabajo.

Indudablemente, la inspección sanitaria de las canales de cerdos en régimen de matanza familiar, que se cumple desde principios de siglo, ha debido ser la causa de la erradicación de la enfermedad al interrumpir con el decomiso el ciclo evolutivo del parásito.

No tenemos registrada observación alguna en cuanto se refiere al *Cysticercus bovis*, fase larvaria de la Tenia saginata.

No parecen haberse registrado casos humanos de trastornos provocados por la fase larvaria de la tenia *Multiceps serialis* (Gervais), parásita del perro en su estado adulto y provocando la cenurosis del conejo, en su fase quística localizada en tejido conjuntivo de este último, que es frecuentísima tanto en el conejo doméstico como en el salvaje.

En el perro de nuestra comarca y en el 33 % de los casos, hemos hallado el *Dipylidium caninum* L., perteneciente a la familia Dilepididae, cestode de 20 a 70 cm. (25-34 cm. en observaciones propias) de longitud, cuyos últimos proglotis tienen forma de semillas de melón y que, en su ciclo evolutivo, parasita a diversos insectos (*Pulex irritans, Ctenocephalus canis, Trichodectes latus*). Estos insectos actúan como hospedadores intermediarios y el perro se contamina al ingerirlos, lo mismo que sucede al hombre. A este extremo la frecuencia mayor que se ha seña-

lado en el niño con relación al adulto se debería a la mayor facilidad de la contaminación de los alimentos. Tampoco tenemos noticia de que haya sido señalada en el hombre en este Somontano.

Equinococosis.—Merece un capítulo especial, pues es, según nos ha manifestado el doctor Cortina, una enfermedad que en la población humana de la comarca se presenta con notable frecuencia.

El perro es el hospedador definitivo de esta diminuta tenia que se localiza en el intestino de este animal y que expulsa con sus heces los huevos que reanudan el ciclo. Actúan como hospedadores intermediarios de su fase larvaria el hombre, los rumiantes y los cerdos principalmente, en los que se desarrolla en diversos órganos, pero preferentemente en hígado y pulmones, produciendo el quiste hidatídico.

Con notable frecuencia, según nuestras noticias, se presentan óvidos y rumiantes y también cerdos, atacados de quistes, sin que los animales manifiesten trastorno alguno. Son particularmente atacados los que proceden de los pueblos de la ribera del Cinca.

Nuestra búsqueda de la tenia adulta en perros del mismo Barbastro ha sido infructuosa y este hecho parece estar relacionado con la menor cantidad de casos humanos registrados en esta ciudad. Es cierto que en ella existe un mayor número de hombres dedicados a menesteres que en nada se relacionan con la ganadería y, por tanto, es difícil así la infestación; mas nos inclinamos a pensar que deben existir otros factores, además de éste, pudiendo ser uno de ellos la existencia de un matadero para las reses de abasto, en el que son destruídos los órganos parasitados decomisados. Por el contrario, en la mayor parte de los demás pueblos carecen de mataderos, según hemos hecho constar anteriormente, y, por ello, ni puede ser realizada una rigurosa inspección de las reses destinadas al consumo público ni la destrucción de las vísceras decomisadas puede ser realizada interrumpiendo el ciclo. Esto no es, ciertamente, más que una conjetura necesitada de confirmación.

Los casos humanos registrados en los pueblos de la comarca son bastante numerosos, lo suficiente para considerarla como de elevado ambiente hidatídico. Casi todos ellos, según comunicación del doctor Cortina, se presentan en personas relacionadas de un modo u otro con los ganados, por lo que se puede considerar como enfermedad profesional. A este extremo es de interés señalar que, generalmente, los pastores de los pueblos suelen ser, al mismo tiempo, los carniceros, de forma que sus perros se infestarían al consumir las vísceras decomisadas,

que no tienen los dueños cuidado de destruir, y los perros infestarían a su vez a los ganados manteniendo el ciclo del parásito. Esta circunstancia permite asegurar, en inmejorables condiciones, el ciclo evolutivo y creemos que debe ser un factor que no debe ser olvidado en cuanto a la profilaxis.

Triquinosis.—Los únicos casos humanos de que tenemos noticia en la provincia, se han presentado precisamente en un pueblo de este Somontano, en Suelves, aunque no es posible precisar si los cerdos que produjeron la enfermedad eran autóctonos de esa zona o si, por el contrario, importaron el parásito procediendo de otras provincias en donde se halle más extendido.

El control microscópico de la carne de cerdo que se realiza normalmente, tanto en los mataderos como en las reses que se matan en régimen domiciliario es, si no un método inequívoco, un procedimiento que permite descubrir las infestaciones de mediana y masiva intensidad, que son precisamente las de mayor gravedad para el hombre.

Los resultados de este examen en los cerdos matados en la comarca permiten afirmar que la triquinosis es una enfermedad de escasa frecuencia. Pero como el parásito ha sido encontrado, y dada la amplitud en que se desarrolla el mercado de la especie porcina, la inspección debe continuarse practicando con la misma rigurosidad que hasta la fecha y divulgarse el riesgo entre los propietarios para que no se realicen ocultaciones.

Ascaridiosis.—Tan sólo a título informativo diremos que hemos hallado en esta comarca las siguientes especies de estos nematodes de la familia Ascaridae: *Parascaris equorum* (Goetze 1782) en el 19 % de los équidos atacados de helmintiasis intestinales; *Ascaris suum* (Goetze 1782) en el 44 % de los cerdos cuyas heces se han examinado con fines parasitológicos por padecer trastornos de crecimiento y digestivos; *Neoascaris vitulorum* (Goetze 1786) en un solo caso; *Toxascara canis* (Werner 1782) en el perro, en tres casos; *Toxascara felis* (Goetze 1782) una sola vez, en un gato, y *Toxascaris leonina* (Linstow) en dos casos, en perros.

La importancia que en la sanidad humana puedan tener estos nematodes estriba, no en el parasitismo intestinal en el hombre, aunque se hayan referido casos para algunas de estas especies, sino en determinar los trastornos bronco-pulmonares descritos por Loeffler en el síndrome que lleva su nombre, como consecuencia de las emigraciones vía pulmón que realizan durante las fases larvarias.

López-Neyra señala para Granada un elevado porcentaje de casos determinados por las especies anotadas y es muy posible, dadas las especiales circunstancias de nuestra comarca, que también en el Somontano de Barbastro se manifiesten con frecuencia similar.

Artrópodos comarcales de interés patógeno.

La acción patógena de los artrópodos es doble: por una parte, producen por sí mismos trastornos particulares que, en algunos casos, pueden llegar a ser de gravedad, especialmente durante las fases larvarias de algunos de ellos (miasis). Pero su acción más importante es la vehiculadora de diversas enfermedades parasitarias y bacterianas, papel cada día mejor conocido y de mayor importancia.

Tenemos conocimiento de dos casos de afecciones humanas debidas a la parasitación por larvas de especies del género Hypoderma. Dadas las condiciones higiénicas que ya hemos descrito, tampoco deben ser infrecuentes otros trastornos de tipo miásico, aunque carecemos de datos a este extremo.

Desde el punto de vista de su papel como vehiculadores de enfermedades, vamos a limitarnos a reseñar las especies que en nuestro trabajo hemos hallado, poniendo a su lado las enfermedades principales que pueden propagar, haciendo constar nuestra carencia de datos en lo que afecta al papel que en este aspecto desempeñan en la comarca.

Arácnidos.—Rhipicephalus sanguineus (Latreille 1804), vehiculador de la Coxiella burnetti, agente de la rickettsiosis «Fiebre Q» y de la R. conori, productor de la fiebre exantemática mediterránea; *Rhipicephalus bursa* (Canestrini y Fanzago 1878), que transmite las mismas enfermedades que la anterior; *Margaropus calcaratus* (Birula 1895), que propaga una espiroquetosis bovina.

Insectos.—Pulex irritans L. y *Ctenocephalus canis*, hospedadores intermediarios de Dipylidium caninum; *Culex pipiens* L., vector de Dirofilaria immitis y de varias virosis; *Anopheles maculipennis* (Meignen 1818), vector del paludismo.

Resumen.

El Somontano de Barbastro es una comarca de la provincia de Huesca que posee un bajo nivel higiénico, con ambiente muy favorable para la difusión de las zoonosis parasitarias transmisibles al hombre, de las que la leishmaniosis y la equinococosis son las de mayor interés.

Nuestros estudios parasitológicos han señalado la existencia de las siguientes especies de parásitos que pueden ser patógenos para el hombre: *Leishmania sp.*; *Leptospira sp.* (probablemente *L. icterohaemorrhagiae*); *Balantidium coli* y *Eimeria stiadai* entre los protozoos. *Tenia solium* (larva); *Fasciola hepatica*; *Multiceps serialis*; *Dipylidium caninum*; *Echinococcus granulosus* (larva); *Ascaris suum*; *Parascaris equorum*; *Neoascaris vitulorum*; *Toxascara canis*; *Toxascara felis* y *Toxascaris leonina*, entre los helmintos.

Señalamos asimismo la existencia de los siguientes artrópodos vehiculadores de diversas afecciones del hombre: *Rhipicephalus sanguineus*; *Rhipicephalus bursa*; *Margaropus calcaratus*; *Pulex irritans*; *Ctenocephalus canis*; *Culex pipiens* y *Anopheles maculipennis*. Carecemos de datos sobre la importancia que estos artrópodos puedan tener como transmisores en la patología humana comarcal.

BIBLIOGRAFIA

CARDA APARICI, P., «Ciencia Veterinaria», XI (1950), núm. 59, pág. 32.

COVALEDA, J. y A. PUMAROLA, «Revista Ibérica de Parasitología», XIII (1953), núm. 2, pág. 185.

COVALEDA, J., A. PUMAROLA e I. CANTARELL, «Rev. Ibér. Parasit.», XIII (1953), núm. 3, pág. 289.

COVALEDA, J. y A. PUMAROLA, «Rev. Ibér. Parasit.», XIV (1954), núm. 1, pág. 3.

GONZÁLEZ CASTRO, J., «Rev. Ibér. Parasit.», VIII (1948), núms. 2-3, pág. 247.

GRACIA DORADO, F., «Rev. Ibér. Parasit.», III (1943), núms. 3-4, pág. 263.

HOMEDES, J., «Suplemento Científico del Boletín Informativo del Consejo General de Colegios Veterinarios de España», II (1948), núm. 5, pág. 17.

KIKUTH, W., «Medicina Colonial», XIX (1952), núm. 6, pág. 259.

MORELL, L. y GONZÁLEZ CASTRO, «Rev. Ibér. Parasit.», XI (1951), núm. 3, pág. 271.

NÁJERA ANGULO, L., «Rev. Ibér. Parasit.», tomo extraordinario homenaje profesor López-Neyra, 1945.

NEVEU-LEMAIRE, M , *Traité d'Helminthologie Médicale et Vétérinaire*. París, Vigot Frères, 1936.

NEVEU-LEMAIRE, M., *Traité d'Entomologie Médicale et Vétérinaire*. París, Vigot Frères, 1938.

NEVEU-LEMAIRE, M., *Traité de Protozoologie Médicale et Vetérinaire*. París, Vigot Frères, 1943.

RODRÍGUEZ LÓPEZ-NEYRA, C., *Helmintiasis humanas*. Barcelona, Salvat Editores, 1940.

RODRÍGUEZ LÓPEZ-NEYRA, C., *Helmintos de los vertebrados ibéricos*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Nacional de Parasitología. Granada.

RODRÍGUEZ LÓPEZ-NEYRA, C., «Rev. Ibér. Parasit.», VIII (1948), núm. 1, pág. 74.

SÁINZ MORENO, L., «Suplemento Científico C. G. C. V. España», VI (1952), núm. 32, pág. 371.

SÁNCHEZ BOTIJA, C., «Revista de Sanidad Veterinaria», I (1947), núm. 7.

SANTIAGO LUQUE, J. M., citado por CASTELLA en «Ciencia Veterinaria», XIII (1952), núm. 89, pág. 1.

TARAZONA VILAS, J. M., «Ciencia Veterinaria», XIV (1953), núm. 108, pág. 453.

TORRES LÓPEZ, A. y E. SUÁREZ PEREGRÍN, «Rev. Ibér. Parasit.», tomo extraordinario homenaje profesor López-Neyra (1945), pág. 106.

COMENTARIOS

LOS RIEGOS EN LA PLANA DE HUESCA

Aunque la bibliografía sobre tema tan interesante como el de los riegos en la comarca de Huesca no es muy abundante, sin embargo, existen meritorios trabajos que han esclarecido varios aspectos del proceso histórico de las obras hidráulicas oscenses; pero falta todavía un estudio total, de conjunto, y trabajos monográficos que pongan a nuestro alcance noticias y documentos, hoy inéditos. Las breves líneas que publicamos seguidamente no son más que el esquema de un estudio en preparación; por ello, hemos prescindido de menciones bibliográficas, absteniéndonos también de publicar la colección de noticias históricas que sobre este tema hemos reunido. Por otra parte, sería prematuro el intentar hoy una sistematización, sin haber sido publicados todavía los materiales necesarios. Es de desear, a este respecto, una mayor divulgación de los nuevos proyectos, bien en las páginas de esta revista o en otras publicaciones análogas. Ni el historiador debe desatenderse alegremente de los nuevos proyectos ni el proyectista puede ignorar la perspectiva histórica del problema que intenta resolver.

La plana de Huesca.—Con esta denominación, de carácter popular, documentada ya en el siglo xv, se conoce una comarca, perfectamente delimitada, que se extiende desde las últimas estribaciones de la Sierra hasta los altos de Albero y desde la Serreta de Montearagón hasta Tozal Mondó y las canteras de Almudévar. La comarca está atravesada de Norte a Sur por el Isuela (la Isuela, conforme a la costumbre aragonesa de afeminar los nombres de ríos terminados en *a*) y por el Flumen que penetra en la «Plana» a través de los desfiladeros del Estrecho Quinto, sobre el que se alza, dominándolo, el formidable castillo-abadía de Montearagón. Además de la capital, Huesca, se hallan dentro de esta comarca, total o parcialmente, los términos de Arascués, Igriés-Yéqueda, Banastás, Chimillas, Alerre, Banariés-Huerrios, Cuarte, Quicena, Tierz, Monflorite-Bellestar, Lascasas-Pompenillo, Albero Alto, Albero Bajo, Tabernas-Buñales y Vicién.

El interior de la «Plána» es, como lo indica su nombre, una llanura formada por sedimentos miocénicos, con manchones diluviales, bastante fértil, sobre todo en su parte meridional. Aunque las tierras son relativamente frescas y las lluvias alcanzan, por lo general, los 500 milímetros anuales, son imprescindibles las obras hidráulicas para el cultivo intensivo, debiendo tenerse en cuenta, además, que el índice pluviométrico oscila mucho, de forma que en los años secos no se recogen mucho más de 300 mm., estando, por otra parte, estas lluvias irregularmente distribuídas.

Aprovechamientos del Isuela y del Flumen.—Los aprovechamientos del Isuela y del Flumen son, naturalmente, los que cuentan mayor antigüedad. Ya en la época musulmana encontramos referencias a acequias derivadas de estos ríos. A partir del siglo xii, las noticias son más abundantes y nos dan a conocer un panorama de los riegos oscenses bastante parecido al actual. La escasez de agua, remediada, a veces, mediante la construcción de estanques artificiales, tales como la alberca de Loreto, daba lugar a sangrientos sucesos que degeneraban con frecuencia en verdaderas batallas. Estos inconvenientes se remediaron, en parte, mediante una adecuada reglamentación, iniciada en el siglo xiii y ultimada en el xv, y la utilización del sistema de boquera. Paralelamente, el Concejo realizaba una serie de obras hidráulicas, de las que anotaremos la restauración del azud de Nueno en 1445 por maestre Miguel Arnialde y la construcción de la alberca de Cortés, en 1501, por Guillem Bertín.

Pero es el siglo xvii el de los grandes proyectos y también el de las grandes realizaciones. En primer lugar, las obras de captación de la fuente de Bonés, después el intento de construcción de un pantano en el término de Nueno, más tarde el fantástico proyecto de utilización de las aguas del Gállego, del que hablaremos luego, y por último la construcción del pantano de Arguis en 1683, según diseño de Francisco de Artiga, catedrático de la Universidad Sertoriana.

El proyecto de construir un pantano en el término de Nueno puede volver a cobrar actualidad, puesto que el achicamiento del vaso del pantano de Arguis podría remediarse mediante una presa auxiliar, presa que permitiría recoger además las aguas vivas nacidas más abajo de la Foz. Del mismo modo, la captación de manantiales para asegurar la alimentación del pantano es problema también actual, que debe estudiarse con meticulosidad. Por ejemplo, la fuentecilla que brota en el lado Norte del túnel de la Manzanera puede unirse con muy poco gasto a las aguas de Bonés.

Menos numerosas han sido las obras realizadas en el Flumen, si

exceptuamos la construcción de acequias y azudes para regar las fértiles tierras de la comunidad de la Ribera, de la que poseemos datos de bastante antigüedad. La jurisdicción que sobre estas tierras ejercía el monasterio de Montearagón y la amplia utilización de las aguas del Flumen para fines industriales ha impedido durante largo tiempo la construcción de grandes obras hidráulicas para el aprovechamiento integral de este río. En 1886, Serafín Casas y Abad, catedrático del Instituto de Huesca, señalaba el salto de Roldán como lugar apropiado para la cons-

Salto de Roldán, en cuyas cercanías, se proyecta la construcción de un pantano

(Foto J. Fondevilla)

trucción de una gran presa, «donde la naturaleza brinda a cerrar un pantano suficiente a rebalsar enorme cantidad de agua». Por fin, a principios de este siglo, el proyecto de pantano cristalizó en la construcción de una presa en la cabecera del río, en Santa María de Belsué. Las obras fueron precedidas de movidas disputas sobre la extensión de la zona de riego y sobre la permeabilidad del vaso. Por R. O. de 24 de octubre de 1903, se aprobó el proyecto y algunos años después comenzaron las obras, que no han dado desgraciadamente el resultado apetecido, a pesar de la construcción de una presa auxiliar, pues tal como opinaban muchos las laderas del vaso resultan excesivamente permeables.

Nuevamente se ha pensado en construir otra presa en lugar ade-

cuado que ofrezca garantías de impermeabilidad. Hasta ahora no se han realizado los sondeos que deben preceder al proyecto, pero, desde luego, es posible encontrar terreno apto, no permeable, bien en las capas del eoceno, en las cercanías del Salto de Roldán, bien aguas abajo en en los sedimentos miocénicos. La construcción del pantano del Flumen es, desde luego, perfectamente realizable.

Es de esperar que en breve se realicen los sondeos que permitan fijar el lugar exacto del emplazamiento de la presa. Cobrará entonces actualidad el viejo problema de la extensión de la zona regable, que hoy sería prematuro abordar, y podrá pensarse en el establecimiento de nuevos poblados, por ejemplo, en las cercanías de Loreto, lo que permitiría la fácil reconstrucción de la iglesia de San Lorenzo, convertida en parroquia del nuevo poblado.

Aprovechamientos derivados del Gállego.—El escaso caudal de los ríos Isuela y Flumen y la pequeña extensión de sus cuencas no permite resolver totalmente el problema del riego en las épocas de sequía. Es típico el caso del pantano de Arguis que, no obstante su escasa capacidad, no llega a colmarse en los años secos, precisamente cuando más agobiadora es la necesidad de agua. Por esto, ya en el siglo xvii se pensó en resolver el problema mediante un proyecto audaz que utilizaba las aguas del Gállego. Según nos informa Ignacio de Asso, el Concejo de Huesca presentó un memorial al rey Felipe IV solicitando permiso para sangrar el río Gállego con objeto de traer el agua a sus términos. El rey envió en 1656 dos ingenieros que, acompañados de varios jurados, reconocieron el terreno, dictaminando que la realización del proyecto era posible abriendo paso por la sierra de Presín. De hecho, el proyecto era irrealizable. Aquellos ingenieros carecían de la información necesaria y no pudieron calcular la diferencia de nivel entre la cuenca del Gállego y la del Isuela. La técnica de esa época no hubiera podido vencer las insuperables dificultades que la complicada topografía de la comarca ofrece.

Años más tarde, a principios del actual siglo, volvió a pensarse en la utilización de las aguas del Gállego, ideándose un canal denominado Sertoriano que, tomando las aguas a la salida de la zona montañesa, bordearía la Sierra y regaría la «Sotonera» y la «Plana». También este proyecto ofrecía graves dificultades y, al fin, quedó orillado. Ahora bien, ¿es posible regar las tierras de estas dos comarcas, siquiera las situadas a menos de 500 m. de altitud, mediante canal a cielo abierto derivado del Gállego? Es este un problema que encierra siempre un gran interés, pero cuya solución depende de múltiples y complejas circunstancias.

APROVECHAMIENTOS DERIVADOS DEL CINCA.—Es curioso el hecho de que los proyectistas del siglo XVII, que no vacilaron en fantasear los planes más irrealizables, no pensaran en aprovechar las aguas del Cinca para el riego del «Somontano» de Huesca y de la «Plana»; al menos no he encontrado ninguna noticia a este respecto.

Dejando aparte el proyectado canal de Sobrarbe, que recogía las aguas del Ara, hemos de llegar al proyecto de los Grandes Riegos para encontrar por vez primera una razonada propuesta de utilización del caudal del Cinca para el riego del Somontano. El iniciador del vasto proyecto fué el ilustre ingeniero Joaquín Cajal, que durante los años 1905 a 1910 realizó detenidos estudios, que le llevaron a encontrar la idea básica, realmente genial, de los Riegos del Alto-Aragón. Halló Cajal que el collado de Tardienta, en la divisoria de las cuencas del Gállego y del Cinca, era el eje de todo el sistema de irrigación de los «Monegros» y que existía caudal de agua suficiente para transformar en vergeles aquellas áridas planicies. Consecuencia de los estudios de Cajal fué el magno proyecto de Riegos del Alto-Aragón, elaborado por Izquierdo y De los Ríos, que había de convertirse en la base de la transformación económica del país.

De este proyecto interesa a nuestro objeto, sobre todo, la parte referente al canal del Cinca, que atravesaba todo el «Somontano» hasta desembocar en el Pantano de la Sotonera, con una longitud de 143,78 kilómetros y una zona regable de 80.000 hectáreas. La traza pasaba por las inmediaciones de Albero Alto, Monflorite, La Granja, Pompenillo, Estiche y castillo bajo de San Juan y en su kilómetro 110 cortaba el término municipal de Huesca, cruzando la carretera de Grañén a unos cinco kilómetros de la ciudad. Como se ve, gran parte de la «Plana» quedaba dentro del dominio de este canal.

Pero el proyecto del canal del Cinca ha sufrido importantes modificaciones. Aunque no me ha sido posible consultar el nuevo proyecto, parece ser que defiere bastante del anterior, sobre todo, a partir de los altos de Piracés, desde donde se dirige hacia Albero Bajo y Vicién para torcer luego al Sur en busca del acueducto de Tardienta, alejándose de la «Plana». De este canal parte una acequia denominada del Guatizalema, de 11.500 metros, cuyo recorrido ignoro. Como se ve el nuevo trazado afecta poco a la «Plana». Ahora bien, ¿es posible derivar de este canal una acequia que se dirija hacia Huesca? Sin conocer con exactitud la altura a que atraviesa las colinas de Antillón y la «Serreta», no es posible aventurar ninguna conclusión. Pero el asunto merece la pena de estudiarse con detenimiento.

LOS PANTANOS DEL SOMONTANO.—Para el riego de los fértiles llanos del Somontano, se han proyectado varios pantanos que, siquiera indi-

rectamente, habrán de beneficiar las tierras de la «Plana». El más interesante a este respecto es el de Vadiello, ideado también por el oscense Joaquín Cajal. Su objeto es el riego de las tierras ribereñas del Guatizalema, sobre todo la extensa llanura conocida con el nombre de «El Abadiado» y la fértil «Plana de Alcalá». El terreno elegido ofrece, a juicio del proyectista, suficientes garantías de impermeabilidad y, dadas las especiales condiciones de la cuenca, la capacidad del vaso (14.000 m^3) puede aumentarse hasta los veinte millones de metros cúbicos, calculándose en 500 litros por segundo el caudal necesario para mantener los aprovechamientos hidráulico-industriales, algunos de los cuales han desaparecido en estos últimos años. Para conducir el agua a los terrenos regables, Cajal proyectó un canal que desde el barranco de la Soma llegaba hasta el collado de Ayera, bifurcándose desde aquí y continuando el ramal de la derecha hacia el Estrecho Quinto para continuar hacia Alcalá y Abrisén.

El beneficio que de este pantano puede recibir el riego de la «Plana» se basa en la concesión al Ayuntamiento de Huesca de 250 litros por segundo para el abastecimiento de agua potable; esta concesión reforzará el riego de ciertas partidas de la huerta oscense.

Del mismo modo, nuevos pantanos pueden mejorar los riegos de la «Plana». El cauce del Alcanadre, por ejemplo, presenta lugares adecuados para construir un embalse con garantías de impermeabilidad y una capacidad mínima de ocho millones de metros cúbicos que, aparte del riego de las planicies situadas a la derecha del río, podría reforzar el riego de la «Plana». Las posibilidades de estudio de nuevos aprovechamientos están lejos de agotarse, pero siendo el objeto de este breve artículo la perspectiva histórica de los riegos, no hacemos hincapié en tema tan vasto.

Repoblación forestal.—Complemento indispensable de las obras hidráulicas son las de repoblación forestal, que han de transformar, y en cierto sentido restaurar, el paisaje de la «Plana». Ya en lo antiguo, el Concejo se preocupaba de mantener la riqueza forestal, cuidando las masas arbóreas de que era propietario, cuyos aprovechamientos constituían una saneada renta, y prohibiendo la roturación de sotos, pero la repoblación forestal es empresa relativamente moderna.

Quedan hoy todavía espesos carrascales, que se extienden desde Arascués hasta Alerre y Vicién, si bien su extensión disminuye constantemente. En cambio, se han perdido casi por completo los que cubrían la Serreta de Montearagón desde Sabayés hasta Albero, de los que sólo quedan restos en su parte meridional. La repoblación forestal de estas colinas y de las márgenes del Flumen embellecerá el paisaje bravío hoy desolado, que tiene por fondo los imponentes tajos de la Sierra.

Idénticas consideraciones pueden hacerse respecto de la repoblación de la cuenca del Isuela, desde Arguis a Nueno, y de las márgenes de este río. Todavía existen extensas arboledas en el tramo del Isuela comprendido entre Yéqueda y Huesca, pero la constante roturación de sotos amenaza la existencia de este verdadero parque natural, que constituye uno de los lugares más bellos y atractivos de los alrededores de la ciudad, al mismo tiempo que sirve de protección contra las avenidas del río.

Conclusión.—Pese a los esfuerzos realizados en diversas épocas, subsisten en la «Plana de Huesca» vastas zonas de secano, comprendiendo en ellas grandes extensiones de campos regables que, dado lo eventual de su regadío, sólo pueden dedicarse, año y vez, al cultivo de cereales (trigo o avena). Realizadas las adecuadas obras de riego, el cultivo intensivo de estos terrenos resulta sumamente económico, pues las tierras se hallan niveladas y existe una vasta red de acequias, que puede ser utilizada inmediatamente, así como numerosos caminos carreteros.

Hemos visto cómo la lucha por intensificar el cultivo mediante el riego ha constituído el móvil principal de la economía del país desde épocas remotas. Entre los medios rudimentarios de los siglos medievales y la depurada técnica de hoy día no hay solución de continuidad; la misma preocupación, los mismos problemas y fundamentalmente los mismos métodos (embalses y canales). Acaso en el porvenir, nuevos medios (lluvia artificial, procedimientos bio-químicos) harán innecesarias las obras hidráulicas, pero, hoy por hoy, son imprescindibles y constituyen la base y fundamento de nuestra economía. Conviene destacar la importancia que este hecho tiene para comprender la evolución histórica del pueblo aragonés. El regadío ha sido fecundo en crear nuevas formas de propiedad; por el contrario, el secano ha perpetuado las mismas formas de dominio, fundadas en la persistencia de un mismo fenómeno económico. Si trazásemos el mapa de los señoríos medievales, veríamos que muchos de ellos coinciden con las modernas unidades de cultivo en el secano y contemplaríamos con asombro que la estructura social a que dan lugar tiene características semejantes. El hecho económico se ha sobrepuesto, en este caso, a los cambios producidos por variaciones ideológicas.

Dada la brevedad de este esquema, no cabe hablar de otros interesantes problemas geográfico-económicos. En otras ocasiones, me he referido al posible desplazamiento hacia el Sur del eje económico altoaragonés. Señalaré ahora, solamente, el problema del porvenir

económico de los regadíos de la «Plana», que puede orientarse en sentido paralelo al resto de los regadíos, pero que también puede tener características especiales. No debe olvidarse que la «Plana» se halla situada junto a la Sierra y constituye un mercado natural de extensas zonas de la Montaña. Mir. Coppolani, al estudiar las capitales pirenaicas francesas (cf. *Capitales Pyrénéennes*, en «Mélanges géographiques offerts a Faucher», I, 199), ha observado que surgen en lugares aptos para el intercambio de los productos de la montaña y del llano y son siempre sede de ferias importantes. Huesca, situada en la linde crítica de la tierra plana y de la zona montañosa, ofrece, a este respecto, las mismas características que las ciudades ultrapirenaicas, si bien múltiples y complejas circunstancias han reducido el intercambio comercial, muy próspero en otros tiempos, a juzgar por las menciones de los historiadores de los siglos XVI y XVII.

FEDERICO BALAGUER

DATOS SOBRE EL CASTILLO DE ANZANO

El castillo o granja de labor de Anzano que hoy conocemos, tuvo importancia en los primeros siglos de la Reconquista aragonesa como fortaleza unida al sistema de tenencias de la Sierra, dependiente unas veces de Bolea y otras de Puibolea. En ocasiones se le encuentra desligada de estas tenencias, formando un señorío amovible (F. Balaguer, Argensola, III, 347-355). En 10 de Agosto de 1232, Jaime I daba este castillo a Pelegrín de Atrosillo según el documento que publicamos a continuación. A principios del siglo xvi era señor de Anzano Ramón de Espés, que contrató con los maestros Juan de Balaguer, Guillén de Rories y Beltrán de Sorrosal la obra de un muro con tres portales (F. Balaguer, Argensola, II, 170). Todavía subsiste la iglesia medieval, descrita por Ricardo del Arco en su *Catálogo Monumental de Huesca.*

Jaime I y los nobles aragoneses.—Era en verdad singular la psicología de los barones y nobles aragoneses del siglo xiii. De una parte eran sinceros y ardorosos admiradores de la monarquía, pero por otra se oponían cuanto podían al poder del rey y es que quizá cada rico-hombre opinaba que todos, menos él, debían doblegarse a la voluntad real.

Al advenimiento al trono de Jaime I, se desataron las pasiones de la nobleza que trató de conseguir el mayor provecho de un monarca al que por ser un niño de apenas nueve años, juzgaban presa fácil.

Dos grandes personajes se disputaban el poder. Eran éstos los infantes don Sancho y don Fernando, hijos del rey Alfonso II y tíos carnales por tanto del monarca de Aragón.

Al lado de don Sancho estaban don Pedro Ahones, don Eximen de Urrea, don Aznar Palacín, don Berenguer de Benaven, don Blasco Maza y otros.

Con don Fernando se colocaron don Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín, don Rodrigo de Lizana y don Blasco de Alagón, mientras don Pedro Cornell y don Vales de Antillón, por ser muy jóvenes y no tener formado criterio, tan pronto estaban con uno como con otro.

Solamente un rico-hombre, don Eximen Cornell. no tomaba partido porque no pensaba más que en el rey de Aragón.

Por eso, apenas salió Jaime I del castillo de Monzón, donde estaba al cuidado de los caballeros Templarios, hubo de tomar partido contra los más peligrosos y levantiscos apoyándose primero en el infante don Fernando y los suyos, menos ambiciosos que los partidarios de don Sancho. Pronto el ambicioso infante, ansioso de mayor poder del que el rey le diera, entró en razones con Guillén de Moncada, con Pedro Ahonés y con don Pedro Cornell, que se pusieron enfrente del monarca, quien hubo de enfrentarse con los sublevados, habiendo de sufrir la vergüenza de tener que retirarse ante el castillo de Loarre, que con su villa y la de Bolea había sido entregado al de Ahonés por Pedro II de Aragón como prenda de cantidades que el monarca aragonés le adeudaba. Conocedor el rey de la deslealtad de don Pedro acudió con sus huestes con la intención de apoderarse de las susodichas villas y de la fortaleza, pero conocedor de que dentro estaban con Ahonés, don Fernando y Cornell y que el castillo estaba defendido por fuerte guarnición que tenía víveres para un año, decidió levantar el asedio.

Esta retirada fué como la señal de un levantamiento general de Aragón, cuyas villas y ciudades, a excepción de Calatayud, se pusieron al lado del infante don Fernando, de Pedro Ahonés y de Pedro Cornell. Jaime I hubo de refugiarse en Almudévar y más tarde en Pertusa. Aquí se le unieron las fuerzas de Guillén de Moncada, el antiguo rebelde, hoy partidario del rey y las de Folch de Cardona.

Tras de sufrir el rey la pérdida de Alcubierre, atacado por fuerzas del obispo de Zaragoza, hermano de Pedro Ahonés, el rey tomó la iniciativa conquistando Junzano y atacando el castillo de Lascellas. Estaban gozando de una tregua de ocho días, que el monarca concedió a los defensores de esta fortaleza, cuando llegaron al campo real don Pelegrín y don Gil de Atrosillo, para comunicar a su soberano que se dirigían a socorrer a los sitiados fuerzas de Zaragoza y de Huesca, reforzadas con las mesnadas de don Pedro Cornell y del infante don Fernando. Negóse Jaime I a seguir el consejo de don Pedro Pomar, que opinaba, que ante tan gran copia de guerreros como se avecinaban, debía levantarse el campo y tomar posiciones en un elevado cerro próximo. No llegaron las fuerzas anunciadas y el castillo se rindió al monarca, que pudo volverse a Pertusa.

Noticiosos los de Huesca de la rendición del fuerte de Lascellas, mandaron emisarios a su rey para comunicarle que estaban dispuestos a someterse. Dirigióse don Jaime a Huesca y en Santa María de Salas, a donde salieron a recibirle las personas principales de la ciudad, díjoles «que él no les quería ningún mal y que si favores habían recibido de sus mayores, no los recibirían menores de su mano y se comportaban como leales súbditos» [1].

Con gran pompa y claras muestras de amor fué recibido don Jaime dentro de la ciudad, a tal punto, que tanto el monarca como sus acompañantes opinaron que no podía haber ficción en tan cálido homenaje. No obstante, la traición final estaba próxima y pronto hubo de convencerse don Jaime de que todo había sido hábilmente preparado para sorprenderle mejor. La misma noche del día en que don Jaime entró en Huesca, gran copia de gente armada empezó a reunirse en las puertas del real alcázar. Avisado el monarca de lo que acaecía, no quiso creer que los súbditos, que él creía leales, trataran de traicionarle y se entregó al descanso confiadamente, pero, como viera que al día siguiente las fuerzas armadas no se habían retirado de las puertas de su regia morada, el joven e impetuoso monarca abordó de frente la cuestión y convocó a consejo. Reunido éste, el rey habló a la nobleza y a los miembros del Concejo de la ciudad con toda claridad, prometiéndoles de pasada, que si los oscenses se colocaban decididamente a su lado él les prometía por su nombre y por la memoria de sus antepasados los reyes de Aragón, que «así como los anteriores les habían dado buenas leyes, que él había de conservarlas y que si les faltaran de las primeras él se las daría, tan buenas como las necesitaran». Sólo es necesario, añadió, «que esta guerra cese y en haber nos entre vosotros podéis conocer, que confío en vosotros y en vuestro amor y que tengo el propósito de reteneros cerca de mí y de amaros».

Contestaron los reunidos, que le agradecían en lo que valían sus palabras y que sobre el asunto tomarían acuerdo que sería comunicado a su señor.

Tuvo, sin embargo, el rey noticias de que no sólo habían tomado acuerdo alguno, sino que estaban cerrando las puertas de la ciudad y asegurándolas con cadenas. A la vista de estos sucesos tomó la determinación de salir cuanto antes de Huesca y para despistar a la nobleza y al Concejo hizo que, lo más públicamente que se pudiera, se llevaran carneros al palacio para preparar una gran comida, y mientras tanto, el monarca con su gente dirigióse a la puerta que daba al camino de Bolea y en vista de que estaba cerrada, obligó con amenazas al portero para que le entregara la llave, que dijo poseían los del Concejo, y así pudo burlar a los que querían apoderarse de su rey, y reunirse con las huestes de Folch y de Guillén de Cardona.

Dirigióse el rey de nuevo a Pertusa, con los pocos señores que le permanecían leales y entre los que figuraba don Pelegrín de Atrosillo, que estaba casado con Sancha, hija de Lope de Albero, a quien Jaime I, a ruegos de Pelegrín, liberó cuando Rodrigo de Lizana, sin previo desafío, le hizo cautivo y desposeyó de su villa de Albero y de su castillo encerrándolo en su fortaleza de Lizana.

En esta siempre fiel villa de Pertusa estaba Jaime I cuando recibió embajadores del infante don Fernando y de las ciudades de Zaragoza y Huesca, rogándole que, una vez más, les perdonara, pues se habían equivocado y querían volver a su obediencia.

El monarca, que no deseaba otra cosa, acudió a Alcalá y allí, tras palabras de don Fernando y de Guillén de Moncada, les perdonó y devolvió su gracia.

Fortalecido el poder real con estas paces, el monarca aragonés inicia la conquista de Mallorca, que, sometida con relativa rapidez, aumenta el prestigio del rey y le da ánimos para mayores empresas, que inicia desde el Bajo Aragón y las sierras albarracinenses, pero que suspende pronto para evitar el que como ocurre con Morella, rendida a las armas de don Blasco de Alagón, cayeran las más importantes ciudades levantinas en poder de otros señores aragoneses, quizá menos leales o condescendientes que el de Alagón que se resistieron, a requerimientos del monarca, a dar a su señor.

Jaime I y el castillo de Anzano.—Vuelve de nuevo a tierras oscenses el monarca después de este largo intervalo antimusulmán para dar cima a otra interesante empresa, exclusivamente política ahora, en la que, por tanto, sobraban las armas materiales para dar paso a las del intelecto y de la astucia. En este campo, no brilló ciertamente nuestro monarca, ni le sonrió la fortuna como cuando luchaba con las otras armas, ya que en este campo sólo cosechó derrotas, léase Corbeil, dígase Almizra o sea en esta ocasión Tudela.

Para dirigirse a Tudela volvía don Jaime a tierras altoaragonesas. En Tudela vivía retirado el rey de Navarra Sancho VII el Fuerte, mezcla de soñador y de aventurero, que residía en el castillo de Tudela sin bajar a la ciudad jamás, porque su inmensa gordura le impedía moverse y por otra parte él, avergonzado de su poco agraciada figura, no quería que le vieran sus vasallos, quizá para que no olvidaran al joven monarca que había ganado lauros inmarcesibles en la batalla de las Navas de Tolosa.

El rey de Navarra, que carecía de hijos, tenía como heredero directo de sus estados a Teobaldo, conde de Champagne, pero, como éste, impaciente, sin duda, porque el navarro a pesar del cáncer que decían padecía, no se moría, intentó proclamarse rey de Navarra, en vida de su tío, determinó enviar un mensaje al aragonés, deudo suyo asimismo, solicitando una entrevista en la cual «le haría tanta gracia y amor, que ningún rey le había hecho a otro».

Como Sancho no salía de allí, Jaime decidió ir a Tudela acompañado de don Blasco de Alagón, de Rodrigo de Lizana y de Ató de Foces.

En la entrevista, que fué por demás cordial, el navarro dijo al aragonés: «Enviamos por vos porque deseamos que el reino sea para vos mejor que para el de Champagne, ni para ningún otro hombre del mundo. Y prefiero decíroslo por mi boca que no que otros mediaren entre nos y vos. Pero ha de ser de este modo para que no digan los vasallos que no tomamos confianza: que nos os prohijemos y vos nos prohijéis. Es cosa probable que nos muramos antes que vos, porque nos tenemos setenta y ocho años y vos veinticinco» [2]. Dijo don Jaime que no podía hacer esto ya que había hecho jurar por su sucesor a su hijo el infante don Alfonso.

A estas razones del aragonés contestó Sancho que, aun cuando era cosa fuerte que él se aventurase con dos tan jóvenes, pero que lo haría de buena gana si los aragoneses le ayudaban en sus luchas contra los castellanos. Firmado el convenio y jurados como sucesores en ambos reinos unos y otro, marchó a Aragón don Jaime, pero nunca volvió a preocuparse más del asunto y cuando murió Sancho el Fuerte, al no reclamar sus derechos el aragonés, se entronizó en Navarra la dinastía francesa de Champagne.

Este hecho nos habla claramente de la poca habilidad política de Jaime I y del poco interés, a pesar de sus conquistas, por engrandecer sus estados aragoneses, máxime si tenemos presente los tratados de Corbeil y de Almizra y su decisión de dividir sus estados patrimoniales entre sus hijos Alfonso y Pedro y de la partición que, muerto el infante don Alfonso, realizó entre los infantes Pedro y Jaime. Durante este viaje, Jaime I [3], queriendo quizá los buenos oficios y la lealtad que Pelegrino de Atrosillo le había demostrado, le daba el castillo y villa de Anzano a él y a su esposa Sancha por la heredad que éstos tenían en Pina.

Este documento fué firmado en Huesca y es de importancia para el estudio de Anzano y está fechado el día 10 de agosto de 1232. Traducido, dice textualmente:

> «Sepan todos que yo PELEGRIN DE TROSILLO y yo DOÑA SANCHA LOPEZ, su esposa, por nosotros y todos nuestros sucesores, cambiamos, damos, concedemos y os entregamos perpetuamente a vos DON JAIME, por la gracia de Dios Rey de Aragón y del reino de Mallorca, Conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpeller y a todos vuestros sucesores eternamente, toda aquella nuestra heredad que tenemos en Pina, la misma que fué de mi tía, toda íntegramente, con sus casas y cabañas, con el horno y baño y con sus viñedos y parras y la heredad que fué de García Marín y la que fué de don Sancho y de su esposa, siendo en conjunto cien kafices de tierra. Todas las cosas sobre dichas y cada una de ellas con todas sus pertenencias tal como nosotros las tenemos y debe-

mos tener francas y libres para dar, vender, enajenar y pignorar, a vuestra completa voluntad os las cambiamos a vos Rey predicho y vuestros sucesores por el castillo y villa de Ançano, que recibimos a cambio de todas las cosas citadas. Así pues nos, Jaime rey predicho, por nos y nuestros sucesores, habiendo recibido las predichas heredades a cambio de Ançano, os damos, concedemos, y liberamos perpetuamente a vos Pelegrín de Trosillo y a doña Sancha, esposa vuestra, y a vuestros sucesores por heredad, el castillo y villa predichos, con los hombres y mujeres que allí habitan y han de habitar y con todos sus términos y pertenencias, construcciones, peajes, cenas, hostes y cavalcatas, con sus redenciones, con el monedaje y con todo nuestro dominio, íntegramente, que allí tenemos y debemos haber por cualquier causa y razón sin ninguna retención, de tal modo que tengáis y poseáis el castillo y villa de Ançano, con todas y cada una de las cosas sobredichas, franco y libre, para darlo, vender, pignorar, enajenar y hacer perpetuamente vuestra voluntad.—Dado en Huesca, a 10 de agosto de 1232.—Firma de Pelegrín de Trosillo.—Firma de Sancha, su esposa—que esto concedemos y otorgamos.—Firma de Jaime, por la gracia de Dios Rey de Aragón, de Mallorca, Conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpeller.—De cuyo acto son testigos: F. Infante de Aragón, Rodrigo de Liçana, Egidio de Trosillo, García de Orta, Lope Ximeneç de Lusia, P. Maça, Bernardo Gallarín, Pelegrín de Holos, Sancho de Valls.—Firma de Guillermo, escribano, quien por mandato del Rey este documento escribió».

La fotocopia que transcribimos es propiedad de don Fidel Lapetra Yruretagoyena, actual propietario del castillo de Anzano.

VIRGILIO VALENZUELA

1. *Crónica del rey Jaime I.* El fragmento relativo a la entrada en Huesca fué publicado en la «Revista de Huesca», año 1905.

2. Ríos LARMIERTI, *Jaime I*, 1941, pág. 109.

3. Sobre el itinerario del rey, cf. J. MIRET Y SANS, *Itinerari del Rei en Jaume lo Conqueridor* (Barcelona, 1918).

DOCUMENTO

1232, de agosto, Huesca

Jaime I da a Pelegrín de Atrosillo y a su mujer doña Sancha el castillo y villa de Anzano, a cambio de varias heredades que ambos poseían en Pina.

Arch. de la C. de Ar., Jaime I, n.º 466.

Notum sit cunctis quod Ego Pelegrinus de Trosillo et Ego dompna Sancia Lopiç ejus uxor, per nos et per omnes successores nostros cambiamus et donamus, concedimus perpetuo et laudamos vobis domino Jacobo, Dei gratia Rex Aragonum et Regni Maioricarum, Comiti Barchinonensi et Urgelli et Domino Montipesulani et vestris omnibus successoribus in eternum, totam illam nostram hereditatem quam habemus in Pina, sicut fuit de mea tia et de meo avolorio, totam integre, cum casis et casulibus et cum furno et balneo et cum vincis et cum parrallo. Et hereditatem que fuit de Garcia Morin et hereditatem que fuit de dominico Sancii et uxoris sue et sic sunt inter totum centum kafiçate terre. Que omnia supradicta et singula cum omnibus suis pertinenciis et sicut nos eam habemus melius et habere debemus, francha et libera ad dandum, vendendum et pignorandum et alienandum et ad omnes vestras voluntates excambiamus vobis, domino Regi iam dicto et vestris successoribus per CASTRUM ET VILLAM scilicet de ANÇANO quod recepimus in excambio omnium predictorum. Nos itaque, Jacobus, Rex predictus, per nos et successores nostros recipientes predictas hereditates que cambio de Ançano donamus, concedimus et liberamus perpetua illam vobis Pelegrino de Trosillo et dompne Sancie uxori vestre et vestris successoribus per hereditatem castrum scilicet et villam predictam cum hominibus et feminis ibi habitantibus et habitaturis et cum terminis et pertinenciis suis cum petris precariis, pedidis, cenis, hostibus et cavalcatis et earum redemcionibus et cum monetaticis et cum toto dominio nostro integre, quod ibi habemus et habere debemus aliqua causa et racione sine omni retencione quam ibi nos facimus ullo modo quod castrum de Ançano et villam cum omnibus et singulis supradictis habeatis, teneatis et possideatis et expletetis franche et libere ad dandum, vendendum, impignorandum, alienandum et ad omnes vestras voluntates perpetuo faciendas. Data apud Oscam IIII idus Augusti, era millesima CCLXX.

Signum PELEGRINI DE TROSILLO. Signum SANCIE, uxoris eius, qui hoc concedimus et laudamus.

Signum JACOBI Dei Gracia Regis Aragonum et Regni Maioricarum, Comitis Barchinone et Urgelli et Domini Montipesulani.

Huius rei testes sunt: Dompnus Infans Aragonum, Rodericus de Liçana, Egidius de Trosillo, Garcia de Orta, Lupus Eximeniç P. Maça, Bernardo Gallerin, Pelegrinus de Holos, Sancius de Vallibus.

Signum GUILLELMI, scribe, qui mandato domini Regis hanc cartam scripsit.

ACTITUDES

AMOR Y MUERTE

Por ILDEFONSO-MANUEL GIL

Fué ella quien echó al buzón las dos cartas. Antes de dejarlas caer, estuvo un momento con el brazo extendido, contemplando su mano y los dos sobres. Se daba cuenta de la importancia que tenía ese instante en que sus dedos iban a perder su contacto con el papel. Y era curioso pensar que con ese gesto iniciaba una serie de hechos que no dejarían de suceder, pero que se desarrollarían en un tiempo en que ni ella ni Juan, las dos personas que las habían escrito, vivirían ya.

El último reparto era a las siete de la tarde. Dentro, pues, de una hora un cartero llevaría a su casa una de estas cartas. Vocearía el nombre desde el patio; bajaría a recogerla su madre, renegando de tener que volver a bajar y subir tantas escaleras. Llevaría el delantal de cocina, recogido en el talle por una de sus puntas, y esas zapatillas reventadas que arrastraba por toda la casa. ¿Habría sido hermosa alguna vez? Seguramente lo fué en su juventud, hace ya muchos años. Pensándolo, sintió una ternura que no sentía al verla tan gastada, tan mal vestida, sumida en los interminables quehaceres de la casa, sacrificándose por su marido y sus hijos, pero envileciendo su abnegación con sus reniegos, su mal humor, su fácil cólera. Para rechazar esa ternura, crispó sus nervios. Las cartas cayeron. Quedó todavía un momento parada, frente al buzón.

Juan la cogió del brazo. Caminaron hacia la parada del tranvía, en silencio. Angelines seguía pensando en la carta. Su madre miraría el sobre; como no sabe leer, no se daría cuenta de que era letra de su hija·

Guardaría la carta en el aparador de la cocina. Seguramente sería Enrique quien, antes de llegar padre, reconocería la letra. Su madre y él se mirarían sorprendidos. Un momento no sabrían qué hacer. Después, ante un gesto imperioso de madre, abriría el sobre y comenzaría a leer en voz alta. De pronto, se callaría. Sus ojos se inmovilizarían sobre el papel, agrandados por el susto; después, mirarían temerosos a su madre. No podría hablar, vacilando en la elección de palabras. Y su vacilación le llevaría a decir crudamente:

—Angelines se ha matado, se ha matado con ése.

«Los veo a los dos, bajo la luz, junto al fogón en el que estará empezando a cocerse la verdura de la cena. Madre con las manos cruzadas sobre el abultado vientre; Enrique, sosteniendo la carta: los dos en silencio, como si esas terribles palabras los hubiesen arrojado fuera del mundo, incapaces de reaccionar, de admitir que esa carta escrita por mí se había desprendido de mi vida para continuarla, en cierto modo, después de la muerte. Mi madre no querrá creérselo y hasta la hora de la cena estará pensando todas las fuertes palabras que me dirá cuando yo llegue. Pero claro está que no llegaré nunca y esas palabras se le enconarán dentro del alma y le resonarán en los oídos cuando duerma, las llevará en punta dentro de su corazón mientras viva. Tal día como hoy, todos los años alguien me nombrará a la hora de la cena. Padre jurará y todos quedarán callados un buen rato».

Estaban ya en el tranvía, de pie en la plataforma posterior, juntos sus cuerpos desde los pies a la cabeza, silenciosos entre los apretujados viajeros. Todas estas gentes iban de una parte a otra, hablaban en voz alta, reían como sintiéndose seguros en la vida. Otras parejas disfrutaban el forzado contacto, alegres de poderse arrullar en público. ¿Era posible que el amor existiese con esa facilidad, entre disimuladas caricias, entre palabras vulgares que se iluminaban súbitamente y adquirían un maravilloso y falso significado?

Para ella y para Juan, el amor era una llaga abierta, una sed abrasadora, un tremendo dolor incontenible. Y siendo la única razón de su existencia, se alzaba sobre la vida, la rechazaba, le negaba todo sentido. Sus familias no les dejaban quererse. A los diecisiete años ya llevaba dos de riñas familiares, de encierros en su habitación los días de fiesta, de humillaciones y de golpes. Desde que a los quince años se hizo novia de Juan había conocido, simultáneamente y por causa de su amor,

la más maravillosa alegría y el más desgarrador sufrimiento. Y casi igual le pasaba a Juan. Claro que a un chico no se le pega por estas cosas.

Su amor había ido creciendo. Había podido más que todo. Pero ahora sus padres habían decidido mandarla al pueblo, a casa de los tíos. En el pueblo, las mozas van a buscar agua a una balsa que hay junto a la carretera. En verano, se retrasan allí, al anochecer, mientras los mozos mosconean a su alrededor. De niña le gustaba estar horas y horas junto a la balsa, mirando al agua. La única casa que había al lado se reflejaba perfectamente y Angelines estaba mirando su reflejo hasta que alguien se asomaba a una ventana. Parecía que viviese gente en el fondo de la balsa y que salían desde allí dentro para asomarse a la tierra seca. Pero no había que mirar a la casa de verdad, porque entonces todo era como siempre y no valía la pena.

En el agua había también cientos de bichos que estaban siempre nadando de un lado a otro con sus largas patitas. Si se les decía «tejedor, tejedor, pare uno, pare dos», tirando una piedrecita al agua, se veía cómo salía uno de dentro del otro o de encima. Por eso se podía estar tanto rato sentada junto a la balsa...

«¿Por qué estaré pensando en estas tonterías? No debería pensar más que en mi muerte. Dentro de una hora, quizá menos, ya no viviré. En eso es en lo que tengo que pensar. Pero no puedo, no puedo pensar que estaré muerta. No me doy cuenta de lo que es eso, de lo que significa estar yo muerta. No veré las cosas, no oiré las palabras, no podré tocar, como toco ahora, la barra del tranvía. Claro que tampoco tendré miedo a mi padre, ni aguantaré los insultos de mamá. *Antes que con ése, prefiero mil veces verte muerta.* ¿Me verá o acaso no encontrarán nuestros cuerpos? Madre gimoteará, secándose los ojos con el revés del delantal. Padre seguirá emborrachándose. Cuando está borracho se le ponen los ojos royos y aguanosos. Me gustaría saber cómo se ven las cosas y las caras con unos ojos así. Debo pensar en asuntos más serios. Juan me está mirando, pero no dice nada. ¿En qué pensará? Los hombres siempre parece que se dan más cuenta de lo que hacen. Y sus pensamientos, serán más importantes. Fué él quien primero pensó que no nos queda otra salida que morir juntos. En cuanto me lo dijo, vi que eso era lo que tenía que ocurrir. Juntos. Sí, vamos a estar para siempre juntos. ¡Cuánto lo quiero! ¿Podríamos haber llegado a ser él y yo como esa pareja que va sentada ahí con su niño? Me parece que el marido no piensa más que en el hijo, la mujer va como si estuviera de más. A mí no me qui-

tará nadie el cariño de Juan. Cuando estemos muertos ¿qué será eso del amor? Casi no lo sé bien ahora que estoy viva. Pero pronto acabará todo. Tengo ganas de acabar pronto, pronto, pronto...»

Juan había entregado a su novia las dos cartas, para que fuese ella quien las echase al buzón. Ni le había obligado a escribir la suya, ni le obligaba a echarlas. Angelines obraba libremente. Si quería, podía volverse atrás. Aunque la primera vez que se lo dijo había contestado que sí, le dejó cuatro días para pensarlo bien.

«Está dudando, tiene miedo, por eso se ha quedado así con la mano junto al buzón, sin soltar las cartas. Aun se va a echar a llorar en medio de la calle. No me extraña que tenga miedo, porque ella no se da cuenta de que después de todo es bien poca cosa lo que podíamos pedir a la vida. Aunque se vuelva atrás, yo lo haré de todos modos. Será peor y más difícil, pero lo haré. Se va a volver atrás, tiene miedo, está a punto de llorar. Ya las ha echado. Habrán caído juntas, pero pronto las separarán. A nosotros no podrán separarnos. Lo que quede, ya no seremos nosotros. Una vez vi sacar del río un ahogado. Estaba horrible y así estaremos Angelines y yo. Bueno, no es que estaremos, es que nos verán así. Resultará impresionante vernos muertos y abrazados. Dirán: *Qué jóvenes eran, pobrecitos, tenían toda la vida por delante.* Pero yo sé que lo que teníamos por delante era bien poca cosa. Esa pareja que va ahí, con su crío. Se les ve a los tres el hambre y él se deslomará trabajando. Siempre estarán de mal humor y el niño llorando y meándose por los rincones. Angelines y yo nos vamos a librar de todo eso. Es mejor así. Cuando bajemos del tranvía sólo faltarán unos minutos. Antes de lo último, debíamos de... Pero no hay que pensar en eso. Sería una cosa sucia e inútil. Es mejor acabar cuanto antes. No creo que haya nadie en la orilla del canal; lo peor sería que nos sacasen a medio ahogar. Hay que asegurarse bien. Desde que pensé en lo que vamos a hacer, no se me ha quitado un momento de la cabeza. Y no tengo ningún miedo. Morir no es nada. ¡Vaya lección que les vamos a dar a todos! Chillarán como ratas. Si nos hacen entierro, tendrá que ser a horas distintas, claro. Si no, aun se liarán a palos las dos familias. Una vez vi una riña de dos familias y hasta los críos se liaron a golpes. Eran gentes del barrio, pero parecía que se habían vuelto gitanos. Si yo tuviera madre, puede que me diese mucha pena morir. No me gustaría hacerle llorar a mi madre. Pero a lo mejor me daba igual. Angelines tiene y no le importa. Bien empleado le estará a la vieja, que es quien más culpa tiene. Sus vecinas

la pondrán de vuelta y media, porque siempre se sabrá algo de lo de las cartas. Y la gente se pondráa nuestro favor; es lo que pasa siempre con los muertos. Ese hombre de la bicicleta parece que va a escupir los pulmones. ¿Pasará mañana a esta misma hora por aquí? Que pase o no, a mí no me importa nada. Unos irán y otros vendrán, pero yo no tendré ya que ver con nadie. Van tan tranquilos todos, como si no se tuvieran que morir también. Todos iguales, amigo, todos iguales. Ya puedes pedalear de firme, que no te escaparás. Por eso me gustó pensar en lo que vamos a hacer. Es una suerte que Angelines pensase lo mismo. Dentro de un rato, liquidado el asunto. Y nadie se habrá salido con la suya. Ni siquiera nosotros...»

El tranvía llegó a la parada final. Iba ya casi vacío; sólo algunos obreros que vivían en las parcelas del otro lado del canal. Las parejas de novios habían bajado en la entrada del parque. Juan y Angelines pensaron, viéndolos, en las muchas veces que ellos siguieron esa misma ruta propicia. Pero todo eso quedaba más atrás en el tiempo que en el espacio, como si les hubiese pasado hacía más años de los que tenían.

Torcieron a la izquierda. Poco más lejos comenzaba el campo. Cruzaron un ribazo y empezaron a subir la colina; en la ladera estaba el canal. Desde la cima podían ver a un lado la ciudad, que comenzaba a encender sus luces, y al otro la estrecha franja de agua. Siguieron caminando, en silencio, muy juntos, enlazándose ambos por el talle, cogidas también las otras manos.

La muchacha se soltó y cogió una ramita de tomillo en flor; la olió ávidamente y se la hizo oler a su novio. Después la tiró y volvieron a cogerse del talle.

«He tirado esa ramita, pero mejor hubiera sido volverla a oler. Es la última vez que disfruto de algo. Luego, ya no habrá flores ni habrá nada. Después de todo, no se pierde gran cosa. A mi madre le ha debido de quedar muy poco tiempo para andarse con flores y cosas así. Te quiero, Juan, te quiero, pero ahora ya no hace falta decírtelo. Ya vamos a llegar. ¿Qué va a pasar, Dios mío? Pero no se piensa en eso, no se piensa, no se piensa...»

Descendían la colina. Dentro de pocos minutos estarían ya junto al canal. Juan recordó que aquella mañana había comprado por primera vez en su vida un paquete de tabaco rubio. Casi no le quedaban ya

cigarrillos. Era estupendo lo buenos que eran y no tener que hacerlos. Sacó uno. Se detuvo un momento para encenderlo, mientras Angelines cogía una rama de tomillo. Se acordó, de pronto, de que siempre había oído decir que a los condenados a muerte les daban un cigarrillo. El último regalo de la vida, tan insignificante como la vida misma. El último pitillo. También Angelines iba a lo mismo que él. Justo es que tuviese su cigarrillo. Se lo ofreció, sin pensar que nunca había fumado y lo pensó al mismo tiempo que se sorprendió de que lo aceptase. ¿Acaso ella iba pensando en lo mismo? Le dió fuego y la muchacha empezó a toser.

«Pobrecilla, este humo tan suave le hace toser. Peor será luego. Sí, mucho peor. Yo debía matarla antes para que no padezca tanto. Pero sé que para eso no tendría valor. Seguro que no. Además pensarían luego que la había matado sin su consentimiento. Es natural. Y lo que hace falta es que nos matemos juntos, abrazados, que vean bien que nos matamos porque nos queremos más que a todo. Ojalá lo hubiésemos hecho ya. ¿Tendrá miedo Angelines? ¿Tengo miedo yo? Mejor es no pensar en nada, no pensar...»

Inconscientemente sus pasos se fueron haciendo más lentos. En este instante, toda la injusticia, toda la incomprensión del mundo, toda la mezquindad de la vida, gravitaban sobre los dos jóvenes. Y sin embargo no había en ellos ningún gesto de rebeldía. Ni siquiera tenían miedo. Habían planeado tan minuciosamente lo que iban a hacer, que en sus pensamientos era casi como si lo hubiesen hecho ya.

En la orilla, al borde mismo, se detuvieron. La soledad del campo tenía una grandeza abrumadora. Era un atardecer hermoso para todo, incluso para morir. Se besaron con la misma pasión de siempre, sin ansia ni amargura. Abrazada a su novio, la muchacha notó que él andaba en raros manejos y sintió una fuerte opresión en su cintura. Entonces recordó que habían decidido echarse atados, para que la corriente no los separase. Ya estaban enlazados por una fuerte cuerda. Nadie los podría separar. En una tarde como ésta, bajo esta indecisa luz y este silencio, era hermoso morir por amor. El amor podía más que la vida y más que la misma muerte. «¡Perdóname, Dios mío!», pensó la muchacha en el mismo instante en que se sintió lanzada al agua.

Los encontraron dos días más tarde, aguas abajo, ante el rastrillo de un molino. Más de un cadáver habían sacado ya de aquel sitio, pero

nunca sintieron una impresión tan fuerte, tan desoladora, como al ver estos dos ahogados, casi unos niños.

Los dos cuerpos, atados, cobraban una trágica grandeza. Verlos tan jóvenes era algo que hacía rechinar los dientes y maldecir de todo. En estos dos cadáveres que una cuerda mantenía unidos por la cintura, había algo extraño, confuso, que despertaba hasta en los hombres un sagrado pudor. Era como si algo vivo, pero misterioso e inaprehensible, quedase todavía en ellos. Fué eso lo que hizo a la molinera cubrirlos con una vieja manta, apenas los sacaron del agua.

Resultaba fácil comprender que se habían matado por amor. Se hablaría durante mucho tiempo de estos enamorados, y muchas gentes, bien arrellanadas en la vida, darían gusto a su sensiblería, evocando al amor vencedor de la muerte. Pero los que tuvieron que acercarse más a los novios ahogados—el juez, el forense...—pudieron ver que sus rostros, sus cuellos, sus manos, estaban marcados por terribles mordiscos y arañazos. Un mechón de pelo de la muchacha estaba casi arrancado, sujeto sólo por un trozo de piel desgarrada.

Era horrible pensar que habían muerto odiándose, lanzados ferozmente el uno contra el otro por las hondas raíces de la vida. Era angustioso pensar que todo había sido inútil, que si la vida careció de sentido para ellos, mucho más sin sentido se les habría aparecido la muerte en su última y también inútil consciencia.

La luz de otro atardecer de octubre se velaba sobre las orillas del canal. Lejos, hacia los viñedos, cantaba un hombre. Su canción, cuyas palabras no se entendían, parecía tan elemental y tan antigua como la canción del agua entre la tierra y bajo el cielo. El silencio se hizo después más hondo y parecía pesar sobre el campo como los nubarrones bajos de una mala tormenta.

INFORMACIÓN CULTURAL

Los castillos de Novales y Argabieso.

Conocida es la riqueza monumental de España y las disposiciones dictadas para conservarla, estimulando el celo de las Diputaciones y Ayuntamientos. Por lo que respecta a los monumentos altoaragoneses, se hace preciso, en primer lugar, la formación de un minucioso fichero artístico y monumental, que debe mantenerse al día y ser lo más completo posible. La formación de esto fichero debe hacerse con todo esmero y cuidado, sin prisas, pero con exactitud y seguridad.

Como contribución a esta obra que el I. E. O. se propone llevar a cabo, doy, a continuación, unos datos sobre dos castillos altoaragoneses, no bien conocidos, Novales y Argabieso, sin perjuicio de hacerlo con más amplitud en otra ocasión.

Dentro de la teoría de fortalezas altoaragonesas, el castillo de Novales ofrece cierto interés. En la Edad Media, a principios del siglo XII, tuvo importancia como posición avanzada frente a la musulmana Piracés. Era su señor, a la sazón, Fortún Garcés de Valle, que lo era también de Argabieso, Pueyo y Usón (Ubieto, *Colección Diplomática de Pedro I*, 269). Conquistada Piracés, siguió conservando su importancia, dada su posición clave en un cruce de caminos. Durante toda la Edad Media tuvo mayoría de población morisca.

En 1451, el 29 de agosto, micer Luis de Santángel, señor de Novales, contrataba con Miguel de Arnialde la obra de un azud en el río Guatizalema, en término de Pueyo, y el primer tramo de la correspondiente acequia. Además, se obligaba a terminar una torre de piedra «que está en el cantón del castillo... enta la part del forno e la muralla que es entre la dicta torre e otra torreta que esta en la dicta muralla que es entre la dicta torreta nueva e la torre mastra que esta en la dicta muralla es a saber derrocando de la dicta torre del canton todo lo que es de tierra en aquella, e levantando aquella por forma que todo sia de piedra picada machacolada, con antipeytos». El precio convenido era de 5.100 sueldos (A. H. P., prot. 250, fol. 110).

Otra capitulación, ésta de 1550, entre Juan de Gurrea, señor de

Argabieso y maestre Pedro Aguinayaga, cantero, residente en Bolea, que había tomado parte, sin duda, en las obras de aquella Colegiata, menciona el castillo de Argabieso, señorío de los Gurrea, poblado por moriscos. Se refiere, indudablemente, al palacio de aquella noble familia, heredado más tarde por los duques de Solferino, todavía subsistente. El maestro se obligaba a construir una pared de piedra picada en sustitución de la que había, pared que recibiría los ventanajes del mirador que tendría su antepecho «como agora está» (A. H. P., prot. 678 fol. 175).—*Federico Balaguer.*

Don Pedro Arnal Cavero, deja el Magisterio.

La actualidad aragonesa registró, días pasados, la noticia de la jubilación de don Pedro Arnal Cavero en el ejercicio de la enseñanza oficial, con una porfía entrañable en glosar efusivamente la efemérides al sincronizarla con el homenaje que la Junta Municipal de Enseñanza Primaria, de Zaragoza, se aprestaba a rendirle.

Tan destacada personalidad pedagógica, de indiscutible prestigio social, no precisa de loas ni ditirambos por ser sobradamente familiar en los medios culturales aragoneses. Prototipo de insobornable vocación, terminó muy joven la carrera con brillantez, y opositó luego a Graduadas en Zaragoza con éxito que prosiguió ininterrumpido durante cuarenta años desde el grupo de la plazuela de Santa Marta al paseo de María Agustín.

Su misión docente, matizada de un profundo sentido de modernidad que, hermanado con un acusado contenido social, caló medularmente en las inteligencias juveniles, encontró eco en la ciudad hermana y valoración adecuada en la intimidad entrañable de los hogares beneficiarios de aquellos desvelos. Porque son numerosas las promociones escolares deudoras de gratitud al maestro ejemplar, que iluminó sus mentes con los destellos de la virtud, del patriotismo y del saber.

Lugar destacado merecen también sus singulares dotes para el desempeño de actividades culturales donde la palabra y la pluma, doctas y sugestivas, de Arnal Cavero conquistaron el favor de las selecciones inteligentes. Así, en múltiples ocasiones y en cátedras y tribunas diversas, a veces improvisadas en insospechados enclaves de la geografía aragonesa, laboró con enfervorecido entusiasmo en la extensión escolar y el

resurgimiento agrícola. Igualmente desde la prensa, con tono exacto y contenido humano, prosigue deleitándonos, día a día. Extrayendo «del ambiente y de la vida» unas veces primorosas consecuencias didácticas y describiendo otras, con plasticidad vigorosa, magistrales cuadros de tipismo rural que pueden hombrearse con los de nuestros clásicos regionales. Por algo la Institución «Fernando el Católico» ha publicado, en su sección de Folklore, la mejor producción de un género tan difícil como valioso.

Al felicitar, efusivamente, al amigo dilecto por la culminación de sus méritos, preciada ejecutoria de una vida ejemplar, nos asociamos gustosos al cariñoso tributo que se le rinde.—*S. A.*

Actividades culturales de la Sección Femenina.

Durante los meses de enero y febrero pasados, el departamento de Formación de la Delegación Provincial de la Sección Femenina organizó un ciclo de conferencias cuya apertura fué el 8 de enero, en el Teatro Principal, con la intervención de la delegada local de este Servicio en Huesca, señorita Carmen Buil, quien destacó la importancia de los temas a desarrollar, la inquietud de la Sección Femenina por mejorar el nivel cultural de sus afiliadas y la personalidad científica de los oradores, haciendo la presentación del primero de ellos, don Ricardo del Arco, sobre cuyas tareas de investigación y actividad literaria hizo grandes elogios.

Seguidamente el ilustre académico y publicista de referencia disertó sobre *Castillos de nuestra provincia*, relatando con detalle los sucesos históricos que determinaron la erección de los mismos en puntos claves de la geografía altoaragonesa, y asociando a ellos el recuerdo de múltiples y pintorescos hechos gloriosos de que aquellas venerandas ruinas fueron escenarios. Así desfilaron ante el auditorio las leyendas y hechos de armas relacionados con las fortalezas de Loarre, Montearagón, Aínsa, Alquézar, Monzón, Benabarre, Benasque, etc., ligadas al resurgir del reino de Aragón y a las luchas medievales, dura prueba en la que se forjó el espíritu tenaz y virtuoso de nuestra estirpe.

Versó la segunda conferencia sobre el tema *Influencia de la mujer en las Ciencias*, que desarrolló don Ramón Martín Blesa, catedrático del Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», de Huesca. Trazó el orador la semblanza moral del alma femenina, para destacar luego a la

mujer como compañera del hombre, auxiliar en sus inquietudes científicas y colaboradora eficaz en sus empresas de investigación y cultura. Citó, documentadamente, la labor de destacadas figuras que abrieron nuevos cauces a la Ciencia con su entrega insobornable al servicio del bien, probando que la mujer puede alcanzar por estos derroteros una gloria similar a la del hombre y destruyendo ciertos conceptos antifeministas sobre su capacidad intelectual.

Azorín, maestro de juventudes, fué objeto de la disertación de la docta profesora de Literatura de nuestro primer centro docente, señorita María Dolores Cabré, que expuso brillantemente la semblanza de la personalidad literaria del ilustre maestro Martínez Ruiz, presentándolo como admirador entusiasta de la historia y costumbres aragonesas, protagonista de una serie de amenas anécdotas y figura universal del mundo literario con proyección mundial; destacó la devoción de las juventudes por la limpia y castiza prosa azoriniana que recuerda las páginas más primorosas de nuestros clásicos e hizo una poética alusión a las obras más representativas de nuestro ingenioso escritor.

El presidente del Instituto de Estudios Oscenses y delegado provincial de Educación, don Virgilio Valenzuela Foved, tuvo a su cargo la cuarta conferencia titulada *Damián Forment.* Documentadamente describió la vida y vocación del escultor levantino que ha dejado en nuestra provincia la obra cumbre de su cincel y el fruto más logrado de su inspiración renacentista con el retablo mayor de nuestro templo catedralicio, cuyos detalles analizó con rigor crítico. Se ocupó luego de los retablos de Barbastro y Binéfar, así como del renombrado del templo del Pilar y del de la parroquial de San Pablo, en Zaragoza, de los que expuso sus características y la evolución de los mismos en los elementos de las líneas góticas por los motivos plateresco, haciendo notar la influencia italiana en la obra total del maravilloso imaginero.

El reverendo don Mariano Alegre, profesor de Religión, se ocupó del tema *Liturgia sacrificial,* destacando la etimología del vocablo y su sentido actual expresivo del sacrificio incruento de la misa, conmemoración y recuerdo perenne del divino drama del Calvario, en el que se consumó la redención del linaje humano. Indicó la importancia que para la salvación de las almas posee la asistencia devota a la Santa Misa, por ser la manifestación litúrgica fundamental del catolicismo, refiriéndose luego al gran valor ascético de la Liturgia y a la participación que en ella tiene el pueblo como camino seguro y eficaz de perfección.

La clausura del ciclo, en el teatro Principal en el que se desarrolla-

ron las conferencias precedentes, se realizó el 10 de febrero, con la intervención del doctor don Miguel Dolç y Dolç, director del Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», sobre el tema *Aspectos de la toponimia altoaragonesa*, en la que subrayó el valor de esta rama de la investigación como auxiliar eficaz de la Historia y medio de conocer el paso sucesivo de las civilizaciones sobre el solar ibérico y la influencia de los elementos lingüísticos en la denominación de los núcleos urbanos. Así en nuestra provincia señaló la penetración de las raíces vascas estudiando los diversos sufijos que perduran en la nomenclatura de multitud de pueblos altoaragoneses, lo mismo que el recuerdo de las dominaciones romana y arábiga que dejaron numerosos topónimos en la geografía provincial. Consiguió con su documentada lección trazar un estudio exacto sobre nuestra toponimia, por lo cual conocemos variados aspectos lingüísticos, económicos, sociales e históricos de la antigüedad.—*Santiago Broto.*

Exposición de pintura de María Antonia Aguiló.

En la sala «Peña Guara» y durante los días comprendidos entre el 15 y el 23 de marzo, presentó al público oscense una breve exposición de óleos la joven pintora balear María Antonia Aguiló. Componían la misma doce obras de variada temática, en las que se advertían las grandes posibilidades que concurren en aquélla para el cultivo de un arte que intensamente ama y domina, no sólo en la manifestación más frecuente de unos paisajes abiertos a la luz mediterránea, o en las sencillas composiciones de naturaleza muerta, sino adentrándose en la dificultosa técnica del retrato.

En el paisaje expuso seis cuadros de típicos temas mallorquines, cuya pintura era de una maravillosa claridad. Su pincel, inspirado, lo dice todo sin dejar lugar a confusiones ni a interpretaciones descaminadas, y sabe despertar una emotiva y popular poesía a que tan aficionados son los admiradores de la naturaleza. En todos ellos, supo concretar, de forma prodigiosa, la visión campestre de su tierra natal, Mallorca, alternada con las luminosidades de sus playas, henchidas de sinfonías azules enlazadas en los grises radiantes de sus arenas.

Idealizadas en su frescura multicolor, y como rodeadas de un halo perfumado y sutil, estaban representadas las flores en cuatro lienzos de esta excelente artista, en los que resaltaba plenamente su avance en la téc-

nica pictórica, superada ya la etapa inicial y perfilados sus estudios con ágil dominio del dibujo. Sus manos femeninas, tan habituadas al lenguaje polícromo de las rosas, han sabido captar con fina sensibilidad los más expresivos matices de una lozanía primaveral estéticamente armonizada.

El gusto en la composición y el sentimiento del color daban relieve a su lienzo representativo del bodegón, con un juego de luces y sombras tan acertadamente combinados, que lo hacían sumamente agradable a la contemplación.

Pero lo más destacable en esta breve exhibición de María Antonia Aguiló, era el retrato, en el que se mostraba más completa, logrando calidades muy superiores y de mayor justeza. Denotaba la figura una especial preocupación de la pintora porque resaltara debidamente la espiritualidad en el bello rostro de la muchacha mallorquina, de suaves tonalidades levantinas, enmarcado de suave y típica expresividad.

Se aprecia que el verdadero camino vocacional de la artista es la figura y el retrato, para los que posee felices disposiciones, y esperamos que en otras manifestaciones sucesivas nos haga conocer más producciones de este género para apreciar justamente su valía y la alta consideración artística que su obra ha de merecernos, con toda seguridad.—*Salvador María de Ayerbe.*

Las letras aragonesas en el Canadá.

El correo nos trae la grata noticia de la magnífica labor españolista que, en la Universidad de Montreal, viene realizando un paisano nuestro con espíritu de servicio admirable en favor de la proyección exterior en la cultura nacional.

Se trata de Alfonso Carderera, lector de español en el mencionado centro docente, donde mantiene viva la llama del recuerdo a la Patria cuya misión ecuménica en las tierras americanas se atalaya, con imponderable grandeza, desde aquel dilatado país.

Haciendo honor a la gloriosa tradición familiar de amor a las ciencias y las artes, este joven profesor alecciona a una selecta promoción universitaria en el conocimiento de nuestras Lengua y Literatura, Arte e Historia. Y junto a los clásicos Cervantes, Quevedo, Lope y Tirso y a los modernos Azorín, Baroja, Ayala y Benavente no se olvida, tampoco, de resaltar los valores regionales aragoneses.

Porque también divulga en el Canadá las más bellas páginas de Cávia, López Allué, Matheu, García Mercadal, Llampayas, Pamplona Escudero, María Cruz Bescós y otros muchos.

Al felicitarle efusivamente por tan patriótica como meritoria, labor deseamos al señor Carderera una fecunda y dilatada serie de triunfos en su cátedra para bien de nuestras Letras.—*S. A.*

Ciclo de conferencias de lucha contra el cáncer.

Dado el abolengo científico y cultural que ha adquirido el Aula Magna del Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», desde el primer momento no vacilamos en solicitar tan prestigiado local para dar un ciclo de conferencias sobre el cáncer, y efectivamente su director, el doctor don Miguel Dolç, lejos de defraudarnos, nos procuró una organización perfecta y entusiasta, valioso complemento del éxito alcanzado. Las conferencias, organizadas por la Cruz Roja Española, Asamblea Provincial de Huesca, tuvieron lugar los días 2, 5, 7 y 9 de abril.

El día 2 de abril, a las 7,30 de la tarde, con las banderas nacional y de la Cruz Roja en sitio preferente, el ilustrísimo señor alcalde de la ciudad, don José Gil Cávez, que presidía el acto, declaró abierta la sesión, concediendo la palabra al ilustrísimo señor presidente-delegado de la Asamblea Provincial de la Cruz Roja, doctor Cardesa, quien en breves palabras justificó el ciclo de conferencias, manifestando su grata sorpresa por la colaboración tan generosa como inmediata encontrada en cuantos había citado para abordar la empresa que se iniciaba en aquellos momentos, exhortando a todos a continuar la lucha con optimismo ya que cada vez se diagnostican más cánceres pero también se curan más cancerosos.

Seguidamente, el doctor Dolç hizo la presentación del ilustre conferenciante doctor don Franco García Bragado, tan conocido por su ingente labor como cirujano, dando amenidad a su disertación, ya que al presentar al conferenciante con facetas de su infancia y escolaridad, todas ellas desconocidas por el selecto y copioso auditorio, fueron acogidas con el mayor agrado.

A continuación el orador desarrolló el tema *Cáncer en general y su tratamiento quirúrgico.* Comenzó diciendo que el problema del cáncer es más acuciante cada día, ya que las estadisticas acusan un aumento creciente de la morbilidad y mortalidad concerosas. Hace notar que, si bien hay un

aumento real por la mayor duración media de la vida que en tiempos pasados, hay un incremento aparente debido a los mejores medios de diagnóstico.

Describe el cáncer como una proliferación celular de crecimiento autónomo en la que el grado de autonomía condiciona el de malignidad: este crecimiento de cédulas neoformadas comprime y destruye los tejidos en que asienta; es una especie de autofagia del organismo cuyo misterio bioquímico queda por aclarar. Estas células anárquicas son transportadas por la sangre y la linfa a otros territorios, originando tumores hijos o «metástasis» que pueden a su vez dar nacimiento a otros brotes lejanos. La evolución es irregular, ya que unas veces el cáncer es mortal en semanas y otras dura decenas de años con largos períodos de quietud. El dolor es muchas veces síntoma tardío y debido a compresiones o reacción inflamatoria.

Expone seguidamente con algun detalle los trabajos realizados para investigar la causa o causas del cáncer. Se vió después de las experiencias de Hamau y Moreau que el cáncer injertado no es el espontáneo y que ningún dato válido para el uno lo era para el otro: Ehrlich, con su gran autoridad, dijo que trabajar en cáncer experimental era perder el tiempo.

Relata después las experiencias de Fibiger en 1913 que constituyeron una odisea científica. Por sus estudios en las ratas comprobó que un parásito nematodes que cumplía su ciclo larval en la Blatta Americana, especie de cucaracha, podía producir en el estómago de aquellos roedores masas papilomatosas que se transformaban en cáncer y originaban metástasis en las que no se encontraba el parásito. Fibiger, que fué premiado con grandes recompensas, murió por ironía del destino de cáncer gástrico. Pero experiencias posteriores del japonés Fujimaki demostraron que tumores análogos podían producirse con un régimen alimenticio carente de algunas vitaminas.

Trata a continuación de la herencia del cáncer de la que existen en el hombre pruebas irrefutables: relata los pacientes y metódicos trabajos de Slye, que llegó a estudiar y autopsiar cientos de miles de ratones, logrando obtener por sucesivos cruzamientos razas en las que el cáncer aparecía casi de un modo constante, y principalmente de localización mamaria, e hizo notar que en su producción era necesaria la hormona folicular. Bittner comprobó más tarde la existencia de un «agente lácteo» que, absorbido por el ratón en su lactancia, producía en su edad adulta un tumor canceroso.

Estudia después el papel de los hidrocarburos como productores del cáncer, citando los que sufren los niños deshollinadores en Inglaterra y algunos obreros de telares. Relata las experiencias de Yamagiwa e Itchikawa que lograron, pincelando durante meses la oreja del conejo con alquitrán, la aparición de un cáncer local, y las de otros experimentadores que con pincelaciones repetidas en regiones diferentes provocaron la aparición de cánceres pulmonares en razón de 60 ó 70 %. Fué labor de los químicos determinar por fraccionamiento del alquitrán que hidrocarburos son los cancerígenos y un paso gigante en este camino fué dado por Hieges y Mayneord que sustituyeron la larga prueba biológica por el análisis espectral y, a partir de 1932, se aislaron en estado de pureza los primeros hidrocarburos cancerígenos, resolviendo uno de los problemas más apasionantes de la biología moderna. Las búsquedas de los últimos años han demostrado que la acción cancerígena se extiende a otras sustancias químicas de estructura muy diferente.

Inicia el estudio de los virus como causa del cáncer describiendo el microscopio electrónico que ha hecho pasar los ultravirus de un mundo invisible a otro más concreto y tangible, el de la representación fotográfica directa: la más peculiar característica de estos microrganismos es que sólo se desarrollan en el seno de células vivas y parece ser que su penetración altera el metabolismo celular, de forma que en lugar de sintetizar su propia proteína normal sintetizan las del virus. Se ha logrado por inoculación de virus producir cánceres en aves y mamíferos. Parece verosímil que actúan, como otros agentes cancerígenos, produciendo mutaciones en las células afectadas que modifican permanentemente el ser y son transmisibles por herencia.

En la última parte de su conferencia trata con su autorizada opinión y dilatada experiencia de la cirugía del cáncer dejando aparte la terapéutica por las radiaciones. Habla de las dificultades diagnósticas que se presentan, no sólo en los cánceres profundos. Hace un cálido elogio de los cirujanos de fines del siglo XIX y primeros del XX que operaban contra el reloj y cuyas técnicas están todavía en vigor. La época actual con los nuevos procedimientos de anestesia, las transfusiones y los antibióticos permiten al cirujano llegar a territorios antes inaccesibles y practicar operaciones largas y mutilantes pero que en muchas ocasiones consiguen salvar una vida. Relata algunos casos de su práctica interesantes e instructivos. Para llegar a la mesa de operaciones, el criterio del cirujano ha de ser aceptado por el enfermo y en muchas ocasiones por sus familiares. Expone la conveniencia de no ocultar su enfermedad

al canceroso para poder operar más precozmente y obtener mayor supervivencia. Se lamenta de que con alguna frecuencia tiene que renunciar a operar enfermos cuyos parientes se niegan a dar sangre. El que muchos casos lleguen a ser inoperables, obedece en la mayoría de las ocasiones a ignorancia o pesimismo del enfermo o familiares, pero en otras a exámenes médicos incompletos: se cometen más errores por no mirar que por no saber. Cuidando de hacer reconocimientos minuciosos llegarán los enfermos al cirujano en condiciones de operabilidad y supervivencia: pero éste no debe temer, aun en casos de difícil éxito, poner en peligro su prestigio profesional o, por mejor decir, su estadística, ante la única posibilidad de salvar un enfermo. No sólo el público en general, ni siquiera la familia del enfermo, ve las preocupaciones, el trabajo y hasta el sacrificio que supone operar estos enfermos.

El día 5, la segunda sesión correspondió al doctor don José M.ª Borrell Ramón, profesor de las enfermeras de la Cruz Roja y ayudante del Dispensario Antituberculoso. El profesor del Instituto de Enseñanza Media don Angel Romo hizo la presentación del conferenciante a quien conoce desde su más tierna infancia, como condiscípulo suyo; con acierto dibujó las dotes de modestia, laboriosidad y prestigio que todos le concedemos.

El doctor Borrell desarrolló el tema *Cáncer de pulmón*. Con acertada minuciosidad expuso las posibles causas del mismo y sintomatología en sus diversos períodos, haciendo hincapié en el diagnóstico precoz, único medio actual de poder llegar a su curación. Conviene destacar en primer lugar la gran importancia del diagnóstico precoz en el estudio de un proceso de tanta transcendencia y actualidad como es el cáncer bronco-pulmonar: transcendencia derivada de la posibilidad de comenzar a considerar este proceso como curable, gracias a los avances de la cirugía torácica y de los medios de diagnóstico, siempre y cuando éste sea precoz y sea aún operable el caso; de actualidad enorme, por el aumento de los casos de cáncer bronco-pulmonar y de mortalidad en las estadísticas actuales, bien se trate de aumento tan sólo aparente por las mayores posibilidades del diagnóstico, bien real, por numerosas causas expuestas por tantos autores. Entre éstas conviene destacar algunas como la elevación del nivel medio de vida, con aumento por tanto del número de sujetos que alcanzan la edad propicia para la aparición del cáncer, los factores que las nuevas condiciones de vida nos deparan (humos industriales, productos de combustión de petróleo y derivados, etc.), y finalmente el tabaco.

Las dificultades del diagnóstico precoz estriban en la vaguedad e inespecifidad del cuadro clínico en sus comienzos y la necesidad de hacer un diagnóstico diferencial con muchos procesos de análoga sintomatología.

En términos generales puede decirse que el cáncer bronco-pulmonar primitivo comienza por los bronquios y, si éste es grueso, podrá mejor descifrarse la incógnita. Magníficos auxiliares nos serán la radioscopia, radiografía y broncoscopia; sin olvidarnos jamás de una historia clínica minuciosa y detallada.

La fase de generalización es rica en sintomatología y toda ella, así como la sintomatología incipiente, fué tratada con pericia y competencia por el ilustre conferenciante.

El día 7, el inspector provincial de Sanidad, doctor don Rafael Garbayo Arieztegui, pronunció su conferencia sobre *El cáncer como problema social*. La presentación correspondió al catedrático de Física y Química de este Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», don Ramón Martín Blesa. Con originalidad describe la finalidad de las presentaciones en estos actos, dando a conocer la faceta americana, cuando el orador por su gran solvencia no precisa tal presentación, como en este caso concreto.

El conferenciante enfocó el problema del cáncer desde un punto de vista lejano para dar una visión de conjunto del panorama que ofrece la humanidad en su lucha contra una multitud de calamidades, una de las cuales es el cáncer, enfermedad tan antigua como la propia historia del hombre.

El aumento que se observa de la enfermedad en las últimas décadas, es debido principalmente a la modificación de las causas de mortalidad. En estos años la mortalidad infantil arrebataba cien mil vidas de niños antes de cumplir el primer año; las enfermedades eruptivas ocasionaban otras 30.000 defunciones; la tuberculosis y neumonías, con 45.000 muertes, se han logrado atacar de una manera tan eficaz, que el promedio de vida normal, que en 1920 era de 34 años, ahora es de 62. Al llegar a la edad adulta tres veces más de personas que entonces, es natural que sus causas de muerte sean las de enfermedades de madurez y vejez y que muchas de ellas, que debieron morir y no murieron de enfermedades infantiles, ahora mueran de cáncer.

Los datos del Instituto Nacional de Estadística del año 1950 indican que la primera causa de mortalidad en España es la de enfermedades

de corazón y vaculares, que producen cerca de 100.000 defunciones; la segunda causa, las infecciosas, especialmente la tuberculosis, con 39.000; la tercera, las enfermedades respiratorias, con 37.000; la cuarta, las enfermedades de aparato digestivo sin tumores, con 27.000, y, por fin, la quinta causa de mortalidad es la producida por los tumores, con 24.000. El total de defunciones por todas las causas ese año fué de 301.000. Por los datos anteriores vemos que es más fácil morir de una cardiopatía, de tuberculosis, de una enfermedad respiratoria o de una digestiva, antes que de un cáncer. Y si comparamos sólo las causas en la edad madura, por cada defunción por tumores ocurren cuatro por afecciones cardio-vasculares.

La dificultad que presenta una lucha social de tipo estatal, estriba en no conocer la causa de la enfermedad ni los procedimientos para evitar su aparición o desarrollo. Todas las teorías etiológicas, como la infecciosa, de ultravirus o las sustancias cancerígenas, no terminan de explicar todos los fenómenos que ocurren en los tumores y hasta ahora no pasan de ser teorías.

Hasta el momento presente, la labor sanitaria social se enfoca hacia enfermedades que, bien por el número de casos que presentaba o por la duración del proceso que ocasionaba pérdidas cuantiosas en la economía nacional, tenían esa atención preferente. Tal ocurría en la lucha antituberculosa, en la venérea, en puericultura y en las infecciosas agudas, pero al irse venciendo todas ellas, es cuando hay que dirigir la atención hacia otras nuevas que van aumentando y, entre éstas, la principal es el cáncer.

Desconociendo tantas cosas de los tumores malignos, no hay más procedimiento de lucha que el orientado hacia el diagnóstico precoz, para que el tratamiento lo sea también y el número de curaciones llegue por lo menos al 50 % de los diagnosticados, con lo que el éxito de la campaña justificaría plenamente su actuación.

Hay que confiar en que los ensayos de isotopos radiactivos, yodina 131, fósforo 32, sodia 24, lleguen a controlarse y servir no sólo para el diagnóstico de los primeros estadios de formación del tumor, sino como curativo, por la selección que al parecer tienen por las células tumorales en desarrollo inicial.

Conviene comenzar una campaña de divulgación sanitaria y de educación del público en la lucha contra el cáncer. Hoy que se disponen de enormes medios de difusión y la gente está en disposición de mantener una curiosidad para todo lo referente a medicina, debe apro-

vecharse y darle los consejos pertinentes para que acudan a especialistas desde los cuarenta o cincuenta años, de una manera periódica y siempre que se noten la menor molestia, en la seguridad de que acudiendo a tiempo la curación es mucho más fácil.

No hay duda de que el tesón de los investigadores ha de dar prontamente un fruto en esta lucha que se inicia. Y el día en que la ciencia médica con la ayuda de Dios logre que las causas de mortalidad se reduzcan a unas pocas y todas ellas seniles, ese día señalará el triunfo de la Medicina Social.

El día 9 pronunció la conferencia de clausura el profesor de Patología Médica de la Universidad de Zaragoza doctor don Enrique de la Figuera y de Benito, versando sobre *El origen del cáncer y su relación con la historia de la medicina*. La presentación del conferenciante corrió a cargo del presidente de esta Cruz Roja, doctor Cardesa, quien, como amigo, habló del niño, del adolescente y del adulto, ejemplar en todas sus facetas; tanto trabajo y buena conducta fueron premiados con la cátedra, ingreso en la Real Academia y gran estimación social y profesional entre otras cosas.

Comienza el profesor La Figuera su tema con la historia del cáncer. Aunque éste se conoce desde los tiempos de los persas, es Hipócrates el primero que hace referencia a las tumuraciones, iniciando la teoría de los cuatro humores. Puede decirse que de tan antiguas concepciones aún nos ha quedado la exploración por los cinco sentidos heredándose normas deontológicas que jamás se deberán olvidar. Refiere como interesante anécdota de tan lejanos conocimientos la cita que hace Heródoto respecto a la intervención cautecirante llevada a cabo por un médico griego en la persona de la esposa de Darío, aquejada de tumor maligno. Hipócrates, Celsio, Plinio y Galeno recogen el saber de la época admitiendo la intervención en los tumores, a los que ellos llaman bilis negra.

Las anteriores teorías se propagan a través de los bizantinos, de las comunidades religiosas y de los árabes, destacando entre éstos Avicena y Averroes. Europa progresa, pero la medicina sigue estacionaria con las ideas hipocráticas y galénicas; sólo Paracelso las rechaza, esbozando la influencia químico-biológica. A éste siguen en sus trabajos Vesalio y Fabricio.

El descubrimiento de la circulación sanguínea, el microscopio y la adopción de métodos cartesianos dan lugar al nacimiento de la medicina científica. Malpighi y otros contemporáneos obtienen resultados expe-

rimentales, incluso con la inoculación; finalmente, los estudios de Pasteur y Koch parecen abrir el misterio del cáncer, enfocándolo hacia el campo bacteriológico.

Surge la teoría irritativa, publicando Müller una interesante monografía; Virchow y Cohnheim determinan que el cáncer se presenta principalmente en los tejidos que se necrosan con más frecuencia. Así se entra en la época actual, caracterizada por una perfecta técnica microscópica, un estudio científico-genético, una determinación del papel que juegan los gérmenes, virus y hormonas, junto con un avanzado estudio químico-biológico.

De interés fundamental es el conocimiento de las causas del cáncer, clima, edad, etc., considerándose totalmente falso el factor contagio. De forma sencilla y clara hace desfilar el conferenciante ante los oyentes las diversas teorías y estudios modernos: Mendel con sus descubrimientos genéticos y sus experiencias en ratones, unidos a los trabajos de observación en el hombre, culminando su investigación sobre probabilidades hereditarias de los gemelos univitelinos, que demuestran que este factor es prácticamente nulo. La teoría constitucional queda derrumbada por el cáncer de boca, laringe y labios; sigue a todo esto un detenido análisis sobre el porcentaje de la enfermedad y su relación con el tejido conjuntivo y epitelial, viéndose la influencia de las alteraciones de las hormonas, lo que resucita algo las lejanas teorías de Paracelso.

Se abre paso la tendencia a considerar la influencia del metabolismo, fijándose la importancia del colesterol en el cáncer de piel, quedando eliminada la influencia de la sífilis y del traumatismo. En este punto se refiere el conferenciante a la estadística hecha sobre futbolistas y sus lesiones.

Un factor importante es la alimentación, siendo también un peligro el emplear dióxido de torio en las investigaciones radiológico-hepáticas. Explica algunas particularidades interesantes del cáncer de esófago en el Japón, producido por comer arroz muy caliente, del que está libre la mujer porque ella come siempre después de servir al marido, y para entonces ya está el arroz frío.

Hace mención destacada del nocivo efecto del tabaco, cuyas propiedades cancerígenas están comprobadas. Numerosos caminos conducen al cáncer sin que se sepa la razón de que unas células normales se vuelvan repentinamente anárquicas. Se extiende el conferenciante en interesantísimas consideraciones, citando experiencias, entre ellas las hechas para producir artificialmente leucemia y sarcoma en las gallinas;

comparando lo que sucede en las células cancerosas con una familia que marcha armónicamente hasta que descarría uno de sus miembros, repentinamente. Termina diciendo que hay que mirar al cáncer con optimismo, confiando en que uno de los mejores medios de lucha es el diagnóstico precoz, merced al cual puede detenerse el curso de la enfermedad.

El profesor La Figuera, en todo momento de su brillante disertación, demostró plenamente ser el catedrático, aleccionando al auditorio con claridad, precisión y orden y, a mayor abundamiento, terminó haciendo un resumen con las pertinentes conclusiones.

La clausura correspondió al excelentísimo señor don Miguel Sancho Izquierdo, rector magnífico de la Universidad de Zaragoza, quien elocuentemente cerró el ciclo con gran brillo y esplendor.—*A. Cardesa.*

Miguel Dolç, premio Bonay.

Nuestro ilustre director, el crítico y poeta doctor Miguel Dolç, que ya en enero actuó, solicitado por el Ayuntamiento de la ciudad Condal, como jurado en los premios Ciudad de Barcelona, acaba de ser galardonado por el Institut d'Estudis Catalans con el importante premio Bonay que este año se otorgaba por vez primera. Miguel Dolç ha merecido el premio por un sugestivo e interesante estudio que lleva por título *El color en la poesia de Miquel Costa i Llobera*, que además reúne el mérito de glosar un aspecto estilístico de una figura básica de las letras mallorquinas y catalanas que en el presente año se ve honrada con motivo del centenario de su nacimiento. Este trabajo, según el informe presentado por la ponencia al Institut, «analiza las menciones cromáticas de todas las poesías catalanas del gran escritor mallorquín, estudiando, en tres capítulos, los colores mencionados por él, las formaciones de su léxico cromático y la influencia del color en el estilo del poeta. El estudio, que se ajusta a los métodos más rigurosos de la estilística y confina, en ciertos momentos, con los de la estadística y las matemáticas aplicadas, revela una fina intuición crítica y un profundo conocimiento de las literaturas clásicas y modernas».

La solemne entrega del premio tuvo lugar en Barcelona el día 23 de abril, fiesta de san Jorge. En el acto, por otro lado, corrió a cargo del doctor Dolç la conmemoración de Miguel Costa con un penetrante parlamento titulado *Una valoración poética de Miguel Costa y Llobera*. Al

día siguiente nuestro director presentó una comunicación sobre *La toponimia hispana de Marcial: estado de la cuestión*, a la Societat Catalana d'Estudis Històrics, que despertó un gran interés. Le felicitamos cariñosamente por los éxitos alcanzados.—*A. D.*

Sociedad Oscense de Conciertos.

En el trimestre enero-marzo de 1954, esta Sociedad ha ofrecido a sus socios cuatro sesiones musicales de la temporada 1953-1954. La primera, el día 14 de enero, corrió a cargo del Cuarteto Clásico de Radio Nacional de España, agrupación sobresaliente en el difícil género cuarteto de cuerda, que requiere absoluta compenetración y dicción clara y precisa, cualidades que si en la interpretación de toda música son indispensables, para las obras de cámara hay que acentuarlas y calibrarlas con meticulosidad. Los señores Fernández, Moreno de Haro, Arias y Baena nos dieron una ejecución fiel y sentida del cuarteto en *sol*, de Mozart, y el en *re menor*, obra póstuma, de Beethoven. En la tercera parte, fragmentos sueltos de Borodine, Mendelssohn, Tschaikowsky y Turina.

El día 5 de febrero actuaron el violinista valenciano Juan Alós y la pianista Carmen Alós. Es auténtico «virtuoso» del violín, que salva con soltura los pasajes más difíciles con dicción bastante precisa. El programa fué denso: Bach, Corelli, Couperin, Tartini y Paganini. A este célebre compositor y violinista dedicó la tercera parte del programa, donde más resaltó la calidad interpretativa.

El día 12 del mismo mes se presentó el Cuarteto Instrumental de París (violín, cello, flauta y piano). En el programa, salvo Bach, Haydn, Vivaldi, Teleman y Honnegger, los compositores eran franceses, desde Rameau y Couperin hasta Rivier e Ibert, en obras de conjunto y de lucimiento de cada uno de los profesores solistas. Es notable el flautista Puech.

El eminente pianista aragonés Luis Galve deleitó al auditorio, el día 30 de marzo, interpretando con soberbio matizado y brío y justeza, un vasto programa de autores clásicos, románticos y modernos, entre éstos Falla, Granados y Villalobos. La versión de la «Patética» beethoveniana fué del todo feliz y respetuosa. La «tesitura» vigorosa de este artista nuestro, internacional (su principal campo de actuación es Norteamérica) se inició en la «Toccata» en *mi mayor*, de

Bach, y culminó en los «Funerales», de Liszt, obteniendo en el piano efectos impresionantes. Y de propina, como si el programa fuese corto, obsequió con una rapsodia, de Lisz, y la gran Polonesa, de Chopin, autor éste de quien había interpretado exquisitamente tres piezas características.

Esta Sociedad sigue sin desmayo su camino lleno de éxitos. Tanto en la elección de intérpretes como de programas preside el acierto de su Junta de gobierno.—*Ricardo del Arco.*

Vicente Vallés ha obtenido cátedra de dibujo.

Con la vivísima satisfacción que el caso requiere, consignamos gustosamente en nuestra revista la grata noticia del triunfo de nuestro paisano, el joven artista oscense Vicente Vallés Valle, en Madrid.

En el curso de celebración de las últimas oposiciones a cátedras de dibujo de Institutos de Enseñanza Media, colocóse yá a la cabeza de sus compañeros desde la ejecución de los primeros ejercicios, por la pureza y corrección de líneas, acierto primoroso en la composición y perfecto dominio de la técnica y de la teoría. Culminantes en la realización temática de motivos paisajísticos y de figura, tomados del natural e interpretados adecuadamente, con suma rapidez además, y según estilo personalísimo dentro de las modernas tendencias plásticas. Consecuencia de lo cual fué su predominio extraordinario, cada vez más acentuado, hasta ascender en su promoción como el valor más auténtico, y lograr en porfiada competición el número uno de la misma.

Vicente Vallés Valle, que ha sido destinado a uno de los Institutos de Enseñanza Media de Barcelona, está recibiendo cariñosas felicitaciones por su triunfo, a las que nosotros unimos la nuestra muy cordial.—*S. A.*

†

D. SANTIAGO LUIS LALAGUNA RAYON

Consejero numerario del Instituto de Estudios Oscenses

En los últimos días del pasado año, falleció en nuestra ciudad un amigo muy querido, don Santiago Luis Lalaguna Rayón, consejero numerario del Instituto de Estudios Oscenses, en cuya entidad ostentaba la representación del Excmo. Ayuntamiento de Huesca.

Su pérdida llenó de pesar al elevado número de amistades que en nuestra capital tenía, pues, hombre dotado de los preciados dones de la simpatía y la caballerosidad, su distinguido trato era deseado por personas de toda condición social. Infatigable por el bien del prójimo, su vida es una estela de laboriosidad que ha de perdurar en el recuerdo y en el afecto de cuantos, tan dolorosamente, sentimos su ausencia. Su nombre será acicate y estímulo para los que hayan de sustituirle en la afanosa tarea de la Secretaría de la Delegación de Trabajo, en el puesto rector de la Hermandad de Labradores y Ganaderos y en la Corporación Municipal—de la que formaba parte como concejal—, cargos en los que dejó una serie efectiva de fructíferas realizaciones.

Cuantos componemos el Instituto de Estudios Oscenses conocimos su entusiasmo por las actividades culturales, movido siempre por un inquieto afán de superación y un cariño entrañable a su provincia. Admirables cualidades que le ganaron nuestra mejor consideración. Descanse en paz.—*S. B. A.*

BIBLIOGRAFIA

DOLÇ, MIGUEL: *Hispania y Marcial. Contribución al conocimiento de la España Antigua.* Barcelona, 1953. 272 págs.

En mayo de 1950, Miguel Dolç leía su tesis doctoral y obtenía en diciembre de aquel mismo año el premio extraordinario de Doctorado. El asunto era sumamente interesante y además muy aragonés: España y Marcial. Ahora la Escuela de Filología de Barcelona, afecta al Consejo de Investigaciones, acaba de publicar esta tesis en un volumen, pulcramente editado.

La sugestiva figura de Marcial ha suscitado, en España y en el extranjero, una abundante bibliografía, pero toda ella fragmentaria, dedicada a aspectos parciales, sin que hasta ahora existiese un estudio total que iluminase los múltiples problemas que suscita la lectura de los textos del gran poeta, acaso porque la empresa, realmente ardua, aparecía llena de dificultades. Realizar un estudio metódico de los textos de Marcial que permitiese, aprovechando los datos suministrados por la Historia y la Arqueología, reconstruir la vida hispanorromana en la Celtiberia, valorar aquéllos a la luz de los actuales conocimientos y conseguir mediante las nuevas aportaciones de la Filología la solución de viejas cuestiones era una labor que requería especialísima preparación y vocación hondamente sentida. Y esta es la tarea que Miguel Dolç, gracias a su sólida erudición, a su saber humanístico y a su amplia cultura, ha logrado llevar a feliz término.

La obra de Marcial atesora un acrisolado sentimiento de romanidad, pero ello no es obstáculo para que los afectos más íntimos del poeta se abran hacia Hispania, hacia su patria bilbilitana. En sus epigramas alienta la tierra española en toda su amplitud geográfica y con la destacada personalidad que le confieren sus energías vitales; por vez primera surge la expresión *nostra Hispania* y vemos nacer el sentimiento de la patria hispana. Con perspicaz agudeza, el autor examina el concepto de lo hispano en la obra de Marcial, estudiando los sectores geográficos mencionados en su recorrido poético; Dolç nos da la visión de la *Hispania* que conoció Marcial con sus glorias y sus recuerdos. Pero además, el fervor hispánico del epigramista se trasluce en sus abundantes menciones de conciudadanos; emperadores y filósofos, poetas como Lucano, doctos como Séneca, amigos y protectores forman una abigarrada galería de personajes que la erudición del doctor Dolç nos va dando a conocer en sus relaciones con el poeta.

Los últimos capítulos, los de mayor densidad, están dedicados a la hosca y ruda tierra de Marcial, a la Celtiberia nativa. Precisamente, su amor a Bílbilis y su admiración hacia Roma forman la robusta dualidad espiritual del poeta. Pero la Celtiberia ha desempeñado en la antigüedad el papel de núcleo cohesivo, idéntico al de Castilla en la España de los Austria; de aquí el interés del estudio que Dolç hace de esta región. Previamente, el autor ha revisado todo lo escrito hasta el presente sobre la comarca bilbilitana y ha investigado tenazmente en archivos y bibliotecas en busca de noticias inéditas. De esta forma ha logrado realizar una reconstrucción histórica de amplias perspectivas, exacta, como basada en datos de rigurosa certeza, y bellamente sugestiva, dada la profundidad de ideas desarrolladas y la perspicacia de las observaciones con que pone de relieve los rasgos esenciales de la vida en la Celtiberia. Fundándose en los textos de Marcial, traza, en cuadros animados y pintorescos, con vigorosas pinceladas, la plácida visión de aquel mundo rústico, bien amado del poeta.

Por último, Miguel Dolç acomete la difícil empresa del estudio lingüístico de los topónimos mencionados por Marcial, los *nomina duriora* de áspera resonancia. Recuerdo que Giménez Soler se lamentaba, más de una vez, de la falta de un estudio adecuado sobre estos topónimos. La empresa ha tentado a muchos, pero las enormes dificultades con que el estudioso tenía que enfrentarse enfriaban el entusiasmo más cálido. Y es en este terreno, difícil y resbaladizo, donde Dolç obtiene un éxito indiscutible. Si a todo lo largo de su tesis, el autor se vale de una abundantísima bibliografía, en esta última parte, el trabajo bibliográfico es realmente abrumador y exhaustivo; no hay opinión que no recoja ni autor que no mencione.

En fin, esta tesis es no solamente la obra más completa sobre los textos del poeta bilbilitano, en cuanto a su valor como pieza histórico-documental, sino, también, uno de los mejores estudios sobre la *Hispania* en los primeros siglos del Imperio. Yo estoy seguro de que en la perspectiva histórica de la investigación regional relativa al período romano, este libro marcará un hito; hay en él un impulso poético, un hálito creador que influirá, indudablemente, en la renovación de los estudios latinos en Aragón.—*Federico Balaguer.*

ALVAR, MANUEL: *El dialecto aragonés*. Madrid, Editorial Gredos, 1953. 403 págs.

No vacilamos en afirmar que esta obra del profesor Alvar, catedrático de la Universidad de Granada, señalará una huella indeleble en el campo de la lingüística románica. Quien tenga presentes diversos trabajos suyos que con anterioridad dedicó al estudio de la dialectología aragonesa (algunos de ellos publicados en esta misma revista), reconocerá que él era sin duda el más indicado para llevar a término la difícil empresa. Hablar de rigor científico y de perfecta sistematización resultaría ahora innecesario para quien conozca la seria y sólida personalidad del joven profesor.

La obra, de la cual aquí sólo pretendemos dar una noticia breve y objetiva, comprende tres grandes apartados, titulados «La Edad Media y el dialecto», «Textos y documentos dialectales» y «Evolución histórica del dialecto». El primero sirve de riquísimo pórtico a la arquitectura de la obra: se estudian en él las regiones aragonesas y la Reconquista, las grafías, el latín popular aragonés y la onomástica personal en los documentos. El simple anuncio de estos temas acusa un mundo complejo de factores históricos, geográficos, humanos y lingüísticos: sólo indagándolo profundamente ha podido Alvar determinar las diferencias lingüísticas y precisar hasta qué punto hay una continuidad entre lo que de la Edad Media conocemos y los materiales que suministran los dialectos de hoy.

Entre las colecciones de documentos dialectales analiza los archivos, los textos y la literatura aragonesa, ésta a partir del siglo XIII hasta nuestros días. Exhaustivo, como este análisis, debe de ser el de los estudios sobre el aragonés, con el cual nos ofrece el mejor guión bibliográfico, sabiamente razonado, de la dialectología aragonesa. Un esquema de lo hecho desde 1947 completa su valioso cuadro, abarcando los estudios de conjunto, la historia lingüística, la fonética y la morfológica, la toponimia, las hablas vivas y la geografía lingüística, las ediciones y estudios de textos y la lexicografía.

La evolución y las características del aragonés ocupan el último apartado, que es, lógicamente, el más extenso. Fijadas previamente las fronteras del dialecto, estudia el autor su fonética, morfológica, sintaxis y léxico. Entre los capítulos que han llamado con más fuerza nuestra atención, debemos subrayar los dedicados al verbo y a los sufijos, así como a la exposición de los diversos elementos del léxico: elementos prerromanos, elementos comunes con las hablas galo-románicas; se mencionan también las relaciones entre el léxico aragonés y el catalán.

El libro concluye con una serie de utilísimos índices de localidades, de materias y de palabras, escrupulosamente clasificadas. Veinte mapas ilustran los diversos fenómenos lingüísticos. La obra, que lleva el núm. III de los «manuales» de la «Biblioteca románica hispánica», dirigida por Dámaso Alonso, será desde ahora indispensable para quien afronte cualquiera de los diversos aspectos de la lingüística aragonesa; en ella encontrará particularmente una luminosa ayuda el que se dedique a la investigación y explicación de la toponimia altoaragonesa, que ahora ya nos parece necesario emprender en sus diversas etapas. Sería, en efecto, inútil advertir que el alto Aragón ocupa un papel hegemónico casi en todas las páginas de este libro.—*Miguel Dolç.*

CHAMOSO LAMAS, MANUEL: *Las pinturas de las bóvedas del convento de la Mantería de Zaragoza.*—TORRALBA SORIANO, FEDERICO-B.: *La villa de Monterde y sus retablos.*—ID.: *Los tapices de Zaragoza: piezas góticas de la colección del Cabildo.* «Cuadernos de arte aragonés», núms. 4, 6 y 7. Zaragoza, 1953.—TORRALBA, FEDERICO: *Catedral de Tarazona.* Zaragoza, 1954.

La sección «Cuadernos de arte aragonés» de la Institución «Fernando el Católico», de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza, se ha enriquecido con tres nuevos títulos. El número 4 es *Las pinturas de las bóvedas del convento de la Mantería de Zaragoza*; su autor, Manuel Chamoso Lamas. En 1663, los Agustinos de Zaragoza comenzaron las obras del Colegio de su Orden, aprovechando unas casas sitas cerca del Coso, denominadas de la Mantería. Las obras terminaron en 1666. Del conjunto de construcciones sólo se conservan el templo y el claustro contiguo, el primero de gran severidad arquitectónica, de planta de cruz latina. En 1683 decoró las bóvedas con pinturas al temple el famoso Claudio Coello, discípulo de Rizi, con espléndida riqueza de efectos decorativos, que suplen con ventaja la carencia de ornamentación arquitectónica. El autor las estudia y las reproduce en veinte láminas.

El número 6 se titula *La villa de Monterde y sus retablos.* El profesor Federico B. Torralba examina el templo parroquial, con su torre mudéjar, y varias obras de arte que contiene, la principal el retablo mayor, de talla vigorosa estofada y policromada al final del siglo XVI. Mayor interés ofrece el retablo principal de la ermita de Nuestra Señora, acaso procedente del monasterio cisterciense de Piedra; de tablas pintadas al principio del siglo XV, con sugestiones de Luis Borrassá, Ramón de Mur (el maestro de Guimerá) y Cabrera, autor del ya famoso retablo de Arguis, hoy en el Museo del Prado. La imagen de la Virgen es talla de tipo popular, del siglo XIII o del XIV.

Del mismo Torralba Soriano es el fascículo 7, que trata de las piezas góticas de la colección de tapices del Cabildo Metropolitano de Zaragoza, conseguida por donaciones de diversos prelados, como Dalmau de Mur y Alonso de Aragón, a quien le fueron dados algunos tapices por su padre el Rey Católico. El autor examina brevemente—después de un preámbulo sobre el arte del tapiz—los diversos ejemplares conservados en la Seo zaragozana, de este período. El más antiguo es, quizás, un fragmento representativo de la escena de la Crucifixión, posible obra del siglo XIV, con resabios italianizantes y detalles iconográficos curiosos. El de las Naves, el primero de una serie de tres paños, que narraban la leyenda de Bruto, de Geofroy de Monmouht. La serie de la Pasión, de los grandes tapices donados por el citado prelado Dalmau de Mur, de dibujo elegante. La de la exaltación de la Santa Cruz, que se conserva completa en dos grandísimos paños, siguiendo en las «historias» la leyenda de Jacobo de Voragine, cuyo estilo guarda relación con los de la guerra de Troya, de la catedral de Zamora, tejidos en la segunda mitad del siglo XV. Los tres tapices de la reina Esther, de gran suntuosidad; y el tapiz de Jepté, acaso el más bello de los góticos de esta valiosa colección; hay

otro ejemplar del mismo tema, con ligeras variantes en el colorido. Antes de ahora todos han sido estudiados por Bertaux, Abizanda, Galindo y otros; pero este resumen crítico de Torralba contribuirá a la divulgación de tan interesante aspecto del arte ornamental suntuario en la época gótica. Acompaña veinte reproducciones.

En la serie monográfica «Monumentos de Aragón», el mismo autor ha escrito la de la catedral de Tarazona, utilizando datos documentales del que fué canónigo de aquélla don José María Sanz Artibucilla. Es una útil guía del celebrado monumento, abundante en retablos y sarcófagos del mejor momento. A la historia del templo sigue la descripción del mismo, tanto del exterior—su cimborrio es una réplica del de la Seo de Zaragoza, como el de la catedral de Teruel—como del interior, naves, capillas, coro, girola, claustro, más el tesoro, las obras de orfebrería y pinturas. El autor omite que la Custodia mayor la terminó el orfebre de Pamplona José Velázquez de Medrano, en 1596, antes de contratar la de la catedral de Huesca (1596-1601); de hermoso estilo clásico, con relieves del Cenáculo y otras escenas alusivas a la Eucaristía; el Nacimiento, la Transfiguración y la Resurrección, la coronación de la Virgen por la Santísima Trinidad y la estatuilla simbólica de la Eucaristía. Y omite asimismo que el magno busto-relicario de San Gaudioso lo labró el platero Andrés Marcuello. En la bibliografía echo de menos la referencia del discurso del discurso del mencionado Sanz Artibucilla sobre el orfebre Andrés Marcuello, y su artículo periodístico acerca de la obra de la Custodia mayor. La guía va ilustrada con 52 láminas según fotos de desigual nitidez.—*Ricardo del Arco.*

Recuerdo póstumo del ingeniero Excmo. Sr. D. Joaquín Cajal Lasala. Su vida y su obra. Madrid, 1952. 157 págs.

Para gran parte de la juventud oscense de hoy, esta publicación miscelánea en memoria de don Joaquín Cajal Lasala será—lo ha sido también para nosotros en algunos aspectos—una revelación. Cajal, ilustre ingeniero, genial proyectista, iniciador y creador de múltiples empresas, pasó su vida trabajando silenciosamente por el bienestar de Aragón y de su Huesca bien amada. Esta fué una de sus notas características, su amor apasionado, exaltado, por la ciudad natal. Lorenzo Pardo, condiscípulo suyo, ha dicho, y con razón, que «Cajal no hizo su carrera indeterminada y genéricamente, sin condiciones ni programa. La suya no fué la de ingeniero de Caminos, sino la de ingeniero de Obras Públicas de Huesca y para Huesca, no para Aragón, sino precisa y exclusivamente para Huesca». Y sin embargo, su obra ingente es casi desconocida de los oscenses, bien es verdad que, como ha dicho Menéndez Pidal, la antigua sentencia de que ningún profeta fué acepto en su tierra no tiene más excepción que la de las eminencias caseras, muy famosas, pero solamente en su pueblo. Por eso es un acierto la publicación de este volumen que, como se indica, apunta hacia el futuro y está dedicado especialmente a las jóvenes generaciones.

El libro lleva un prólogo de don Vicente Cajal y a lo largo de sus páginas se recogen juicios, artículos laudatorios y otros recuerdos del gran ingeniero y, sobre todo, se dan amplios extractos de los proyectos más importantes a él debidos. Son éstos el de los Grandes Riegos, pantano de Vadiello y ferrocarril Cantábrico-Mediterráneo. A través de las páginas que comentamos, aparece, con trazos firmes y claros, la trascendental tarea realizada por Cajal. Llevó a cabo además una gran labor al frente de la Jefatura de Obras Públicas de la provincia, proyectó y dirigió la construcción de varias carreteras altoaragonesas e intervino en numerosas empresas. A medida que transcurre el tiempo, mientras se va desvaneciendo el recuerdo de muchos personajes, su figura adquiere una proyección extraordinaria.

Esta publicación evoca medio siglo de la historia oscense, con sus ansias de nuevos

horizontes, sus esperanzas y sus inquietudes. El lector encontrará en sus páginas temas de honda meditación y una información de primer orden acerca de las obras públicas en nuestra región. El volumen está editado con esmero y va ilustrado con fotograbados y dos mapas, correctamente trazados.—*Federico Balaguer.*

RAMIS ALONSO, MIGUEL: *Don Miguel de Unamuno. Crisis y crítica.* Murcia, 1953. 314 págs.

Sin duda el presbítero mallorquín don Miguel Ramis Alonso gusta de enfrentarse con las figuras más discutidas, convertidas en banderas políticas, de la cultura española contemporánea. Reciente aún su estudio sobre Ortega y Gasset, que no contentó ni a unos ni a otros—prueba indirecta de su acierto—, ha emprendido la tarea de enjuiciar a Unamuno, no al de carne y hueso, sino al vivo, al que anda en manos de los lectores, con la voluntad de ser siempre exacto y comedido, aunque esto cueste tratándose de Unamuno. No entra, por tanto, el autor, modelo de sensatez y de persuasión, en la «polémica de intereses, de miras, de disparos de largo alcance», entablada en torno de la compleja figura. Miguel Ramis ha leído a Unamuno «en paz y gracia de Dios», sin prejuicios, y lo ha comentado con estricta honradez, considerándolo como «un valor intelectual español, que hay que estimar debidamente, a fin de que nos sirva de estímulo en sus aciertos y de escarmiento en sus engaños».

El estudio y comentario de innumerables aspectos del pensamiento de Unamuno están expuestos en setenta y tres capítulos, casi todos muy breves. Pero la brevedad armoniza aquí con una extraordinaria claridad y eficacia de síntesis, acusando en cada una de sus partes una inteligente manera de leer, de pensar y de escribir. El libro debe de haberse escrito capítulo a capítulo, día a día, no empezando el segundo sin releer el primero. Por ello el análisis de Ramis Alonso es a menudo de extensión microscópica. Baste citar como ejemplo los capítulos titulados «Miedo» o «No canonizar, ni quemar». Para conseguir estos resultados, que no implican un encumbramiento idolátrico de Unamuno ni su derrumbamiento bajo el peso de los errores o de las imprecisiones, el autor ha cotejado, frente a los escritos originales del Rector de Salamanca, los estudios de Oromí, Marías, Benítez, Ferrater y González Caminero, señalando su predilección por los dos primeros.

El libro va precedido de unos datos biobibliográficos, de gran utilidad para seguir el proceso de la personalidad ética y literaria de Unamuno. Finamente prologado por Adolfo Muñoz Alonso, lleva el núm. 4 de la colección «Aula de Ideas» de Murcia. En la bibliografía unamuniana ocupará sin duda un lugar relevante y personal, sin arrebatar seguramente el aplauso de los entusiastas y sin encantar a los detractores del genial escritor. Adolfo Muñoz lo prevé así en sus palabras liminares; no creo que su apreciación sea desmentida. Miguel Ramis habrá cumplido sabiamente su misión potenciando como debe la obra elegida.—*Miguel Dolç.*

BESCÓS, MARÍA CRUZ: *¡Que no se lo lleve el viento!* Librería General. Zaragoza, 1953. 190 págs.

Con garbo y resolución, temperamentales, irrumpe en el mundo literario una nueva escritora que se revela con acusada personalidad. Fruto cuajado de su fina formación humanística y cultural, según la tradición clásica tan diferente de las esporádicas intuiciones, autodidactas, de nuestros días. Claro está que, originaria de vieja estirpe altoaragonesa de doble abolengo aristocrático, por la sangre y la cultura, había de llevar

honrosamente hasta sus últimas consecuencias el preciado legado paterno, que recibiera desde la cuna. Así lo formula, tal vez sin pretenderlo, en las deliciosas páginas de su obra, esmaltadas de primorosos trabajos literarios que se leen con fruición.

Formada en un ambiente de selección, asidua lectora de los maestros universales, dotada de una sensibilidad refinada, María Cruz Bescós nos ofrece las primicias exquisitas de su arte sutil de narradora, en la obra cuyo título encabeza esta crítica. Su prosa, ágil y vivaz, su versatilidad descriptiva, su luminoso ingenio, actualizan las mejores páginas de «Silvio Kossti» cuya influencia rectora impregna, en parte, la producción de su heredera directa.

Constituye la obra una bellísima serie de preciosos artículos de varia índole que, independientes entre sí, centran todos y cada uno de ellos, no obstante, la atención del lector cautivándole, continuamente, merced al sostenido y diverso interés argumental que despiertan. Muy variados los lugares de acción, correlativamente asimismo sufren alteraciones las gamas y tonalidades paisajísticas que, siempre acertadas, adquieren vigorosos acentos de solemnidad ritual ante la imponderable grandeza de los macizos pirenaicos, con «la frente alta llena de aristas, y en la falda el opulento terciopelo verde de sus pinares». Mientras que el léxico, constantemente nutrido y selecto, adquiere entonces sonoridades épicas, en acusado contraste con los delicados lirismos del diálogo que tiene atisbos arcádicos y ciertas reminiscencias clásicas.

Desde luego se advierte el firme propósito de la autora de resistir a la comodidad y al grato «nirvana» en el que se mecen a veces incluso plumas doctas, sometiendo la suya al mental ejercicio de una prudente disciplina interior. Consciente de que la espontaneidad, la fluidez y la naturalidad literarias únicamente se logran purgándose de vulgaridades, y en porfiada lucha contra el socorrido género de la necedad favorecido, a veces, por clamorosos éxitos multitudinarios y crematísticos.

No nació sin padre y desamparado el libro este como, por cierto modestamente, se confiesa en el prólogo. Puesto que, rápidamente, le apadrinó la crítica, y el público lector noticioso del favorable veredicto acogiólo como a lo más florido de las cumbres del Pindo. Porque también la inspiración de las musas propicias, sintiendo la llamada emotiva de nuestra escritora, acudió a respaldar, con su aliento, aquellos afanes creadores.

Magnífica la tipología humana, en general, y de un modo especial los personajes aragoneses. Baturros auténticos de nuestro «bendito Somontano colocado bajo la excelsa guarda de una Virgen bellísima, la Virgen del Viñedo, que tiene sus pueblos cobijados al amparo de los montes de Guara», en frase poética de su autora. Petra y Barbereta, Meterio y Doviges podrían figurar en el soberbio censo de figuras literarias de López Allué, pese a sus breves intervenciones orales que, más dilatadas, habrían sido gala y decoro semejantes a las preciadas actitudes de aquéllos. ¡Inefables menesteres domésticos dignos de emular las glorias gastronómicas de la famosa donostiarra «Nicolasa» y de la selecta «Parabere», fervorosamente elogiadas por María Cruz Bescós, buena intérprete de sus creaciones suculentas!

A proseguir pues, sin desmayos, la tarea emprendida queda obligada quien tan felices disposiciones tiene. Y nos ofrece con estilo elegante en una prosa transparente, limpia, poética y trabajada por las buenas maneras literarias, con asiduidad y perseverancia ejemplares. Para «que este maravilloso Alto Aragón, que se quedó silencioso y arrinconado, levante un poco su voz»—como dice el prólogo—y aquella fuente cantarina prosiga dando «fuerza y raíz de vida a tipos baturros, ya escasos, que aún usan cachirulo».—*Salvador María de Ayerbe.*

ARTÍCULOS

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Gonzalo, rey de Sobrarbe.* «Pirineos», núm. 24, año VIII (1952), págs. 299-325.

Debido a la escasez de noticias, la bibliografía sobre el efímero reinado de Gonzalo, hijo de Sancho el Mayor, es casi nula. Ultimamente fray Justo Pérez de Urbel le ha prestado alguna atención en su reciente obra *Sancho el Mayor de Navarra*, actualizando viejos problemas relacionados con el reino de Sobrarbe. Ahora, Antonio Ubieto, que viene trabajando asiduamente en poner al día la historia aragonesa del siglo XI, aborda este tema en la revista «Pirineos».

Con buen método crítico, el autor ha revisado una porción de documentos procedentes de la colección Ibarra. Como es sabido, el editor de esta colección, por diversas circunstancias, no pudo realizar la corrección de fechas ni dilucidar su autenticidad documental. Mediante un detenido análisis, Ubieto Arteta ha rechazado algunos documentos por considerarlos, acertadamente, falsos. Es de esperar que el autor prosiga en esta labor depuradora, rechazando otros documentos admitidos por los historiadores, por ejemplo, la donación de Aznar de Atón, señor de Tena, de 26 de diciembre de 1039, utilizada por fray Justo para fundamentar su teoría sobre las relaciones entre Ramiro I y Gonzalo. Se trata, nada menos, que de un fragmento del célebre diploma de Alaón, la conocida falsificación de Pellicer, que Ibarra editó sin mencionar la fuente.

La rectificación de fechas permite a Ubieto fijar los años del reinado de Gonzalo. Alarga el episcopado de Mancio hasta 1037, fecha admitida por fray Justo en su citada obra y por mí en mi trabajo *Los límites del obispado de Aragón y el concilio de Jaca de 1063* (Zaragoza, 1950). Revisa también la desmesurada extensión que se daba al reinado de Sobrarbe y se extiende en atinadas consideraciones sobre la división de los estados de Sancho el Mayor. En suma, un trabajo lleno de interesantes conclusiones y sugerencias que abre amplias perspectivas al estudio de los reinos de Aragón y de Sobrarbe en el siglo XI.—*Federico Balaguer.*

POST, CHANDLER RATHFON: *Una obra posible de Santa Cruz.* «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología», fasc. LVIII-LX (Valladolid, 1952)

Chandler Post, el fecundo investigador de la historia de la pintura española, prosigue sus interesantes trabajos, revisando las atribuciones de ciertas obras. En este artículo, se ocupa de Santa Cruz, el aún mal comprendido rival de Pedro Berruguete y Juan de Borgoña, que, a su juicio, podría ser el autor de la impresionante tabla de la iglesia de San Juan de Ortega. El autor razona con acierto, fijándose sobre todo en el estilo que revelan varias secciones del retablo mayor de la catedral de Avila y la tabla del Bautismo de Jesús en la capilla de los Reyes Viejos de la Catedral de Toledo, que muestran sorprendente analogía de estilo con la tabla de San Juan de Ortega. Post sigue pensando en la posible influencia flamenca de Santa Cruz. El interés de este artículo para nosotros se basa, sobre todo, en ciertas analogías del estilo de Santa Cruz con algunas tablas altoaragonesas, analogías que pueden explicarse por una común influencia flamenca.—*Federico Balaguer.*

PERICOT GARCÍA, LUIS: *La cultura megalítica en Aragón.* «Pirineos», núm. 25, págs. 485-492.

El profesor especialista en antigüedades prehistóricas, don Luis Pericot, da en este artículo—originariamente conferencia—un resumen del estado de la cuestión, precedido de algunas consideraciones acerca de los megalitos. En el momento actual, esta cultura megalítica pirenaica española está delimitada por una línea que empieza en el valle de Ayala, en Alava, y su límite con Vizcaya; sigue por la orilla del Ebro y se dirige luego a la sierra de Urbasa en dirección a Pamplona, desde donde va a buscar las últimas sierras paralelas a la cadena pirenaica: sierra de Guara-Montsech, desde donde vuelve a torcer hacia el Sur, alcanzando el ángulo Norte de la provincia de Tarragona, y de aquí las cercanías de Barcelona.

Cuanto a la provincia de Huesca, la primera cita segura fué la del dolmen de Biescas por Herraiz, en 1933. El año siguiente, Ezquerra y Almagro dieron cuenta de los dos de dicha localidad; y en 1935, Almagro publicó los resultados de su exploración. El mismo dió a conocer los dólmenes de Guarrinza, sobre Hecho, en 1942 y 1944, y en 1942 dió cuenta del de Rodellar. En 1950, Pericot publicó los datos que le facilitó Violant Simorra, descubridor de dos dólmenes en Cornudella. En total, serán de once a quince los dólmenes conocidos hoy en la alta provincia de Huesca. De ellos tenemos siete plantas publicadas y aprovechables; pero hay que revisarlas. De las siete, seis (dos de Biescas, dos de Cornudella, la de Rodellar y la de la Casa de la Mina, en Guarrinza) son de simples cistas de tres losas laterales, entrada abierta y una losa de cubierta. Una sola, la de la Casa de la Mina, aparece como cista cerrada, rectangular y estrecha; pero el autor no se atreve a deducir conclusiones definitivas en tanto no se rectifiquen y unifiquen las plantas. Queda un ejemplar de sepulcro de corredor: el de Piedras Fitas, de cinco metros y medio de longitud y anchura de dos en la cámara y 1,6 metros en el corredor. El autor describe cada uno de los dólmenes. Los hallazgos efectuados en estos sepulcros no son muchos, pero caen dentro de lo que sabemos en el resto de la cultura pirenaica (fragmentos de cerámica en Las Fitas, silex, colgante, azabache y huesos pulimentados). En Rodellar, huesos humanos, puntas de flecha, hachas, raspador, punzón de bronce y fragmentos de cerámica. Opina el doctor Pericot que serán a centenares los que llegarán a conocerse en el alto Aragón. Exceptuado el sepulcro de corredor de Guarrinza, los restantes coinciden con las formas que se dan en las zonas montañosas del país vasco y de Cataluña. El problema clave de la cronología no se aclara con los hallazgos que poseemos del alto Aragón. El tema tiene un interés extraordinario para el problema etnológico del Pirineo, y concretamente para el enigma vasco. Estos pastores del neolítico y del comienzo de la edad de los metales, en el Pirineo, bien pudieran ser los antepasados más próximos de los vascos históricos.—*Ricardo del Arco.*

LACARRA, JOSÉ MARÍA: *Gastón de Bearn y Zaragoza.* «Pirineos», núm. 23, año VIII (1952), págs. 127-136.

Este artículo que comentamos fué presentado por su autor a la sociedad zaragozana «La Cadiera» y distribuído entre sus miembros, siendo publicado más tarde en la revista «Pirineos». Se trata de una serie de interesantes noticias sobre Gastón de Bearn, relacionadas todas ellas con Zaragoza. José María Lacarra, profundo conocedor de la historia aragonesa del siglo XII, evoca la figura del gran vizconde del Bearn, consejero militar de Alfonso el Batallador. Su principal empresa guerrera fué la conquista de

Zaragoza: documentos y crónicas están de acuerdo en señalar el papel preponderante que tuvo Gastón en aquel ruidoso hecho de armas. Es muy significativo a este respecto el fragmento de un cronicón del siglo xv, conservado en el Escorial.

Consecuencia de su intervención en la reconquista de Zaragoza fué el señorío que en ella ejerció. El, juntamente con el Justicia y los «partitores», repartiría entre los vencedores las casas y heredades de la ciudad. Durante muchos años sus descendientes percibieron 700 sueldos jaqueses de las rentas de Zaragoza. Más tarde, doña Constanza, quinta nieta de don Gastón, cedió al monasterio de Santa María de Salas, en Estella, estos derechos. El autor publica además la interesante lápida sepulcral del obispo de Lescar Guido de Lons y un facsímil y transcripción de un documento de doña Talesa.—*Federico Balaguer.*

Arco, Ricardo del: *Fundaciones monásticas en el Pirineo aragonés.* «Príncipe de Viana», año XIII (Pamplona, 1952), núms. XLIII y XLIX.

Las fundaciones monásticas del Pirineo aragonés, de remoto abolengo, han tentado en múltiples ocasiones la curiosidad de los historiadores; se ha ido formando así una amplia y vastísima bibliografía, cuyo conocimiento es indispensable a todos los que intenten realizar trabajos de historia eclesiástica aragonesa. Primero, los historiadores de los siglos xvi y xvii, algunos verídicos y dignos de crédito, como Zurita; otros, patrocinadores de leyendas y hechos fabulosos, como Briz Martínez y La Ripa. Después, los autores críticos del siglo xviii, el Padre Huesca, Traggia y la legión de pacientes investigadores que renovaron los estudios históricos. Por último, las numerosas monografías de la época moderna. Pero no siempre es fácil consultar tan abrumadora bibliografía y de esta falta se resienten algunos trabajos actuales que nos dan como novedades hechos conocidos ya hace dos siglos.

Para obviar estas dificultades, Ricardo del Arco ha publicado el presente trabajo que es una visión de conjunto, fundamentada en una amplia bibliografía, que prueba lo sólido de su erudición. Por su parte, el autor da a conocer noticias inéditas basadas en documentos de los archivos aragoneses y del General de la Corona de Aragón. Del Arco divide los monasterios en tres grupos: aragonés, sobrabiense y ribagorzano. El primero es, naturalmente, el más importante y del que se dan más copiosas noticias. La vida de los monjes, su organización, su influencia en los acontecimientos históricos, la liturgia y la cultura son ampliamente estudiados, así como también su desarrollo posterior, si bien, como es natural, la mayoría de las noticias se refieren a los siglos xi y xii, en que los monasterios del Pirineo alcanzan su mayor esplendor. Daríamos a esta recensión una extensión desmesurada si hubiésemos de analizar los puntos importantes de este interesante trabajo, de agradable lectura, no obstante su docta erudición, publicado en la veterana revista navarra «Príncipe de Viana».—*Federico Balaguer.*

Torres Balbás, Leopoldo: *La iglesia de Santa María de Mediavilla, catedral de Teruel.* «Archivo Español de Arte», abril-junio 1953, págs. 81-97.

Teruel es ciudad solamente desde el año 1357, por merced de Pedro IV. Se ignora cómo se formó la villa, no mencionada entre las musulmanas de España, repoblada tal vez como fortaleza contra la morisma levantina. La catedral, disfrazada por múltiples reformas y adiciones, fué primero parroquia de Santa María de Mediavilla, colegiata a partir de 1423, catedral en 1577; templo mal estudiado. La torre fué construída antes

que las naves del templo, adosadas éstas a su muro oriental, ocultando en parte su decoración. Es la más antigua de las cuatro torres medievales subsistentes en Teruel. Sus caracteres arquitectónicos no contradicen la fecha de 1257-58, dada documentalmente para su comienzo. Se ha afirmado erróneamente que la Catedral fué primero iglesia de una nave, y que al ascender a templo catedralicio en 1577, fueron agregadas las laterales. Al principio fué de tres naves de mampostería y ladrillo. La techumbre de la nave mayor es obra excepcional, por su estructura, su talla y la decoración pintada que la cubre por completo. Entre la fecha 1339, de terminación de la cabecera, y 1257-1258, de la obra del campanario, fueron construídas las naves. Con la modesta y desnuda fábrica de albañilería contrasta por su riqueza e importancia la de los carpinteros, es decir, el alero y la citada armadura de la nave mayor, de par y nudillo, la más antigua que se conserva en España, donde no queda ninguna almohade; superior en todos los aspectos a las sencillísimas de ese período que cubren las naves de algunas mezquitas marroquíes, y cabeza de una espléndida serie mudéjar cuyos últimos ejemplares aun se labraban en el siglo XVII. El fragmento de alero es también ejemplar aislado y único, de procedencia musulmana, si atendemos a su semejanza con los de Granada y Málaga, del siglo XVI.

El cimborrio fué levantado en 1538 siguiendo el de la iglesia metropolitana de Zaragoza. El maestro moro Yuzaf, de la cabecera del templo, y el pintor eran vecinos de esta capital. Aquélla es una traducción al ladrillo de una iglesia gótica levantina de tres naves. Cuanto a la cerámica de las torres de Daroca y de la catedral de Teruel, se plantea el problema de su procedencia, y, en general, de la cerámica de las torres mudéjares aragonesas. No cabe hoy sino un interrogante. Puede responder a la tradición de alminares de esta región y de la levantina; tal vez proceda de la arquitectura bizantina directamente, o a través de Italia.

Tales son las conclusiones a que llega el autor de este artículo.—*Ricardo del Arco.*

ARCO, RICARDO DEL: *La «dueña» en la literatura española.* «Revista de Literatura», abril-junio 1953.

En sus copiosísimas lecturas, Ricardo del Arco ha tropezado insistentemente, como todo lector, con las «dueñas», tan honradas—sí, algunas lo fueron—y tan satirizadas por los mejores ingenios. Pero se necesita la gran capacidad de trabajo y de captación del autor para papeletear en viejos documentos y en floridos clásicos esta divertida y erudita autobiografía, que en torno a las dueños nos ofrece. Desde los orígenes, fundamentados en menciones medievales, hasta los últimos ecos de los siglos de oro, desfilan, hilarantes y doctas, ante nuestra vista encantada, siluetas y descripciones, malicias y astucias, diálogos y agudezas, refranes y dichos que las ponen «como no digan dueñas» o «como digan dueñas», que de los dos modos perdura aún el dicho. La sabiduría histórica y literaria de Del Arco sitúa los autores, ilustra las alusiones y va engarzando en elegante prosa las mil alegaciones de textos graciosos y sugestivos. Aún hace con erudición algún *excursus,* como el del uso clásico, que hoy se condenaría como galicismo, del verbo «defender» con significación de prohibir. Resumiendo: se trata de un ensayo ejemplar por doctrina, amenidad y plenitud de documentación.—*José Artero.*

INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

PRESIDENTES DE HONOR

Excmo. Sr. D. Ernesto Gil Sastre, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento.

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Lino Rodrigo Ruesca, Obispo de la Diócesis.

Ilmo. Sr. D. Fidel Lapetra Yruretagoyena, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.

Ilmo. Sr. D. José Gil Cávez, Alcalde del Excmo. Ayuntamiento.

CONSEJO PERMANENTE

Presidente: D. Virgilio Valenzuela Foved.
Vicepresidente: D. Ricardo del Arco y Garay.
Vicesecretario: D. Federico Balaguer.
Director de la revista ARGENSOLA: Dr. D. Miguel Dolç.
Director de la cátedra «Lastanosa»: D. Salvador M.ª de Ayerbe.
Vocales: Dr. D. Antonio Durán Gudiol.
D. José María Lacasa Coarasa.
Vicesecretario-Administrador: D. Santiago Broto Aparicio.

IMPRENTA PROVINCIAL-HUESCA